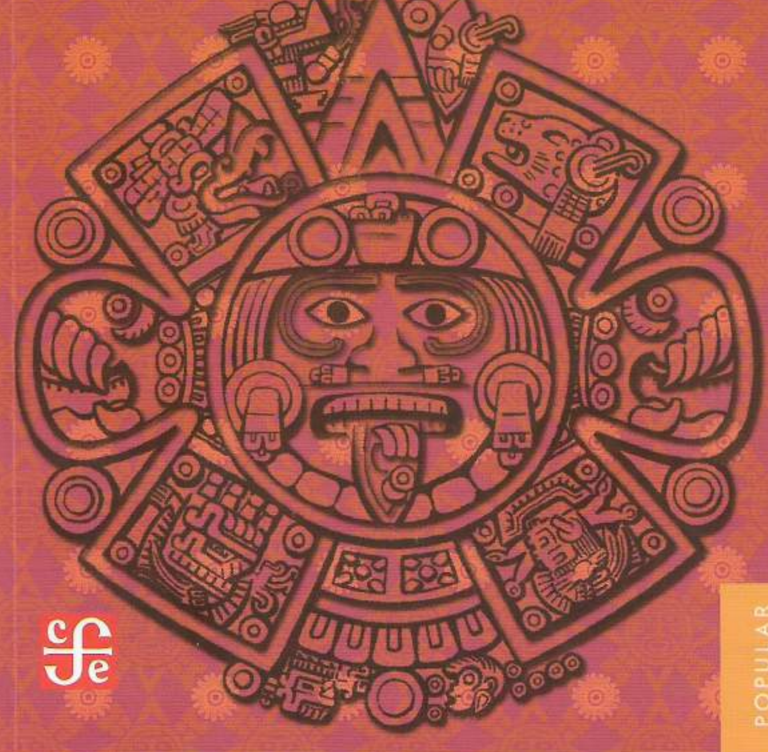
ALFONSO CASO

EL PUEBLO DEL SOL



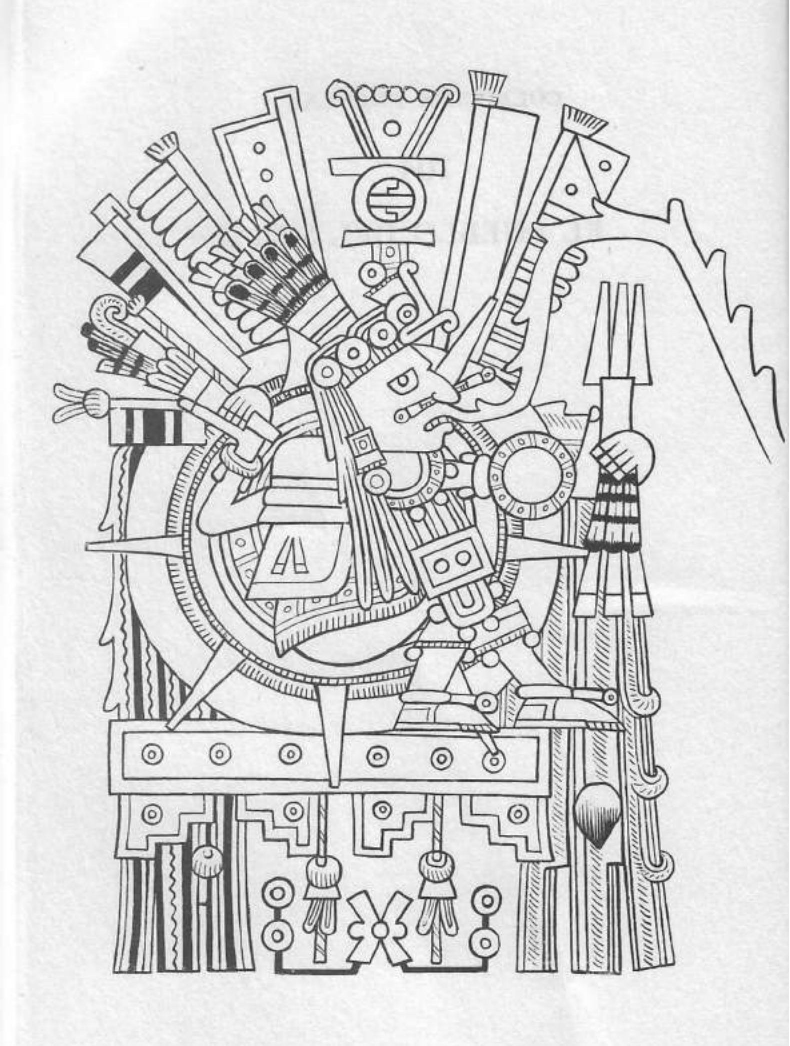
fce

POPULAR

COLECCIÓN POPULAR

104

EL PUEBLO DEL SOL



Tonatiuh

ALFONSO CASO

EL PUEBLO DEL SOL

FIGURAS DE MIGUEL COVARRUBIAS



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición (Antropología), 1953
Segunda edición (Colección Popular), 1971
Vigesimoséptima reimpresión, 2018

[Tercera edición (Lecturas Mexicanas), 1983]

[Primera edición en libro electrónico, 2014]

Caso, Alfonso
El pueblo del sol / Alfonso Caso ; ilus. de Miguel Covarrubias. — 2ª ed. — México : FCE, 1971
139 p. : ilus. ; 17 × 11 cm — (Colec. Popular ; 104)
ISBN 978-968-16-2901-4

1. Aztecas 2. Indios de México – Religión y mitología I. Covarrubias, Miguel, il. II. Ser. III. t.

LC F1219.3 R38 Dewey 970.62 C341p

Distribución mundial

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: (55)5227-4672

Diseño de portada: Paola Álvarez Baldit

ISBN 978-968-16-2901-4 (rústico)
ISBN 978-607-16-2193-1 (electrónico-epub)
ISBN 978-607-16-2398-0 (electrónico-mobi)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

A D V E R T E N C I A

Hace varios años publiqué, con el título de La religión de los aztecas, *una pequeña obra que tenía por objeto dar a conocer al público en general un tema de importancia fundamental para entender la civilización indígena que floreció en el centro de México, y que fue arrollada ante el impulso de la conquista y la colonización española.*

El objeto de la obra no era, en general, presentar puntos de vista nuevos, sino simplemente exponer en un pequeño estudio las noticias y los datos fundamentales que tenemos para el conocimiento de la religión de los habitantes de Tenochtitlán.

La religión de los aztecas *fue publicada más tarde en inglés; se hicieron de ella dos impresiones, y en español hizo una edición popular la Secretaría de Educación Pública, en su benemérita Biblioteca Enciclopédica.*

Las ediciones anteriores están agotadas y me ha parecido conveniente ampliar de un modo muy considerable esta obra, aprovechando el mayor conocimiento que de estas materias tiene ahora el público, y su siempre creciente interés por conocer de un modo más profundo todas las manifestaciones de las culturas indígenas del país. No es pues ésta otra edición, sino una obra nueva, que aprovecha la antigua ampliándola y corrigiéndola en ciertas partes; sin embargo, hemos querido conservar el mismo carácter de divulgación que tuvo la primera, y dirigirla no a especialistas, sino a todos aquellos que tienen interés en el conocimiento de la religión de un pueblo que era fundamentalmente religioso, y para quien la adoración de los dioses daba la nota esencial de su vida. Por eso, como de-

ciamos antes, el conocimiento de la religión de los aztecas es indispensable para el conocimiento del alma indígena y fundamental también para entender su modo de reaccionar ante la naturaleza y ante el hombre en el intenso drama de su historia.

He tenido la fortuna de que ilustre la obra un artista de la talla de Miguel Covarrubias, que es al mismo tiempo un conocedor tan profundo de las antiguas culturas de México.

ALFONSO CASO

Nota: Como guía para el lector, se reproducen en color —después de las láminas— algunas de las ilustraciones incluidas en la primera edición, publicada en la Sección de Obras de Antropología en 1953.

MAGIA Y RELIGIÓN

Para el hombre moderno, acostumbrado a actuar sobre la naturaleza inanimada o viva con los recursos que le proporcionan las ciencias y las técnicas derivadas del conocimiento científico, es difícil concebir que hayan existido otros modos de resolver o tratar de resolver el problema del dominio del mundo. Estamos acostumbrados, dentro de nuestra civilización científica, a considerar que para actuar sobre las fuerzas naturales no tenemos más camino que conocerlas primero —y a esto llamamos ciencia— y utilizarlas después —y a esto llamamos industria o técnica— derivando las normas de nuestra acción de las leyes que hemos descubierto como generalizaciones de los fenómenos naturales.

Ahora bien, no siempre ha sido así. El hombre se ha encontrado ante el mismo problema que nosotros, pero ha buscado otras soluciones; y estas soluciones no científicas pueden condensarse en dos grandes palabras, que tienen la respetabilidad de las cosas que son tan viejas como la humanidad misma: magia y religión.

El temor y la esperanza son los padres de los dioses, se ha dicho con gran verdad. El hombre, colocado ante la naturaleza, que le asombra y anonada, al sentir su propia pequeñez ante fuerzas que no entiende ni puede dominar, pero cuyos efectos dañosos o propicios sufre, proyecta su asombro, su temor y su esperanza fuera de su alma y, como no puede entender ni mandar, teme y ama, es decir, adora.

Por eso los dioses han sido hechos a imagen y semejanza del hombre. Cada imperfección humana se transforma en un dios capaz de vencerla; cada cualidad humana se proyecta en

una divinidad en la que adquiere proporciones sobrehumanas o ideales.

Pero los hombres nunca se han conformado con pedir. Antes que se descubrieran las reglas técnicas, derivadas de las ciencias, que nos permiten ahora dominar algunas fuerzas naturales con relativa precisión, los hombres de todos los países y de todas las épocas han creído encontrar en la magia el conocimiento de las fórmulas que les permiten convertirse en los amos del mundo. Han creído que las fuerzas están sujetas necesariamente a las palabras o actos mágicos, y tienen que obedecer al conjuro del que las pronuncia o ejecuta.

Desde este punto de vista, magia y ciencia son semejantes; ambas son disciplinas que tienen por objeto dominar el mundo.

El que pronuncia el conjuro mágico tiene la seguridad de que la naturaleza ha de obedecerlo, sin que importe la intención; sin que siquiera sea de tomarse en cuenta si el conjuro mágico se pronuncia para conseguir el objeto, o inadvertidamente. Recuérdense las innumerables leyendas sobre el que se apoderó de la fórmula mágica y, sin conocer su alcance, pronunció las palabras que desatan el acontecimiento. Recuérdese cómo el aprendiz de hechicero pudo producir el agua; pero, como no conocía la fórmula para detenerla, provocó la catástrofe. Desde este punto de vista, la fórmula mágica actúa por sí sola, como actúa por sí sola la ley natural, independientemente de la intención del individuo. Si alguien pronuncia la fórmula o ejecuta el ademán mágico, el efecto se produce; así como el que oprime un botón que pone en marcha una máquina, aunque sea inadvertidamente, produce el efecto natural dentro de la técnica moderna. Y es que, como decíamos,

hay una necesidad mágica o natural que obra objetivamente, sin depender en muchos casos de la voluntad del individuo.

Muy diferente es la religión. En primer lugar necesita del concurso de la voluntad del individuo. Un pecado, o sea la violación de la ley religiosa, se desprende poco a poco de la ganga mágica que lo envuelve, para no ser considerado como tal, sino cuando es una infracción voluntaria a una ley divina.

Por otra parte, no hay necesidad religiosa que ligue al dios con la plegaria. El dios no puede ser obligado por ello, es simplemente solicitado para actuar en el sentido que pide el creyente; pero frente a la naturaleza que actúa en forma fatal, ante la fórmula mágica o ante la ley natural, el religioso sabe que necesita de otra voluntad, la voluntad divina, a la que solicita cuando reza.

En cambio, la magia y la religión difieren de la ciencia en cuanto que ambas admiten, por encima del mundo natural de los fenómenos que perciben nuestros sentidos o que capta nuestra razón, un mundo sobrenatural que rodea y envuelve, digámoslo así, a este mundo natural. Una esfera de ambiente mágico o divino, que es donde realmente acaecen las realidades, que se manifiestan después en el mundo de los sentidos.

La ciencia, en cambio, prosigue su camino con una fe en que los fenómenos volverán a repetirse si se repiten las mismas circunstancias, y que si nuestros sentidos son limitados, la inteligencia del hombre podrá, cada vez más y más, adentrarse en el conocimiento de la naturaleza y dominarla para los fines futuros.

En algunos pueblos, de los más atrasados, el sentimiento religioso no llega a realizarse en la forma de un dios con características definidas, es decir, con personalidad. Se temen y se

adoran las fuerzas naturales, pero no se llega a tener un concepto claro de una personalidad sobrehumana que dispone a su antojo de dicha fuerza y que puede dañar o favorecer.

En cambio, todo pueblo que ha alcanzado cierto grado de elevación cultural personaliza en los dioses sus sentimientos religiosos y los concibe con características humanas, pero dotados de un poder sobrehumano; por lo que, como hace notar Wundt, el dios tiene siempre ciertas características comunes con el héroe. En esta etapa, para cada fuerza y a veces para cada aspecto de una fuerza natural, se crea un dios personal (politeísmo).

La variación, el cambio y el movimiento se explican así por la lucha entre los dioses. Como lo primero que el hombre percibe es la infinita variedad de fenómenos, atribuye esta variedad a una pluralidad de causas a las que concede inteligencia y voluntad libérrimas. La variación y diversidad del mundo; el antagonismo que a veces se nota entre las fuerzas naturales; los árboles arrancados por el huracán o el mar que azota la costa; el fuego que consume el bosque o el terremoto que raja la tierra, son otras tantas manifestaciones de la lucha de los dioses, de sus pasiones y sus caprichos. Pero para el espíritu que percibe el caos aparente del mundo de los fenómenos pronto se presenta la necesidad filosófica de buscar la unidad. En pueblos con religiones más elevadas se llega a concebir que todo cuanto existe obedece a la acción de dos principios antagónicos que luchan eternamente (dualismo). Sólo así se explica la lucha entre el mal y el bien: se colocan en el dios bueno todas las cualidades de fuerza, bondad y belleza, y en el demonio o dios malo, a quien se atribuye también gran potencia, todas las maldades y los errores. Así, se concibe el

mundo como una lucha entre el dios y el demonio, y se da un paso más en la liberación del hombre al suponerlo un colaborador activo del dios en su lucha contra los poderes infernales. Cuando esta actitud llega a su punto más alto, se concebirá, con Plotino, que la lucha entre el dios bueno y el dios malo no es al fin y al cabo sino la lucha entre el espíritu y la materia.

Pero todavía la necesidad filosófica del hombre no lo hace detenerse aquí; será capaz de concebir que aun estos dos principios antagónicos y contrarios en apariencia, el mal y el bien, se resumen en un solo principio, causa y explicación de todo cuanto existe (monismo, monoteísmo).

Por supuesto que nos engañaríamos si creyéramos que estos diversos aspectos del sentimiento religioso se producen en todos los pueblos en el orden en que lo hemos indicado, y nos engañaríamos más aún si creyéramos que todos los individuos de un pueblo pasan de golpe de una concepción politeísta a una concepción dualista y de ésta al monoteísmo. Hay siempre ciertos individuos privilegiados por su inteligencia y su cultura, que son los primeros que abandonan las ideas anteriores y hacen presentir ya la línea que seguirá la cultura religiosa de su pueblo. Por eso en el siglo VI a. C., adelantándose a los grandes filósofos de la era socrática, ya Jenófanes decía que si los bueyes y los caballos tuvieran manos harían a sus dioses en forma de bueyes y de caballos. No se abandonan seguramente por todos los individuos de un pueblo aquellas ideas religiosas o mágicas que han sido el patrimonio cultural durante muchas generaciones. Aun en las religiones que han llegado a una concepción monoteísta subsisten ritos politeístas y concepciones y prácticas mágicas, y hasta en los aspectos modernos de la cultura europea se notan tabús mágicos, por ejem-

plo el número 13, o se siguen prácticas inspiradas en ritos politeístas.

La religión, como cualquier otro fenómeno social, no se manifiesta homogénea sino cuando toda la cultura de un pueblo es homogénea; pero, cuando han vivido en contacto con otros pueblos y otras culturas, los individuos excepcionales son los primeros en percibir lo que tienen de arcaicas y caducas las prácticas a las que se entrega el pueblo.

CARACTER DE LA RELIGIÓN AZTECA

En el momento en que lo sorprendió la conquista española, el pueblo azteca tenía una religión politeísta, fundada en la adoración de una multitud de dioses personales, con atribuciones bien definidas en su mayor parte. Sin embargo, la magia y la idea de ciertas fuerzas impersonales y ocultas representaban un gran papel en el pueblo, y había también, entre las clases incultas, una tendencia a exagerar el politeísmo, concibiendo como varios dioses lo que en la mente de los sacerdotes sólo eran manifestaciones o advocaciones del mismo dios, como actualmente se consideran algunas veces las imágenes de un mismo santo no sólo diferentes sino antagónicas, a pesar de que el sacerdote católico seguramente explicará que son sólo dos aspectos distintos y que ni siquiera lo son de una divinidad.

Pero si por una parte encontramos que había un fondo mágico e impersonal en la religión del pueblo azteca, y un exagerado politeísmo, por otra parte son patentes los esfuerzos de los sacerdotes aztecas por reducir las divinidades múltiples a aspectos diversos de una misma divinidad, y al adoptar los dioses de los pueblos conquistados, o al recibirlos de otros

pueblos de cultura más avanzada, trataron siempre de incorporarlos, como hicieron los romanos, a su panteón nacional, considerándolos como manifestaciones diversas de los dioses que habían heredado de las grandes civilizaciones que les habían precedido y de las que derivaban su cultura.

Así por ejemplo es indudable que el dios del vino para los sacerdotes mexicanos era uno solo, el llamado Ometochtli por su nombre calendárico, que significa "2. Conejo". Sin embargo, en el manuscrito que se conoce con el nombre de *Códice Magliabecci*, veremos una gran cantidad de dioses del pulque, con las características de la región de donde vienen, y los nombres derivados de esas provincias, y así tendremos al famoso Tepoztécatl o sea "el del hacha de cobre", que era el dios de Tepoztlán, Mor., como tendremos a Toltécatl, el dios de Tula, y a Yautécatl, el de Yautepec.

Así pues, mientras el sacerdote azteca procuraba reunir en un solo concepto los dioses diversos de las diversas tribus, y sintetizar en un solo poder lo que concebían como diferentes dioses, el pueblo no admitía que el dios local estuviera sujeto a otro, ni que fuera solamente una advocación de un ser superior.

Sólo Huitzilopochtli, el dios propio de la tribu azteca, y las otras deidades asociadas con él en los mitos nacionales seguían una marcha en sentido inverso, sostenidos por el orgullo azteca, y vemos figurar a este dios entre los que crearon el mundo, en las relaciones de los últimos tiempos, colocándose en un lugar semejante al que tenían los tradicionales dioses toltecas y teotihuacanos, y aquellos que ya veneraba el hombre en el Valle de México, antes que el volcán Xitle cubriera con su lava los sitios en los que había vivido, varios siglos antes de Cristo.

Por otra parte, como veremos después, una escuela filosófica muy antigua sostenía que el origen de todas las cosas es un solo principio dual, masculino y femenino, que había engendrado a los dioses, al mundo y a los hombres y, superando todavía esta actitud, en ciertos hombres excepcionales, como el rey de Texcoco, Nezahualcóyotl, aparece ya la idea de la adoración preferente a un dios invisible que no se puede representar, llamado Tloque Nahuaque o Ipalnemohuani, "el dios de la inmediata vecindad", "Aquel por quien todos viven", que está colocado sobre los cielos y en el punto más alto y del que dependen todas las cosas. Si ésta no es una actitud francamente monoteísta porque se admite todavía la existencia y el culto a otros dioses, sí nos indica que en las mentalidades excepcionales había nacido ya el afán filosófico de la unidad, y que se buscaba una causa única, de la que dependieran las otras, y un dios único que estuviera por encima de los dioses, como éstos están por encima del hombre.

Por eso Nezahualcóyotl, al elevar en Texcoco un templo sobre una pirámide de 9 cuerpos, representativa de los 9 cielos, no coloca en el santuario que coronaba esta pirámide ninguna estatua que representara al dios; porque "Aquel por quien todos viven" no puede representarse y ha de concebirse como una pura idea.

Naturalmente, este dios único de Nezahualcóyotl no tenía mucho culto ni intervenía en la vida religiosa del pueblo. Nunca han tenido gran popularidad los dioses de los filósofos, que responden a una necesidad lógica de explicación del mundo, pues lo que el pueblo necesita es contar con dioses menos abstractos y que respondan a su necesidad sentimental de amor y protección.

Tonacacihuatl



LA CREACIÓN DE LOS DIOSES

Hemos hablado ya de un doble principio creador, masculino y femenino, del que provienen por generación los otros dioses. Sus nombres indican esta dualidad: Ometecuhtli, que quiere decir "2. Señor" y Omecíhuatl, "2. Señora" y ambos residen en "Omeyocan", "el lugar 2". También se llaman "el señor y la señora de nuestra carne o de nuestro sustento" y se representan con símbolos de fertilidad y adornados con mazorcas de maíz, pues son el origen de la generación y los señores de la vida y de los alimentos.

Naturalmente que estas ideas teogónicas fundamentales no son una invención azteca. Tenemos pruebas de que los dioses de la generación eran conocidos en otras regiones que no estaban sometidas al poderío tenochca. Así por ejemplo, en el *Códice Borgia,* que proviene seguramente de una región de Puebla o de Tlaxcala, encontramos la mención de estos dos dioses como divinidades propicias a la generación y a los alimentos.

Es más, aparecen asociados con el primer día del calendario ritual, el lagarto, representante de la tierra, como patronos de ese día, lo cual nos indica que corresponden a una viejísima tradición mítica, ya que, como hemos demostrado en otro lugar, el calendario ritual existía en México y Centroamérica varios siglos antes de Cristo.

No es éste el único caso en el que podemos afirmar que la religión azteca fue, en la inmensa mayoría de sus concepciones, un conjunto de ideas y de prácticas que derivaban de ideas teogónicas y de prácticas rituales mucho más antiguas; tan antiguas algunas de ellas, que están asociadas con las primeras manifestaciones de las culturas sedentarias en Mesoamérica.

Según una de las versiones que nos han llegado, estos dos dioses, Ometecuhtli y Omecíhuatl —también llamados Tonacatecuhtli y Tonacacíhuatl—, tuvieron cuatro hijos a los que encomendaron la creación de los otros dioses, del mundo y de los hombres. Los cuatro dioses hijos de la primitiva pareja divina fueron el Tezcatlipoca rojo, llamado también Xipe y Camaxtle; el Tezcatlipoca negro, llamado comúnmente Tezcatlipoca; Quetzalcóatl, dios del aire y de la vida, y Huitzilopochtli, el Tezcatlipoca azul.

LAS CUATRO DIRECCIONES

Una de las ideas fundamentales de la religión azteca consiste en agrupar a todos los seres según los puntos cardinales y la dirección central, o de abajo arriba. Por eso en la mentalidad mexicana son tan importantes los números 4 y 5, como en la mentalidad mágica occidental es importante el número 3.

Los cuatro hijos de la pareja divina (que representa la dirección central, arriba y abajo, es decir, el cielo y la tierra) son los regentes de las cuatro direcciones o puntos cardinales; por eso vemos que tres de ellos se nos presentan con colores diferentes: rojo, negro y azul, que corresponden al este, al norte y al sur, mientras que Quetzalcóatl está quizá en el lugar que debió tener en el mito primitivo un Tezcatlipoca blanco, que correspondería al oeste.

En efecto, en el *Códice de Bolonia* o *Cospi* aparece un Tezcatlipoca blanco, con todas las características del dios de la providencia, del que no difiere sino por el color. El *Códice de Bolonia* pertenece a la misma región poblano-tlaxcalteca que el *Códice Borgia* ya mencionado, y estos manuscritos están pintados en un estilo idéntico al de las pinturas que decoran los altares de Tizatlán en Tlaxcala y a la cerámica policroma que se encuentra en este mismo lugar y en otros muchos sitios del valle de Puebla, como Tepeaca, Atlixco, Totimihuacán, etc., lo que demuestra que los códices o manuscritos pictóricos de lo que se ha llamado, con razón, el Grupo del Borgia pertenecen a las culturas que florecieron en la región poblano-tlaxcalteca.

Esta idea fundamental de los cuatro puntos cardinales y de la región central (abajo-arriba), que da la quinta región o

sea la región central, se encuentra en todas las manifestaciones religiosas del pueblo azteca y es uno de los conceptos que sin duda este pueblo recibió de las viejas culturas de Mesoamérica.

No sólo los colores y los dioses quedan agrupados en esta forma; también los animales, los árboles, los días y los hombres, por el día en que nacen, pertenecen a una de las cuatro regiones del mundo, pues el hombre recibe el mismo nombre del día en que nace, dentro del calendario ritual de 260 días, que después explicaremos, y que se divide en cuatro partes de 65 días cada una, que corresponden al este, al norte, al oeste y al sur, y que se repiten en la infinitud del tiempo.

LA CREACIÓN DEL HOMBRE

El mundo y el hombre han sido creados varias veces, según la concepción azteca, porque a una creación ha seguido siempre un cataclismo que ha puesto fin a la vida de la humanidad.

La última vez que el hombre fue creado, según uno de los mitos, conservado por Mendieta, Quetzalcóatl, el Prometeo mexicano, el dios benéfico para todos, bajó al mundo de los muertos para recoger los huesos de las generaciones pasadas y, regándolos con su propia sangre, creó la nueva humanidad.

El hombre ha sido creado por el sacrificio de los dioses y debe corresponder ofreciéndoles su propia sangre. El sacrificio humano es esencial en la religión azteca, pues si los hombres no han podido existir sin la creación de los dioses, éstos a su vez necesitan que el hombre los mantenga con su propio sacrificio y que les proporcione como alimento la sustancia mágica, la vida, que se encuentra en la sangre y en el corazón humanos.

EL HOMBRE, COLABORADOR DE LOS DIOSES

Esta idea de que el hombre es un colaborador indispensable de los dioses, ya que éstos no pueden subsistir si no son alimentados, se encuentra claramente expresada en el sangriento culto de Huitzilopochtli, que es una manifestación del dios solar.

Huitzilopochtli es el Sol, el joven guerrero que nace todas las mañanas del vientre de la vieja diosa de la tierra, y muere todas las tardes, para alumbrar con su luz apagada el mundo de los muertos.

Según la leyenda, Coatlicue, la vieja diosa de la tierra, era sacerdotisa en el templo y vivía una vida de retiro y castidad, después de haber engendrado a la Luna y a las estrellas; pero un día, al estar barriendo, encontró una bola de plumón, que guardó sobre su vientre. Cuando terminó sus quehaceres, buscó la bola de plumón, pero había desaparecido, y en el acto se sintió embarazada. Cuando la Luna, llamada Coyolxauhqui, y las estrellas, llamadas Centzonhuitznáhuac, supieron la noticia, se enfurecieron hasta el punto de decidir matar a la madre.

Lloraba Coatlicue por su próximo fin, pues ya la Luna y las estrellas se armaban para matarla, pero el prodigio que estaba en su seno le hablaba y consolaba diciéndole que, en el preciso momento, él la defendería contra todos.

Cuando los enemigos llegaron a sacrificar a la madre, nació Huitzilopochtli y, con la serpiente de fuego, cortó la cabeza a la Coyolxauhqui y puso en fuga a los Centzonhuitznáhuac.

Por eso, al nacer el dios, tiene que entablar combate con sus hermanos, las estrellas, y con su hermana la Luna, y armado de la serpiente de fuego, el rayo solar, todos los días los pone en fuga y su triunfo significa un nuevo día de vida para los

hombres. Al consumar su victoria es llevado en andas hasta el medio del cielo por las almas de los guerreros, que han muerto en la guerra o en la piedra de los sacrificios y, cuando empieza la tarde, es recogido por las almas de las mujeres muertas en parto, que se equiparan a los guerreros porque fallecieron al tomar prisionero a un hombre, el recién nacido. Durante la tarde, las almas de las madres conducen al Sol hasta el ocaso, en donde mueren los astros, y adonde el Sol, que se compara al águila, cae y muere y es recogido otra vez por la tierra. Todos los días se entabla este divino combate; pero para que triunfe el Sol es menester que sea fuerte y vigoroso, pues tiene que luchar contra las innumerables estrellas del norte y del sur, y ahuyentarlas a todas con la flecha de luz. Por eso el hombre debe alimentar al Sol; pero, como dios que es, desdeña los alimentos groseros de los hombres y sólo puede ser mantenido con la vida misma, con la sustancia mágica que se encuentra en la sangre del hombre, el *chalchíuatl*, el "líquido precioso", el terrible néctar de que se alimentan los dioses.

El azteca, el pueblo de Huitzilopochtli, es el pueblo elegido por el Sol; es el encargado de proporcionarle su alimento; por eso para él la guerra es una forma de culto y una actividad necesaria, que lo llevó a establecer la *Xochiyaóyotl* o "Guerra florida", que a diferencia de sus otras guerras de conquista no tenía por objeto apoderarse de nuevos territorios, ni imponer tributo a los pueblos conquistados, sino procurarse prisioneros para sacrificarlos al Sol. El azteca es un hombre que pertenece al pueblo elegido por el Sol, es su servidor y debe ser, en consecuencia, antes que nada, un guerrero y prepararse desde su nacimiento para la que será su actividad más constante, la Guerra Sagrada, especie de torneo al que concurrían especial-

mente los enemigos "de la casa", los tlaxcaltecas, los hombres del bezote curvo en forma de garra, adornados como los aztecas con sus mejores galas y haciendo ostentación de los grandes penachos de plumas ricas y de las armaduras, divisas y escudos, suntuosamente adornados con mosaicos de plumas y piedras preciosas, y láminas y cascabeles de oro.

LOS DIOSES CREADORES

Dos son los dioses que alternativamente han creado las diversas humanidades que han existido: Quetzalcóatl, el dios benéfico, el héroe descubridor de la agricultura y de la industria, y el negro Tezcatlipoca, el dios todopoderoso, multiforme y ubicuo, el dios nocturno, patrono de los hechiceros y de los malvados. Los dos dioses combaten y su lucha es la historia del universo; sus triunfos alternativos son otras tantas creaciones.

Las tradiciones no están de acuerdo en el orden que deben seguir las diversas creaciones. Según una de ellas, la primera época del mundo o Sol se inicia así:

Tezcatlipoca el nocturno, el que tiene por *nahual* o disfraz al tigre, cuya piel manchada semeja el cielo con los enjambres de estrellas, fue el primero que se hizo sol y empezó la era inicial del mundo. Los primeros hombres fueron entonces los gigantes, que habían sido creados por los dioses y no sembraban ni cultivaban la tierra, sino que vivían comiendo bellotas y otras frutas y raíces silvestres. Tezcatlipoca era también la constelación de la Osa Mayor, que a los aztecas se les figuraba un tigre, y cuando gobernaba el mundo como sol que era, su enemigo Quetzalcóatl le dio un golpe con un bastón y cayó al agua transformándose en tigre y se comió a los gigantes, que-

dando despoblada la tierra y sin sol el universo. Esto ocurrió en el día llamado "4. Tigre".

Quetzalcóatl se hizo entonces sol y lo fue hasta que el tigre Tezcatlipoca lo derribó de un zarpazo. Se levantó entonces gran viento y todos los árboles fueron derribados y la mayor parte de los hombres perecieron, pero algunos quedaron convertidos en monos; es decir, en hombres disminuidos. Esto sucedió en el día "4. Viento". Los hombres sólo comían entonces piñones de los pinos o *acocentli*.

Los dioses creadores pusieron entonces por sol al dios de la lluvia y el fuego celeste, Tláloc, pero Quetzalcóatl hizo que lloviera fuego y los hombres perecieron o quedaron convertidos en pájaros. Esto sucedió en el día "4. Lluvia." La comida de los hombres durante esta edad era una semilla llamada *acecentli* o sea "maíz de agua".

Entonces Quetzalcóatl puso por sol a la hermana de Tláloc, la diosa Chalchiuhtlicue, "la de las faldas de jade", diosa del agua, pero fue quizá Tezcatlipoca el que hizo que lloviera con tal fuerza, que la tierra se inundó y perecieron los hombres o fueron transformados en peces. Esto sucedió en el día llamado "4. Agua". Durante esta edad comían *cencocopi* o *teocentli*.

El cielo, que es de agua, cayó sobre la tierra y fue menester que Tezcatlipoca y Quetzalcóatl lo levantaran para que empezara a aparecer ésta; por eso vemos a Quetzalcóatl sosteniendo el cielo con sus manos, en el *Códice de Viena*.

Siguiendo otras tradiciones, la primera destrucción debía haberse hecho por el agua, y los hombres quedaron convertidos en peces, la segunda por el fuego y los hombres quedaron convertidos en aves, la tercera por el viento y los hombres quedaron convertidos en monos, y la cuarta y última por los ti-

gres que se comieron a los gigantes, quedando entonces despoblada la tierra. En favor de esta tradición tenemos el hecho de que los gigantes, llamados *quinametzin*, se mencionan ya en las tradiciones históricas habitando la tierra y aun peleando con los hombres, principalmente en la región de Tlaxcala.

Por otra parte, la destrucción por el agua, fuego, aire y tigres, y la conversión de la humanidad en peces, aves, monos y gigantes, parece ya señalar una idea no de evolución, pero sí de progreso en los diversos ensayos que hacen los dioses, idea que también se encuentra, como vamos a verlo, en las tradiciones de otros pueblos de Mesoamérica, así que en el primer ensayo la humanidad se transformaría en peces, y en el segundo en aves; en el tercero, el intento de crear a la humanidad resultaría también fallido, pero los hombres ya quedarían convertidos en monos, mientras que en el cuarto intento ya eran hombres, sólo que con características de bárbaros, que no sembraban y que vivían, como dice la tradición, de comer bellotas y raíces.

Del mismo modo las diversas plantas que se citan como comida de la humanidad van acercándose progresivamente al ideal de alimentación del indio mesoamericano que, casi es inútil decirlo, está representado por el maíz. En efecto, la última planta citada, el *cencocopi*, no es otra cosa que el *teocentli*, planta tan semejante al maíz, que se ha llegado a considerar que es el antepasado silvestre de esta gramínea, o bien, según las últimas investigaciones, una de las plantas que por hibridación ha engendrado el maíz actual. A veces se citan sólo los nombres esotéricos de los alimentos de las humanidades pretéritas; así las bellotas se llamaban "7. Hierba"; el *acocentli* se llamaba "12. Serpiente"; el *acecentli (Milium)* se llamaba "4.



Quetzalcóatl (Borbónico 22)

purificados para alumbrar con su brillo al mundo. El dios pobre y el dios rico se prepararon para intentarla. Tocó el primer lugar al rico, como más poderoso, pero aun cuando se lanzó tres veces siempre se detuvo al borde de la hoguera sin atreverse a dar el salto.

Probó entonces el desvalido su valor, y cerrando los ojos dio un salto y cayó en medio del brasero divino que alzó gran llama. Cuando ésta se apagaba, el rico, avergonzado de su pusilanimidad, se arrojó a la hoguera y se fue consumiendo. También el tigre entró en las cenizas y salió con la piel manchada, y el águila también entró, y por eso tiene las plumas de la cola y de las alas ennegrecidas.

Los dioses que se sacrificaron habían desaparecido, pero el astro no se mostraba aún y las otras deidades inquietas se preguntaban por dónde aparecería. Por fin salió el Sol y casi inmediatamente brotó la Luna, que brillaba tanto como el primero. Los dioses indignados por su osadía le dieron en el rostro un golpe con un conejo, dejándole esta señal que aún conserva, pues para el azteca las manchas de la Luna representan la figura de un conejo.

Pero el Sol no se movía; estaba en la orilla del cielo y no parecía dispuesto a hacer su camino. Preguntáronle entonces el motivo las deidades, y la respuesta fue terrible. El Sol exigía el sacrificio de los otros dioses; es decir, de las estrellas. Uno de ellos, el planeta Venus, le lanzó una flecha para herirlo, pero el Sol la tomó y con la misma flecha lo dejó muerto, siguiendo después los otros dioses y muriendo al final Xólotl, el hermano gemelo de Venus, que es a veces la primera y otras la última estrella que desaparece entre los rayos del Sol. Pero como Xólotl, además de ser el dios de los gemelos y

por esta misma razón el dios de los monstruos, era un extraordinario hechicero, su muerte no fue tan sencilla, pues se transformó primero en maguey doble que se llama *mexólotl,* y en el maíz doble y en otras muchas cosas dobles o monstruosas, y por último se transformó en el *axólotl* o "ajolote" que vive en el agua, y allí lo mató el Sol.

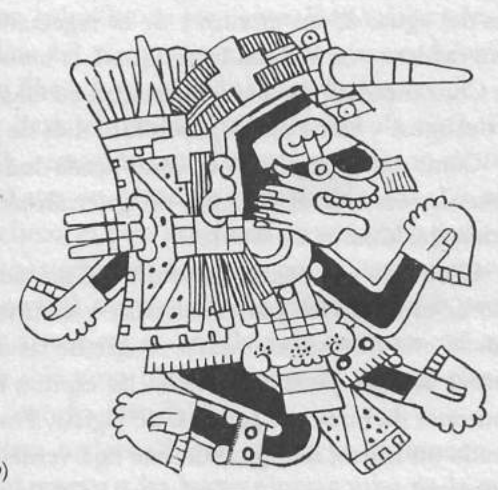
Pero en el mito azteca de la creación de los soles hay una idea que no encontramos en el libro quiché; la de que este quinto Sol que actualmente nos alumbra también ha de acabar como los otros, y que su fin lo han de causar los terremotos en un día llamado "4. Temblor".

Esta catástrofe se esperaba que ocurriera precisamente al terminar un siglo indígena de 52 años. Llegada la noche de ese día, se apagaban todos los fuegos en la ciudad y se encaminaban los sacerdotes en procesión, seguidos por el pueblo, hasta un templo que estaba en la cumbre del cerro de la Estrella, cerca de Ixtapalapa. Llegados allí, esperaban hasta la medianoche, y si una estrella, con la que ellos tenían su cuenta, que probablemente era Aldebarán o el conjunto de las Pléyades o "Cabrillas", pasaba en su curso por lo que ellos consideraban que era el medio del cielo, quería decir eso que el mundo no teminaría, y que el Sol saldría a la mañana siguiente, para combatir contra los poderes nocturnos. Pero si Aldebarán, llamado Yohualtecuhtli, no hubiera pasado del medio del firmamento en esa noche, entonces las estrellas y los planetas, los *tzitzimime,* habrían bajado a la tierra y convertidos en fieras espantables devorarían a los hombres, antes que los terremotos arruinaran al Sol.

Por eso cuando Aldebarán pasaba el meridiano, se encendía el fuego y con gran alegría se llevaba a los templos loca-

les y de allí a los hogares, indicando en tal forma que los dioses se habían apiadado de la humanidad y le concedían un siglo más de vida.

Nótese cómo el fin de cada época, en la leyenda de los soles, acaece precisamente en un día que tiene el numeral 4; lo que también sucede con las épocas mayas, pues precisamente la anterior a la actual terminó, según los mayas, con un día de nombre "4. Ahau", y la época que había precedido a ésta también terminó con otro día que llevaba el mismo nombre.



Xólotl (*Borgia 10*)

ATAVÍOS DE LOS DIOSES

Para iniciar el estudio del complicado panteón azteca, es menester considerar que los dioses, en las esculturas o en las pinturas de los manuscritos, están siempre caracterizados por las diversas prendas de su atavío y algunas veces por los objetos que llevan en las manos. Raras veces se encuentran representaciones de dioses con su nombre jeroglífico, que es el del día de su nacimiento, pero en general, para poder identificar a un dios hay que analizar los múltiples detalles de su atavío.

Algunas veces es bastante difícil precisar la deidad de que se trata, sobre todo cuando falta el color, como en la mayor parte de las esculturas, pues sucede que un mismo adorno, pero de color diferente, es característico de dos deidades distintas. Por ejemplo, una especie de abanico de papel plegado, puesto detrás de la nuca, es característico de las deidades del agua, de los montes y de la vegetación, pero este abanico es blanco en la diosa Iztaccíhuatl, la montaña nevada; rojo en Chicomecóatl, diosa del maíz; azul en Chalchiuhtlicue, diosa del agua, y verde en Tepeyolohtli, dios de las montañas.

Como un ejemplo de la complicada indumentaria de los dioses haremos la descripción de Quetzalcóatl, en la representación del *Códice Borbónico*.

El cuerpo y el rostro del dios están pintados de negro, porque es el sacerdote por excelencia, y el inventor del autosacrificio que consiste en sacarse sangre de las orejas y otras partes del cuerpo, punzándolas con las espinas de maguey y con punzones de hueso de águila o de jaguar. Por eso vemos en su tocado un hueso, del que sale una faja verde rematada por un disco azul, que indica el *chalchíuatl*, "el líquido precioso", la



Quetzalcóatl barbado (Magliabechi 61)

sangre humana. También, como atributos sacerdotales, lleva en una mano el incensario o sahumador con mango en forma de serpiente, y en la otra, la bolsa para el copal.

Enfrente de la boca tiene una máscara roja, como de pico de ave, que en algunas representaciones está también adornada con colmillos de serpiente. Esta máscara lo caracteriza como dios del viento, forma en la que era adorado con el nombre de Ehécatl, que significa viento.

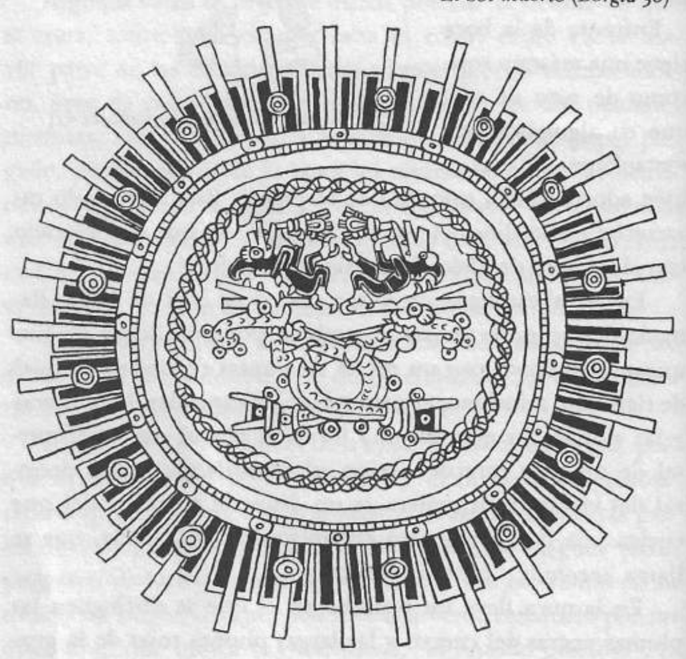
En la cabeza lleva un gorro cónico de piel de tigre, llamado *ocelocopilli,* rematado también por un adorno de turquesa y sostenido con un moño de puntas redondas. De piel de tigre son, asimismo, el peto orlado de caracoles, las pulseras y las ajorcas. Su pectoral está formado por el corte transversal de un gran caracol marino, el *ehecailacacózcatl* o pectoral del viento, y su orejera es un disco de turquesa del que cuelga una borla roja y un objeto torcido de concha, que se llama *epcololli,* "concha torcida".

En la nuca lleva un penacho en el que se distinguen las plumas negras del cuervo y las largas plumas rojas de la gua-

camaya, adorno que, como se ve en una representación del *Códice Borgia,* significa el Sol en la noche, es decir, el Sol muerto.

En otras representaciones, Quetzalcóatl aparece generalmente con barbas, pero no porque sea un europeo, como se creía antes, sino porque, como dios creador que es, se le representa como viejo y, en consecuencia, barbado, como se representan del mismo modo los dioses de los tiempos antiguos y especialmente los primeros dioses.

El Sol muerto (Borgia 30)



COMPLEJIDAD DEL PANTEÓN AZTECA

Una de las mayores dificultades que se presentan para entender la mitología azteca es la pluralidad de dioses y la diversidad de atribuciones de un mismo dios. Esto se debe, como ya hemos dicho, a que la religión azteca estaba en un período de síntesis y se agrupaban, dentro de la concepción de un mismo dios, aspectos distintos que se consideraban relacionados. Quetzalcóatl, uno de los dioses máximos, es también un ejemplo de cómo se sintetizaban en un solo dios aspectos que, desde nuestro punto de vista, parecen sin relación alguna. Así es el dios del viento, el dios de la vida, el de la mañana, el planeta Venus, el dios de los gemelos y de los monstruos, etc.; según estas diversas atribuciones, es conocido con varios nombres: Ehécatl, Quetzalcóatl, Tlahuizcalpantecuhtli, Ce Ácatl, Xólotl, etc.

El nombre de Quetzalcóatl significa literalmente quetzal-serpiente o "serpiente de plumas", pero como la pluma del quetzal es para el mexicano símbolo de la cosa preciosa, y *cóatl* significa también hermano gemelo (de donde nuestro mexicanismo "cuate"), el nombre de Quetzal-cóatl se traduce también, esotéricamente, por el de "gemelo precioso", indicando con esto que la estrella matutina y la vespertina son una sola y misma estrella; es decir, el planeta Venus, representado en la mañana por Quetzalcóatl y en la tarde por su hermano gemelo Xólotl. Por eso Tlahuizcalpantecuhtli aparece con dos caras, una de hombre vivo y la otra en forma de cráneo.

Esta identificación de las estrellas matutina y vespertina ha dado origen a múltiples mitos en la humanidad y explica casi todas las leyendas de Quetzalcóatl.

En efecto, Venus durante algún tiempo aparece como estre-

lla vespertina; luego permanece invisible y, cuando vuelve a aparecer, lo hace como estrella matutina. Este fenómeno astronómico se interpreta en el mito diciendo que Quetzalcóatl y su hermano gemelo Xólotl bajan al mundo de los muertos y recorren el infierno sufriendo diferentes pruebas a que los someten los dioses infernales.

Así cuando Quetzalcóatl decide pedirle al dios de los infiernos los huesos de los hombres muertos para crear con ellos a la nueva humanidad, emprenden el viaje los dos hermanos gemelos y llegan al mundo subterráneo para hacer la súplica ante Mictlantecuhtli, a quien solicitan les entregue los huesos; pero conociendo Quetzalcóatl, como dice el cronista, que el dios de los muertos es "doblado y caviloso", en cuanto recibe los huesos arranca a correr. Ofendido el Mictlantecuhtli de que así se vaya huyendo, echa a correr detrás de él persiguiéndolo, y ordena a las codornices que lo ataquen. Resbala el dios en su huida, al ser atacado por las aves, y al caer rompe los huesos y apenas tiene tiempo de recoger los fragmentos y salir con ellos del infierno. Discuten en seguida los dos hermanos y, a pesar de que el negocio no salió tan perfecto como hubieran deseado, se sacrifica Quetzalcóatl sobre los huesos y al regarlos con su sangre da origen a la nueva humanidad. Pero como los fragmentos son de distinto tamaño, así son los hombres y las mujeres que hay en el mundo, y las codornices por su osadía de haber perseguido al dios serán sacrificadas y, con su sangre, se regarán los altares de sacrificios, pues fueron colaboradoras del dios infernal y trataron de impedir que el héroe cumpliera su misión.

Los hombres son, pues, hijos de Quetzalcóatl, y el dios aparece siempre en esta actitud benéfica, como su padre y creador.

El mito de los dos hermanos gemelos desborda los límites de México y la América Central, y se encuentra muy frecuentemente en las religiones de otros pueblos americanos.

También la huída de Quetzalcóatl de Tula, para el mítico Tlillan Tlapallan, "la tierra del negro y del rojo", y su promesa de volver por el oriente en el año de su nombre, "Ce Ácatl", no es más que un modo de explicar en forma de mito la muerte del planeta, es decir, su ocultación por el poniente, en el lugar en que se juntan el negro y el rojo, el día y la noche, y el vaticinio de que volverá a surgir por el oriente, transformado en estrella de la mañana y precediendo al Sol.

Por eso cuando en el año de 1519, que en el calendario indígena se llamaba precisamente "Ce Ácatl" ("1. Caña"), desembarcaron en Veracruz los conquistadores, Moctezuma no dudó ni un momento que era Quetzalcóatl que regresaba a tomar posesión de su reino tolteca, que abandonó cuando su huida a Tlillan Tlapallan.

Pero, como dios de la vida, aparece Quetzalcóatl como el benefactor constante de la humanidad y así vemos que, después de haber creado al hombre con su propia sangre, busca la manera de alimentarlo, y descubre el maíz, que tenían guardado las hormigas dentro de un cerro, haciéndose él mismo hormiga y robando un grano que entrega después a los hombres. Les enseña la manera de pulir el jade y las otras piedras preciosas y de encontrar los yacimientos de estas piedras; a tejer las telas policromas, con el algodón milagroso que ya nace teñido de diferentes colores, y a fabricar los mosaicos con plumas del quetzal, del pájaro azul, del colibrí, de la guacamaya y de otras aves de brillante plumaje. Pero sobre todo enseñó al hombre la ciencia, dándole el medio de medir el tiempo y estudiar las re-

voluciones de los astros; le enseñó el calendario e inventó las ceremonias y fijó los días para las oraciones y los sacrificios.

Quetzalcóatl es un dios antiquísimo. Lo encontramos con el nombre de Kukulkán y Gukumats entre los mayas y los quichés, y aunque ignoramos su nombre, lo vemos aparecer como serpiente emplumada en las antiquísimas ruinas teotihuacanas, anteriores a la época tolteca. Un dios zapoteca, representado frecuentemente en las urnas de barro, que son tan características de esta cultura y de las que le precedieron en el Valle de Oaxaca, por muchas de sus características parece corresponder a este dios.

La multiplicidad de sus funciones también nos indica la gran antigüedad de su culto y la veneración con que se le veía en toda Mesoamérica. Quizá el aspecto más importante del dios, todavía muy poco conocido, es su relación con la idea de santidad y de pecado. Su lucha con su hermano Tezcatlipoca llega a tener en la época tolteca características no sólo míticas sino históricas.

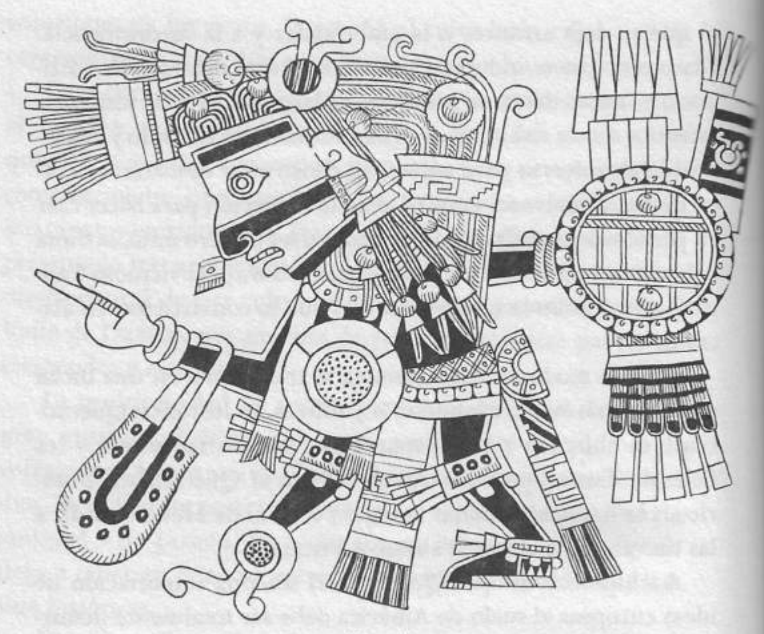
En efecto, Quetzalcóatl es el arquetipo de la santidad; su vida de ayuno y penitencia, su carácter sacerdotal, su benevolencia con sus hijos, los hombres, son patentes a través de las noticias que nos han conservado las crónicas y las representaciones de los manuscritos indígenas. Pero al lado de este aspecto de santidad encontramos también en Quetzalcóatl el pecado, que se traduce para los indígenas en la violación de la abstinencia sexual y en la embriaguez.

El pecador se representa en los códices como el "comedor de inmundicias": el pecado es eso justamente, una inmundicia moral y llega a alcanzar proporciones de tragedia cuando es el dios mismo, el representante de la santidad, Quetzalcóatl,

el que se deja arrastrar a la embriaguez y a la incontinencia. Claro está que es inducido a ella por el dios del mal, Tezcatlipoca, y, como decimos antes, en la larga lucha que sostienen estos dos dioses rivales, que en su combate van creando y deshaciendo el universo para volverlo a construir y desbaratar, Tezcatlipoca, el malvado, empleó al fin la seducción para hacer caer en pecado al santo Quetzalcóatl, como, según otro mito, la diosa del amor y la hermosura, Xochiquetzal, sedujo al virtuoso Yappan, provocando la ira de los dioses que lo convirtieron en alacrán.

De este modo la lucha cósmica se transforma en una lucha moral, y más tarde, cuando el rey tolteca, el histórico Quetzalcóatl, es obligado a abandonar Tula, son los sacerdotes y los fieles de Tezcatlipoca los que persiguen al Quetzalcóatl histórico, y lo hacen abandonar la región central de México y huir a las tierras de Veracruz, Tabasco y Yucatán.

La hipótesis de que Quetzalcóatl sea una importación de ideas europeas al suelo de América debe ser totalmente descartada. Mucho antes que se descubriera el Continente americano, es más, mucho antes que los europeos pudieran emprender expediciones al Continente americano, aún antes de la era cristiana, ya existía Quetzalcóatl. La interpretación del dios blanco y barbado de la leyenda, como un obispo irlandés o el apóstol Santo Tomás, no es sino uno de tantos errores que, a fuerza de repetirse, llegan quizá a adquirir la dignidad de las verdades. Quetzalcóatl, el dios barbado, es un dios viejísimo en Mesoamérica; aun antes de la era cristiana ya su culto existía en esta región del mundo. No es por cierto un dios extranjero en la región mexicana; es, por el contrario, uno de los dioses más importantes y característicos de ella.



Tezcatlipoca (Borgia 17. Reconstrucción)

T E Z C A T L I P O C A

Otro de los dioses más importantes y quizá el que tiene formas más diversas es el dios creador Tezcatlipoca. Originalmente significa el cielo nocturno y está conectado por eso con todos los dioses estelares, con la luna y con aquellos que significan muerte, maldad o destrucción. Es el patrono de los hechiceros y de los salteadores, pero al mismo tiempo es el eternamente joven, el Telpochtli, el que no envejece nunca, y Yáotl, el enemigo, el patrono de los guerreros, por lo que se encuentra conectado con Huitzilopochtli.

Técpatl (Borbónico 20)



Su nombre significa "el espejo que humea", porque, como dice Pomar, su ídolo estaba pintado con un tizne de reflejos metálicos que los indios llamaban *tezcapoctli,* o humo espejeante.

Este dios era principalmente el de la providencia, y estaba en todas partes y entendía de todos los asuntos humanos, por lo que, sea directamente o en alguna de sus múltiples advocaciones, era adorado no sólo en Tenochtitlán, sino en otras muchas partes de México y especialmente en Texcoco.

En cierto modo es afín y en cierto modo contrario a Huitzilopochtli, porque éste representa el cielo azul, es decir, el cielo del día, mientras que Tezcatlipoca personifica el cielo nocturno. Es el guerrero del norte, mientras que Huitzilopochtli es el del sur.

Es también el inventor del fuego, aunque este elemento tiene por patrono especial al dios Xiuhtecuhtli, el señor del año, también llamado Huehuetéotl, "el dios viejo", e Ixcozauhqui, el "Cariamarillo".

Es el patrono de los príncipes, y él mismo recibe el nombre de Nezahualpilli, "el príncipe que ayuna", y, con el nombre calendárico de "Ome Ácatl", preside en los convites y banquetes.



Iztlacoliuhqui (Borbónico 12)

Su fetiche es el cuchillo de pedernal o de obsidiana, y así se llama Técpatl o Iztli; es el señor del frío y del hielo, con el nombre de Iztlacoliuhqui, "el cuchillo curvo de pedernal", es también el dios del pecado y de la miseria. El jaguar, que es "el corazón del monte", Tepeyolohtli, es su disfraz.

Preside en la casa de los guerreros jóvenes y solteros, en el *telpochcalli,* la escuela popular de guerra a la que asisten los jóvenes plebeyos, mientras que Quetzalcóatl es el patrón del *calmécac,* la escuela de los nobles, de donde salen los jefes superiores del ejército, los sacerdotes, los jueces y los reyes.

Como es joven, llega primero en la fiesta en la que vuelven los dioses, en el mes "Teotleco". Rapta a la esposa del viejo Tláloc, a la diosa de las flores y del amor, Xochiquetzal, de la que dice:

> Pienso yo que es verdaderamente diosa, verdaderamente es hermosísima y extremada; hela de alcanzar no mañana ni esotro día, sino luego al momento; porque yo en persona soy el que así lo ordeno y mando. Yo el mancebo guerrero que resplandezco como el sol y tengo la hermosura del alba.

Tepeyolohtli (Borbónico 3)



Tezcatlipoca se caracteriza en los códices por un espejo humeante, colocado en la sien, y otro que sustituye al pie que le arrancó el monstruo de la tierra; mito que significa que a veces, en latitudes más australes, una de las estrellas de la Osa Mayor desaparece del cielo porque queda abajo del horizonte.

Siendo un dios nocturno es también negro, pero su rostro lleva la pintura facial a rayas horizontales, amarillas y negras, conocida con el nombre de *ixtlán tlatlaan,* que caracteriza a todos los Tezcatlipocas, pero variando el color, que es rojo y amarillo en Xipe, y azul y amarillo en Huitzilopochtli.

Su pelo está cortado a dos alturas diferentes, peinado que se llama *tzotzocolli,* característico de los guerreros, y lleva el *aztaxelli* o adorno de plumas de garza, el escudo o *chimalli,* el lanzadardos o *átlatl* y los dardos, *tlacochtli,* que lo caracterizan como guerrero.

Como los aztecas consideraban al norte como la patria de

las tribus cazadoras, a las que daban genéricamente el nombre de chichimecas, el dios de los chichimecas, Mixcóatl, dios de la caza, está también emparentado con Tezcatlipoca.

Por lo que llevamos dicho de este dios, se ven las intrincadas relaciones que existen entre los númenes aztecas y cómo sólo un análisis minucioso de sus atributos y sus mitos nos puede hacer comprender la naturaleza de los dioses y los misterios de su culto.

Tezcatlipoca y Huitzilopochtli (Cuauhxicalli del tigre)



LA ADORACIÓN DEL SOL, LA LUNA Y LAS ESTRELLAS

Hemos visto cómo trataron los aztecas de explicarse los fenómenos celestes, por medio de mitos, en los que se cuenta la lucha de los dioses; es decir, de los astros. Esto los llevó a observaciones precisas, que consignaron en sus monumentos y en sus códices, en donde consta el grado de adelanto al que había llegado la ciencia astronómica entre ellos, y a la adopción de un calendario, indudablemente producto de las culturas más viejas que les habían precedido y que, aunque inferior al admirable cómputo maya, todavía no sobrepasado por nuestro actual sistema calendárico, tiene, sin embargo, elementos que lo caracterizan como un extraordinario desarrollo científico, en un pueblo que estaba en otros aspectos muy lejos de ese nivel cultural.

El Sol, llamado Tonatiuh, es invocado con los nombres de "el resplandeciente, el niño precioso, el águila que asciende". Se representa generalmente por el disco del astro, decorado a la manera azteca, y es muy conocido porque forma parte esencial del célebre monumento llamado "Calendario azteca", que es simplemente la representación del sol, muy elaborada.

Se ve en medio del disco el rostro de Tonatiuh, y a los lados sus manos armadas de garras de águila que estrujan los corazones humanos, porque el sol es concebido por los aztecas como un águila que por las mañanas, al ascender al cielo, se llama Cuauhtlehuánitl, "el águila que asciende", y por la tarde se llama Cuauhtémoc, "el águila que cayó", nombre del último, infortunado y heroico emperador azteca.

Alrededor de la figura de Tonatiuh, se ve esculpida en gran-



Los cuatro Soles (centro de la Piedra del Sol)

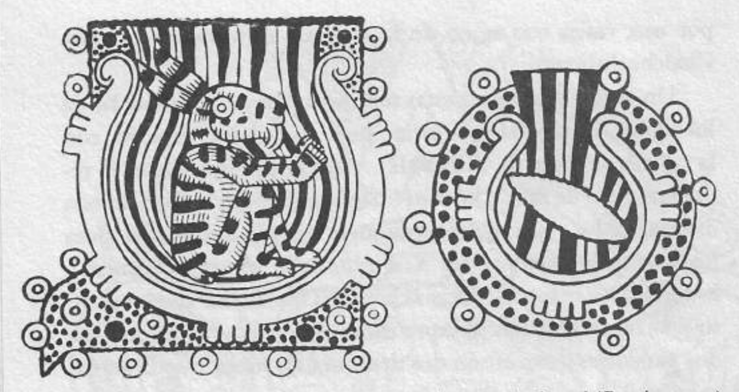
des dimensiones la fecha "4. Temblor" –día en el que ha de terminar el sol actual, por terremotos–, y en los rectángulos del signo temblor están esculpidas las fechas en las que perecieron los soles anteriores ("4. Tigre"; "4. Viento", representado por la cabeza del dios Ehécatl-Quetzalcóatl; "4. Lluvia", representado por la cabeza de Tláloc; "4. Agua", representado

por una vasija con agua, de la que sale el busto de la diosa Chalchiuhtlicue).

Un anillo, que rodea estas representaciones, contiene las de los signos de los días, que principian en la parte superior con la cabeza del lagarto, "Cipactli", y terminan junto, con la representación de flor, "Xóchitl". Siguen después las bandas con dibujos de los rayos solares y de joyas de jade o turquesa, pues los aztecas llamaban al Sol *Xiuhpiltontli,* "el niño turquesa", lo concebían como la cosa más preciosa que existe en el universo y lo representaban siempre como una joya. Por último, las dos bandas exteriores son dos dragones de fuego que llevan al sol por el cielo, y entre sus fauces se ven los rostros de las deidades a las que sirven de disfraz.

Estas serpientes de fuego o *xiuhcóatls* que rodean al Sol rodeaban también al Templo Mayor de Tenochtitlán y formaban el famoso *coatepantli* o "muro de serpientes", del que no quedaron sino algunas cabezas que se guardan en el Museo Nacional; pero en otro templo, en Tenayuca, pueden verse rodeando también el templo dedicado al Sol.

Huitzilopochtli propiamente representa, como hemos dicho, el cielo azul, es decir el cielo del día, pero es una encarnación del sol. Referimos ya su lucha con los poderes de la noche capitaneados por la Luna, y cómo diariamente tiene que derrotar a los dioses nocturnos, para conseguir mantener viva a la humanidad, y que éstos no destruyan al Sol; hemos dicho ya también que Huitzilopochtli, a la inversa de la mayoría de los otros dioses, sólo parece tener importancia en la nación azteca. Hasta ahora solamente Beyer ha señalado la presencia de una representación de este dios en un manuscrito (el Fejérváry-Mayer) que viene de una región fuera de Tenochtitlán, y nos-



Luna con conejo y con pedernal (Borgia 55, 50)

otros hemos querido ver también una representación del dios mexicano en una pintura que decora los templos de Tulum, ciudad maya que recibió una fuerte influencia tolteca.

Pero donde se ve más claramente el carácter tribal de Huitzilopochtli es en las leyendas de la peregrinación azteca, que tan ampliamente nos han sido conservadas en códices y crónicas, y en la fundación de Tenochtitlán.

En efecto, es Huitzilopochtli el que en un año llamado "1. Pedernal", que es precisamente el nombre del año de su nacimiento, induce a los conductores de la tribu azteca a salir de su mítica patria, Aztlán, situada en medio de un lago, y emprender la larga peregrinación hasta establecerse en otra isla, también en medio de un lago, que reprodujera no sólo física sino míticamente las condiciones de aquel de donde habían partido. Durante la peregrinación Huitzilopochtli cuida de ordenar a su pueblo los actos que debe ejecutar, y sus portavoces, que llevan cargando a su ídolo —por esta razón se llaman

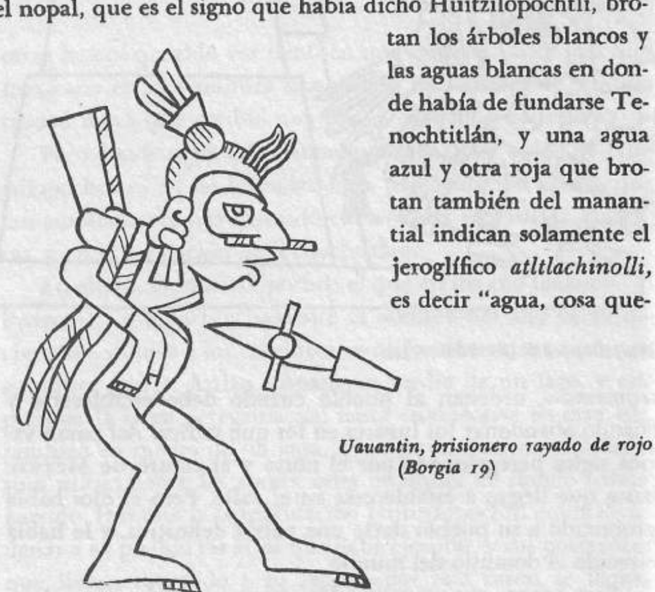


Huitzilopochtli (Borbónico 34)

teomama—, ordenan al pueblo cuándo debe establecerse y cuándo abandonar los lugares en los que radica. Así pasan varios siglos peregrinando por el norte y el centro de México, hasta que llegan a establecerse en el valle. Pero el dios había prometido a su pueblo darle una patria definitiva, y le había ofrecido el dominio del mundo.

Para eso era menester que los aztecas permanecieran aleja-

dos de las otras naciones indígenas y enemigas de ellas, a tal punto que cuando se establecen en el valle, y las relaciones comerciales y matrimoniales empiezan a quebrantar este aisla miento, los sacerdotes tienen cuidado de sacrificar a la hija de un rey, que había sido dada en matrimonio a un príncipe azteca, para que vuelvan a romperse las hostilidades y excitar odios inolvidables entre los aztecas y las otras tribus que habían de dominar. Pero así como habían salido de la tierra de la blancura, tenían que establecerse en un lugar en que las manifestaciones mágicas hicieran patente la voluntad del dios, y cuando los asombrados sacerdotes encuentran al águila posada sobre el nopal, que es el signo que habıa dicho Huitzilopochtli, brotan los árboles blancos y las aguas blancas en donde había de fundarse Tenochtitlán, y una agua azul y otra roja que brotan también del manantial indican solamente el jeroglífico *atltlachinolli*, es decir "agua, cosa que-



Uauantin, prisionero rayado de rojo (Borgia 19)

mada" o sea la guerra sagrada, que tiene por objeto proporcionar al sol la sangre y los corazones de las víctimas.

También la luna, Metztli, se representa a veces con un disco decorado en sus fajas exteriores como el disco solar; pero generalmente el disco es negro o ceniciento y al centro aparece la figura de un hueso retorcido en tal forma, que semeja el corte de una vasija llena de agua, o bien la figura de un conejo, por la leyenda que ya hemos explicado.

El águila y el tigre son los animales en los que encarnan las potencias de la luz y las tinieblas, y los guerreros que han alcanzado la alta dignidad de llamarse con estos nombres están dedicados más que los otros a procurar al Sol su alimento por medio del sacrificio.

Los dioses estelares, víctimas del Sol, como ya hemos dicho, aparecen representados en los códices con la pintura de tiza blanca y el rayado rojo en el cuerpo, como pintaban a los prisioneros de guerra que habían de ser sacrificados. La pintura facial en forma de antifaz negro los caracteriza como deidades nocturnas.

Muchos son estos dioses estelares, pero los más importantes son Mixcóatl, "la serpiente de nube" o sea la Vía Láctea, Camaxtle, dios tutelar de los tlaxcaltecas. Tlahuizcalpantecuhtli, "el señor de la casa del alba", etc.

Todas las estrellas, concebidas en forma de dioses, las consideraban reunidas en dos escuadrones que llamaban Centzon Mimixcoa, "los innumerables del Norte", y Centzon Huitznáhuac, "los innumerables del Sur". Son los guerreros contra los que tiene que luchar el Sol todos los días.

Pero los planetas son los *tzitzimime* o *tzontémoc*, "los que cayeron de cabeza", es decir, los que parece que caen por el po-

niente, distinguiendo su curso del movimiento de conjunto de las otras estrellas. Son ellos los que, transformados en tigres en la terrorífica noche del fin del siglo, bajarán a la tierra convertidos en fieras y devorarán a los hombres.



Tlahuizcalpantecuhtli y Mixcóatl (Borgia 19, 25)

EL DIOS DEL FUEGO

Como el agua, el aire y la tierra, el fuego tiene también su dios especial. Su nombre indica la gran antigüedad de su culto, pues los aztecas lo llamaban Huehuetéotl, que quiere decir "el dios viejo", y como anciano se le representa en todas las ocasiones.

En contraste con el joven Tezcatlipoca que, como hemos dicho, es el primero que llega en la fiesta del mes "Teotleco", Huehuetéotl es el último que se presenta a la reunión de los dioses.

Como un viejo cargado de años y que soporta sobre su cabeza un enorme brasero se le representa en la vieja cultura teotihuacana, que florecía en los primeros siglos de la era cristiana, y su espalda encorvada, la boca desdentada y las arrugas en las comisuras de los labios le dan el aspecto de decrepitud que es característico de este dios; pero no sólo en Teotihuacán sino en otras culturas contemporáneas, y aún más antiguas, aparece el dios del fuego, y así tenemos un brasero encontrado en el sitio olmeca de cerro de las Mesas, y urnas zapotecas en que también aparece representado el dios.

Quizá la figura más antigua que conocemos de él se haya encontrado en un sitio arcaico del Valle de México, correspondiente a la cultura de Ticomán, que florecía en la época en que el volcán Xitle hizo erupción, varios siglos antes de la era cristiana.

El dios del fuego representa indudablemente una de las más viejas concepciones del hombre mesoamericano; es el dios del centro en relación con los puntos cardinales, así como el *tlecuil* o brasero para encender el fuego es el centro de la casa y del templo indígena, y por eso es muy frecuente ver en los sacerdotes del dios la figura de la cruz, que también se encuentra decorando los grandes incensarios llamados *tlemaitl* —literalmente "manos de fuego"—, con que los sacerdotes incensaban a los dioses. Naturalmente un dios tan antiguo como éste tiene también muchas advocaciones. Se le llama Xiuhtecuhtli, que quiere decir "el Señor del año", "el Señor de la yerba" o "el Señor de la turquesa", ya que la palabra *xiúhuitl* con una pronunciación ligeramente diferente significa estas tres cosas, y lo vemos con mucha frecuencia bajo esta advocación, llevando la especie de mitra azul, formada por mosaico de turquesas, que

era característica de los reyes mexicanos y que se llamaba *xiuhuitzolli*. Su *nahual* o disfraz es la Xiuhcóatl o sea la serpiente de fuego, que se caracteriza, como ya lo hemos dicho, porque lleva sobre la nariz una especie de cuerno, decorado con la representación de siete estrellas.

Al hablar de la piedra llamada "Calendario azteca" hemos comentado dos de estas serpientes o dragones de fuego que transportan al sol en su camino por el cielo, y en la pirámide de Tenayuca, que es un templo dedicado al culto del sol, a ambos lados se encuentran serpientes de fuego pintadas de negro o de azul, para indicar a los dos dragones, el del Norte y el del Sur, que transportan al sol en su camino.

Por eso también los dos dioses, el nocturno y el diurno, Tezcatlipoca y Huitzilopochtli, son dioses del fuego, y se cubren a veces con la Xiuhcóatl, que es el *nahual* propio de Xiuhtecuhtli.

A este dios se le hacían diversas ceremonias y sacrificios, siendo uno de los más crueles aquel en el que se quemaban hombres en su honor.

Pero también como dios del año, Xiuhtecuhtli tiene una gran importancia, y en una de las festividades de mayor relieve, la que se celebraba cada ocho años, y en la que hacen ciclo los períodos de 584 días del planeta Venus y los años del sol, una gran ceremonia en honor de Xiuhtecuhtli tenía lugar, y el primer mes del año, "Izcalli," estaba dedicado al culto de este dios.

Según la leyenda, fue una pareja, un hombre y una mujer, los que inventaron el fuego, y cuando lo hubieron hecho, se dedicaron a asar peces para comerlos; pero los dioses se indignaron por la osadía que habían tenido al descubrir el fuego sin

su consentimiento, y les cortaron las cabezas convirtiéndolos en perros.

También en la mitología mexicana, como en la mitología griega, el hombre audaz que es capaz de apoderarse del fuego, que significa el poder humano, sin el consentimiento de los dioses, tiene que ser castigado por ellos; paga con su vida la osadía de pensar que los hombres se bastan a sí mismos para resolver sus problemas.

LOS DIOSES DEL AGUA Y DE LA VEGETACIÓN

Para un pueblo esencialmente agrícola, como era el azteca, tenía una importancia fundamental el régimen de lluvias y los otros fenómenos atmosféricos que influían en sus cosechas. Así no es de extrañar que el culto de los dioses del agua y de la vegetación absorbiera una gran parte de su vida religiosa.

Tláloc, "el que hace brotar", dios de las lluvias y del rayo, es la deidad más importante de este conjunto y probablemente también una de las más antiguas que adoraron los hombres en México y Centroamérica.

Los mayas lo llamaban Chac; los totonacos le decían Tajín; los mixtecos lo adoraban con el nombre de Tzahui y los zapotecos con el de Cocijo, y en todas las zonas de México y Centroamérica su culto se pierde en la más remota antigüedad.

Es el dios principal de la antiquísima cultura "olmeca", y aparece con la máscara del tigre-serpiente en las hachas colosales y en figuras de barro y de jade de esta cultura tan desarrollada y tan antigua.

En Teotihuacán sus representaciones son tan numerosas, que privan sobre las de Quetzalcóatl, y su importante culto se



Tláloc (Magliabechi 32)

extiende muy probablemente hasta las tribus que cercaban, por el norte y por el sur, la región de las altas culturas mesoamericanas.

No es un dios creador, sin embargo, sino que fue creado como los otros dioses, por los hijos de la pareja divina. Dice la leyenda:

> Y para criar al dios y diosa del agua se juntaron todos cuatro dioses y hicieron a Tlalocatecuhtli y a su mujer Chalchiuhtlicue, a los cuales criaron por dioses del agua y a éstos se pedía cuando tenían de ella necesidad: del cual dios del agua dicen que tiene su aposento de cuatro cuartos, y en medio un gran patio do están cuatro barreñones grandes de agua: la una agua es muy buena, y désta llueve cuando se crían los panes y semillas y enviene en buen tiempo: otra es mala, cuando llueve y con el agua se crían telarañas en los panes, y se añublan: otra es cuando llueve y se hielan; otra cuando llueve y no granan o se secan; y este dios del agua para llover crió muchos ministros pequeños de cuerpo, los cuales están en los cuartos de la dicha casa, y tienen alcancías en que toman el agua de aquellos barreñones y unos palos en la otra mano, y cuando el dios del agua les manda que vayan a regar algunos términos, toman sus alcancías y palos, y riegan del agua que se les manda, y cuando atruena es cuando quiebran las alcancías con los palos, y cuando viene rayo es de lo que tenían dentro o parte de la alcancía.

Según otra leyenda, Chalchiuhtlicue no era la esposa de Tláloc, sino su hermana. Tláloc tuvo por primera esposa a Xochiquetzal, la diosa de las flores y del "bien querer", pero le fue robada por Tezcatlipoca, según ya hemos referido. Tomó entonces por esposa a la diosa Matlalcueitl, "la de las faldas verdes", nombre antiguo de la montaña de Tlaxcala que actualmente conocemos por la Malinche.

Esta leyenda nos manifiesta la relación que los indios percibían entre las sierras y las lluvias, y que los hizo dar el nombre de Tláloc a la montaña que forma parte de la cordillera del

Iztaccíhuatl y que todavía conserva ese nombre. El agua de las lluvias se almacenaba, según los aztecas, en grandes cuevas que había en las montañas, y salía después por los manantiales, así que en la escritura jeroglífica es muy común ver la representación del cerro con una caverna llena de agua en su interior.

Aunque Tláloc es en general un dios benéfico, está en sus manos la inundación, la sequía, el granizo, el hielo y el rayo, por lo que es también un dios muy temido en su cólera, y para aplacarlo y hacerle rogativas se sacrificaban prisioneros vestidos como el numen y especialmente niños.

Las representaciones de Tláloc son muy numerosas en esculturas, pinturas y vasijas de barro. Puede decirse que, siempre que hay un pequeño cerro aislado en medio de un valle, se tiene la seguridad de encontrar restos arqueológicos que demuestran el culto al dios de la lluvia.

Tláloc es uno de los dioses más fáciles de distinguir, por su característica máscara que, vista de frente, hace que parezca el dios como si llevara anteojos y bigotes. En una escultura del Museo Etnográfico de Berlín se ve cómo esta máscara está formada por dos serpientes entrelazadas, que forman un cerco alrededor de los ojos y juntan sus fauces sobre la boca del dios.

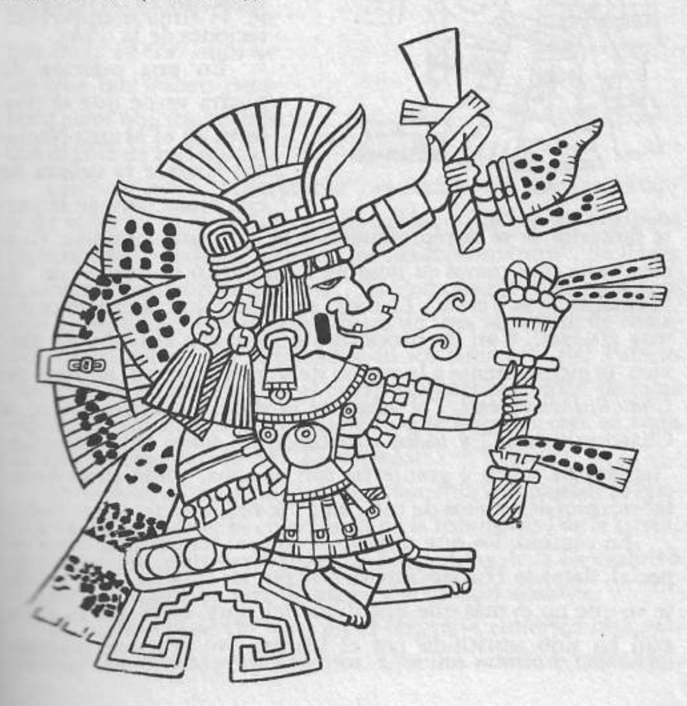
La máscara característica de Tláloc está pintada de azul, el color del agua, como casi todos los atavíos de este dios, y representa la nube. El cuerpo y el rostro están generalmente pintados de negro, porque Tláloc representa principalmente la nube tempestuosa; en cambio, las nubes blancas están indicadas por el tocado de plumas de garza, *aztatzontli,* que lleva en la parte superior de la cabeza.

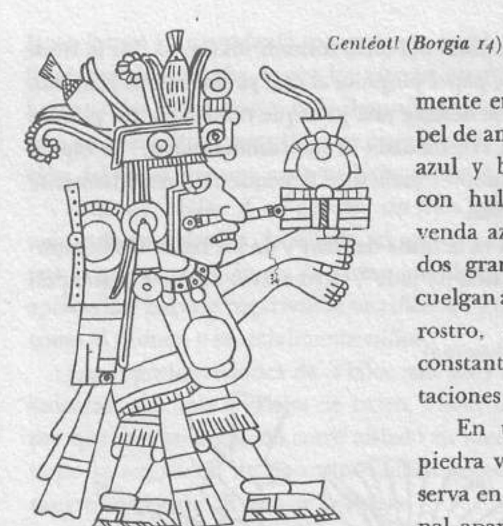
En la representación que reproducimos aparece llevando en una mano un bastón florido y sentado en un asiento de jade:

gotas de agua que caen del cielo forman un fondo. En la nuca lleva el abanico de papel plegado, al que ya nos hemos referido, y sobre su cabeza se destaca una joya que remata en dos plumas de quetzal, y que era llamada el *quetzalmiahuayo,* "la espiga preciosa", denotando el maíz que depende tan estrechamente del dios de las lluvias.

Su compañera es la diosa del mar y de los lagos, Chalchiuhtlicue, "la de la falda de jade", cuyo atavío consiste principal-

Chalchiuhtlicue (*Borbónico* 5)




Centéotl (Borgia 14)

mente en adornos de papel de amate, pintados de azul y blanco y teñidos con hule derretido. La venda azul y blanca, con dos grandes borlas que cuelgan a ambos lados del rostro, es característica constante en las representaciones de la diosa.

En una máscara de piedra verde que se conserva en el Museo Nacional aparece la cabeza de esta diosa, pero en la parte posterior se ve la representación de la figura completa. Gracias a ella conocemos su nombre calendárico que era el de "8. Malinalli", "8. Yerba". La diosa era especialmente patrona del mar *Huéyatl,* y así los mexicanos designaban al Golfo de México, principalmente a la región de Veracruz, con el nombre de *Chalchiuhcueyécatl,* "el agua de la diosa Chalchiuhtlicue o Chalchiuhcueye", y todos aquellos que, como dice Sahagún "tenían sus tratos y granjerías con el agua, como pescadores fabricantes de objetos de tule, etc." le rendían constante culto.

En cambio, los que traficaban con sal tenían una diosa especial, llamada Huixtocíhuatl, que por los detalles de su atavío se ve que no es más que una diosa del agua, en la que el color azul ha sido sustituido por el blanco. No sabemos bastante

Huixtocíhuatl (Matritense VIII, 21)



de las relaciones de esta diosa Huixtocíhuatl con Chalchiuhtlicue y Tláloc, porque no tenemos datos que nos permitan establecer si es hermana o si es hija de ambos. En el mismo caso se encuentra Nappatecuhtli, el "Señor de la estera", dios de los que fabricaban petates y otros objetos hechos con el tule de las lagunas.

Chicomecóatl, "7. Serpiente", es sin duda la más importante de todas las deidades de la vegetación, y por eso los antiguos cronistas la llamaban "diosa de los mantenimientos". Se llama también "7 mazorcas de maíz", Chicomolotzin, y en este sentido es muy importante la escultura de una serpiente de cascabel, descubierta hace pocos años en los cimientos del Palacio Nacional, que presenta en el cuerpo la particularidad de estar decorada con siete mazorcas, por lo que seguramente se trata de una representación de Chicomecóatl.

Su culto es antiquísimo y probablemente viene desde la época arcaica. Se la concibe como diosa de la fecundidad de la tierra, pero también, muy naturalmente, como diosa de la fecundidad humana, aunque en esta forma recibe ya otro nombre.

Es curioso observar que, en el lenguaje esotérico que empleaban los brujos y los adivinos, aquellos nombres calendári-

cos que tienen el numeral 7 significan semillas, por ejemplo "7. Serpiente" es el nombre esotérico del maíz; "7. Águila" es el nombre de las pepitas de calabaza, etc. Por esa razón consideraban los adivinos que el número 7 era de muy buen augurio, y que el que había nacido en un día que llevara este número tendría una vida sumamente venturosa.

La diosa aparece en los códices con el cuerpo y el rostro pintados de rojo, y una especie de mitra de papel decorada con

Xilonen (Magliabechi 24)

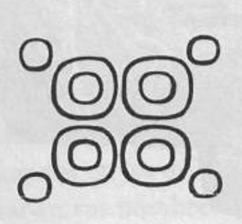


rosetones del mismo material. En las esculturas también lleva algunas veces este adorno, y en cada mano una doble mazorca de maíz.

Aunque Chicomecóatl es la diosa general de los mantenimientos, cada una de las plantas importantes para los aztecas había sido convertida en un dios. Por supuesto el maíz, la más importante de todas, tenía una serie de dioses que lo representaban. Centéotl, que literalmente quiere decir: *centli,* maíz, y *téotl,* dios, "dios del maíz", es esta planta divinizada.

Pero si Centéotl es el dios del maíz en general, la semilla misma se concibe como una mujer que va representando, en sus diversas edades, el desarrollo de la mazorca. Así Xilonen es la mazorca tierna o en "jilote", es la espiga de maíz, mientras que Ilamatecuhtli, "la señora de la falda vieja", es la mazorca seca, cubierta ya por las hojas amarillas y arrugadas.

Xilonen es una de las múltiples deidades importadas por los aztecas de otros pueblos, y se la representaba en la tierra por una esclava joven que era llevada en hombros por un sacerdote y a la cual se le cortaba la cabeza en una de las fiestas mensuales, significando con ello que se separaba la mazorca de la planta. Íntimamente conectado con Centéotl, aparece Xochipilli, el "príncipe de las flores", patrón de los bailes, de los juegos, del amor y representante del verano. Algunas veces se le concibe afín al Tezcatlipoca rojo, aunque es más bien una deidad solar y su símbolo, el *tonallo,* está formado por cuatro puntos y significa el calor del sol. Se le representa adornado con flores y mariposas y con un bastón, el *yolotopilli,* que

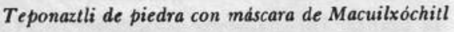


El glifo "tonallo" (Magliabechi, manta "de 5 rosas")

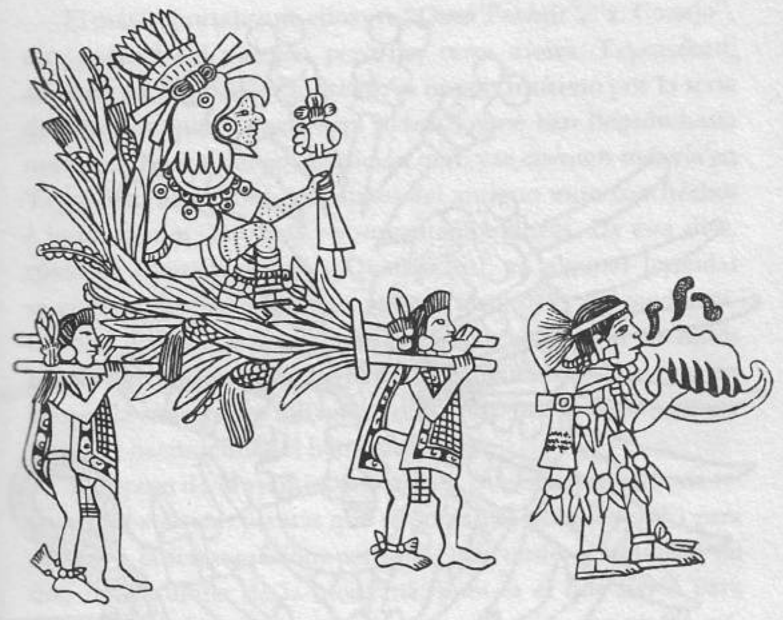

Xochiquetzal

tiene un corazón ensartado. Una deidad tan semejante a él, que quizá es sólo su nombre calendárico, es "5. Flor", Macuilxóchitl, patrono también de los juegos, los bailes y los deportes. Su esposa Xochiquetzal, "la flor de pluma rica", es la personificación de la belleza y el amor, diosa de las flores y patrona de las labores domésticas; pero es también patrona de las cortesanas, las *auianime* o *maqui,* que viven con los guerreros solteros, porque ella misma fue raptada por el joven dios Tezcatlipoca, el guerrero del norte, según lo tenemos referido. Se caracteriza principalmente por llevar dos grandes penachos enhiestos, hechos de pluma de quetzal, y por su indumentaria ricamente bordada.

Xochipilli y Xochiquetzal eran adorados principalmente por las gentes de las *chinampas,* los xochimilcas, que entonces


Teponaztli de piedra con máscara de Macuilxóchitl

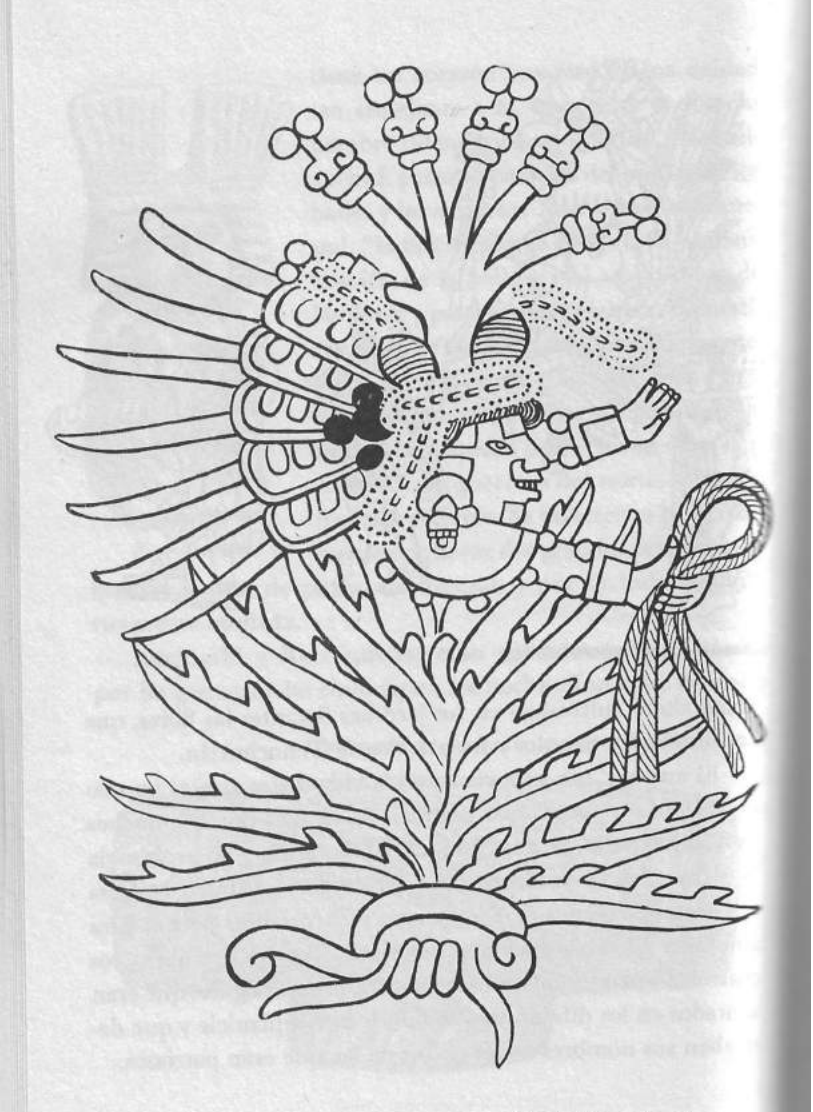




Xochipilli (Magliabechi 23)

como ahora cultivaban en sus jardines flotantes las flores, que consumían los templos y los palacios de Tenochtitlán.

El maguey, tan importante en la vida de los aztecas no sólo por el pulque *(octli)* que extraían de él sino por los muchos usos industriales para los que servían las hojas y las espinas de la planta, fue deificado con el nombre de Mayáhuel, la diosa que, como la Venus de Éfeso, tenía cuatrocientos pechos para alimentar a sus cuatrocientos hijos, los Centzon Totochtin, los cuatrocientos o innumerables dioses de la embriaguez, que eran adorados en los diferentes pueblos de la Altiplanicie y que derivaban sus nombres de las tribus de las que eran patronos.



Mayáhuel (Borbónico 8)

El más importante de ellos era "Ome Tochtli", "2. Conejo", dios general del pulque; pero hay otros dioses. Tepoztécatl, adorado en Tepoztlán, Morelos, es importantísimo por la serie de mitos de que se encuentra rodeado, que han llegado hasta nosotros, trasmitidos por tradición oral, y se cuentan todavía en Tepoztlán, mezclando los relatos del antiguo mito con hechos e instituciones cristianas y aun contemporáneas. De este dios, como de Huitzilopochtli y Quetzalcóatl, en algunas leyendas se cuenta que nació de una virgen, fecundada de modo milagroso. Tal hecho se encuentra repetido no sólo en los mitos mayas sino en una gran parte de las religiones de la tierra, en las que la concepción milagrosa constituye casi la regla para explicar el nacimiento del héroe o el dios.

El esposo de Mayáhuel es Patécatl, que originariamente representaba ciertas plantas que se ponían al pulque *(octli)* para ayudar a la fermentación, pero que más tarde se convirtió en uno de los dioses de la medicina, pues es el que sirvió para "curar" el pulque y convertirlo en una bebida con poder mágico o embriagante.

Por último el dios Xipe-Tótec, "nuestro Señor el desollado", es el dios de la primavera y de los joyeros. Su culto probablemente fue importado desde muy antiguo al Valle de México, pues ya se encuentra en la cultura teotihuacana, en donde el llamado "dios con máscara" no es más que una representación de Xipe. También se le llamaba Yopi, y muchos de los adornos con los que se cubre el dios se designan precisamente con este nombre, por ejemplo su tocado de forma cónica se llama *yopitzontli,* por lo que parece originario de la región limítrofe entre los actuales estados de Oaxaca y Guerrero, en donde existe un pueblo llamado Tlapaneco o Yopi.

Su culto es uno de los que más repugnan a nuestra sensibilidad, pues consistía en desollar a un esclavo y cubrir con la piel de su víctima al sacerdote de la tierra. Este rito significa que al llegar la primavera la Tierra debe cubrirse con una nueva capa de vegetación y cambiar su piel muerta, cubriéndose con una nueva.

Por su aspecto, Xipe se parece mucho a Tezcatlipoca, sólo que, como ya hemos dicho, es un Tezcatlipoca rojo en vez de negro, y del primer color son todos los atavíos y adornos; pero el rostro lo tiene rayado horizontalmente de rojo y amarillo. Su *nahual* o disfraz es el *tlauhquéchol* o "pájaro cuchara".

Otros varios dioses, conectados con el agua o la vegetación, existían en el panteón azteca, pero muchos son advocaciones de los anteriores y su culto era menos general e importante.



Xipe (Borbónico 14)



Tlaltecuhtli (Borbónico 16)

LOS DIOSES DE LA TIERRA

Las ideas de tierra y muerte están muy íntimamente asociadas en la mente azteca no sólo porque la tierra es el lugar al que van los cuerpos de los hombres cuando mueren, sino porque también es el lugar en el que se ocultan los astros, es decir, los dioses, cuando caen por el poniente y van al mundo de los muertos.

Para los mexicanos, la tierra es una especie de monstruo, que en parte parece tiburón y en parte lagarto —quizá es el llamado "peje lagarto" de los ríos del Golfo—; también se la repre-

senta como una rana fantástica con la boca armada de grandes colmillos y con garras en los pies y en las manos. En esta última forma se llama Tlaltecuhtli y se la considera como varón, "el Señor de la Tierra", mientras que en todas sus otras formas es siempre diosa.

Pero marcando la conexión que existe entre las deidades de la tierra, de la noche y de la muerte, vemos que Tlaltecuhtli tiene el pelo encrespado, en la misma forma en que lo llevan las deidades infernales que rigen en el mundo de los muertos, y que después describiremos. Además, en el pelo de la deidad se representan generalmente ciempiés, alacranes, arañas, serpientes y otros animales nocturnos y venenosos, que sirven de acompañantes a los dioses de la muerte.

Tres diosas, que aparentemente son sólo aspectos de una misma divinidad, representan a la Tierra en su doble función de creadora y destructora: Coatlicue, Cihuacóatl y Tlazoltéotl. Sus nombres significan: "la de falda de serpientes", "mujer serpiente" y "diosa de la inmundicia".

Coatlicue tiene en los mitos aztecas una importancia especial porque es la madre de los dioses, es decir, del Sol, la Luna y las estrellas. Ya hemos visto cómo nace de ella milagrosamente Huitzilopochtli en el momento en que las estrellas, capitaneadas por la Luna, pretenden matarla porque no creen en el prodigio de la concepción divina, y cómo el Sol-Huitzilopochtli sale de su vientre armado del rayo de luz y mata a la Luna y a las estrellas.

El arte azteca, al representar a esta diosa con toda la originalidad bárbara de un pueblo joven y enérgico, realizó una obra maestra. La colosal estatua de Coatlicue del Museo Nacional supera en fuerza expresiva a las creaciones más refinadas de

pueblos que, como el maya, concebían a la vida y a los dioses en una forma más serena.

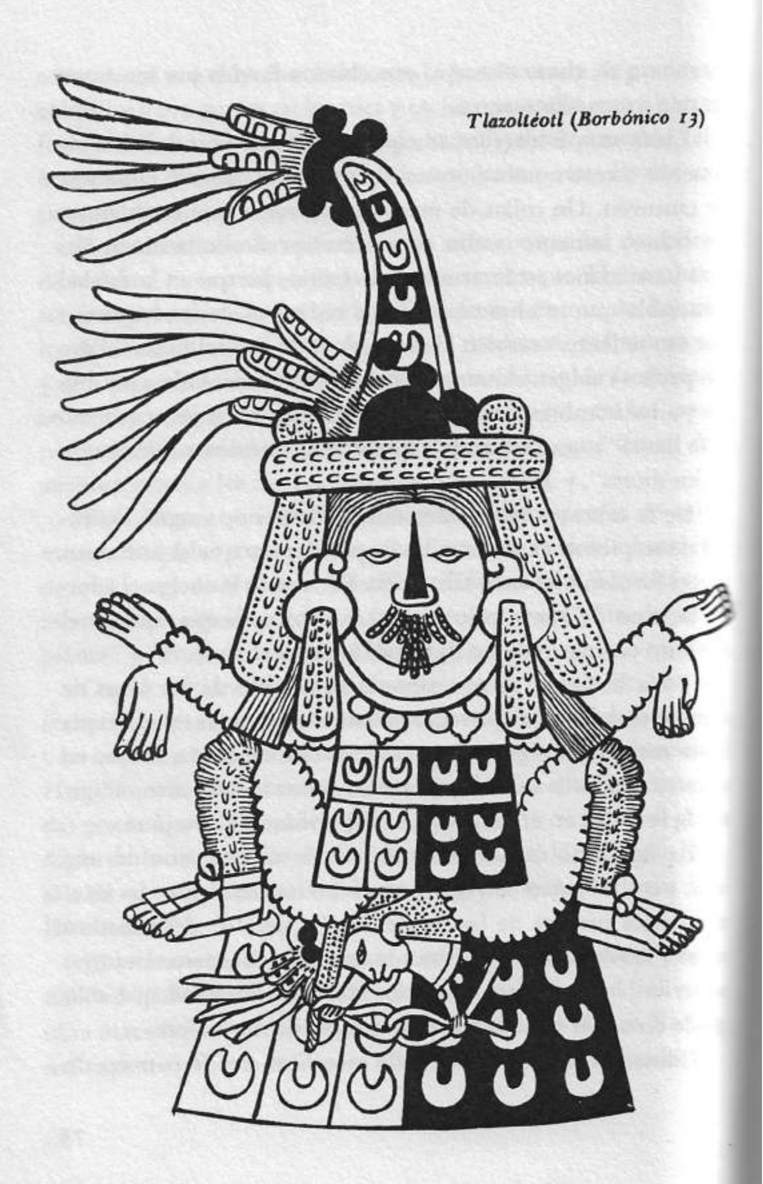
Lleva una falda formada por serpientes entrelazadas, de acuerdo con su nombre, sostenida por otra serpiente a manera de cinturón. Un collar de manos y corazones que rematan en un cráneo humano oculta en parte el pecho de la diosa. Sus pies y sus manos están armados de garras, porque es la deidad insaciable que se alimenta con los cadáveres de los hombres; por eso se llama también "la comedora de inmundicias". Pero sus pechos cuelgan exhaustos porque ha amamantado a los dioses y a los hombres, porque todos ellos son sus hijos, y por eso se la llama "nuestra madre", Tonantzin, Teteoinan, "la madre de los dioses", y Toci, "nuestra abuela".

De la cabeza cortada salen dos corrientes de sangre, en forma de serpientes representadas de perfil, pero que al juntar sus fauces forman un rostro fantástico. Por detrás le cuelga el adorno de tiras de cuero rojo, rematadas por caracoles, que es el atributo ordinario de los dioses de la tierra.

Toda la figura es una síntesis admirable de las ideas de amor y destrucción, que corresponden a la tierra, y el artista indio realizó en su grado supremo, en esta escultura, lo que en nuestro concepto es la característica constante del arte indígena: la realidad en el detalle y la subjetividad del conjunto.

La figura no es la representación de un ser, sino de una idea, pero las partes son de un realismo sorprendente; las escamas de los cuerpos de las serpientes, los detalles del macabro collar y los dobleces de las tiras de cuero, que forman el adorno posterior, han sido reproducidos con una fidelidad que sólo puede tener un pueblo que está cerca de la naturaleza.

Cihuacóatl es otro nombre de esta diosa y es la patrona de



Tlazoltéotl (Borbónico 13)

las Cihuateteo que de noche vocean y braman en el aire; son las mujeres muertas en parto, que bajan a la tierra, en ciertos días dedicados a ellas en el calendario, a espantar en las encrucijadas de los caminos, y son fatales a los niños. En tiempos posteriores Cihuacóatl se transformó en "la Llorona" de nuestra conseja popular, que carga una cuna o el cadáver de un niño y que lanza en las noches amargos lamentos en los cruceros de las calles de la ciudad, pero en tiempos antiguos sabían que había llegado porque dejaba abandonada en el mercado la cuna y dentro de ella estaba un cuchillo de sacrificio.

Pero más importante es, en el culto azteca, la diosa Tlazoltéotl o Ixcuina, "diosa de las cosas inmundas", cuyo culto parece importado de la región huasteca. Como Xipe, se la representa a menudo cubierta con la piel de la víctima, pero su característica fundamental consiste en la venda de algodón sin hilar que lleva en el tocado, decorada con dos malacates o husos, y en la mancha negra que le cubre la nariz y la boca. A veces lleva en las manos una escoba en el "mes en que se barre", "Ochpaniztli", en que se celebran las principales ceremonias en su honor. Su hijo es Centéotl, dios del maíz.

Como es la comedora de inmundicias, come los pecados de los hombres, dejándolos limpios. De aquí el rito de la confesión que se practica ante los sacerdotes de Tlazoltéotl.

El sacerdocio de esta diosa tenía una particular importancia, porque siendo ella la patrona de los partos y nacimientos correspondía a sus representantes decir el horóscopo de la criatura, fundados en las complicadas combinaciones del calendario ritual, el *tonalpohualli*. Sacerdotes especiales llamados *tonalpouque* realizaban esta función y daban el nombre

al niño por el día en que nacía, llevando la cuenta en libros especiales, plegados en forma de biombo y escritos en escritura jeroglífica, que se llamaban *tonalámatl,* y de los cuales se han conservado algunos hasta nuestros días.

Los sacerdotes de Tlazoltéotl, que también lo eran de la tierra y de la fecundidad, tenían, pues, una gran importancia en el culto azteca y los vemos constantemente representados en los manuscritos indígenas que han llegado hasta nosotros.

LOS DIOSES DE LA MUERTE

Sin embargo de esta concordancia entre las ideas noche, tierra y muerte, por oposición a las ideas de luz, cielo y vida, existían los dioses especiales del mundo subterráneo, en el que los aztecas colocaban la morada de los desaparecidos, el *Mictlan,* el lugar en que reinaba Mictlantecuhtli, "el Señor de los muertos".

El dios aparece con el cuerpo cubierto con huesos humanos, y el rostro con una máscara en forma de cráneo. Su pelo es encrespado, negro y decorado con ojos estelares, puesto que habita en la región de la oscuridad completa. Unos adornos de papel en forma de rosetas de las que salen conos, uno sobre la frente y otro en la nuca *(ixcochtechimalli* y *cuechcochtechimalli),* son muy característicos de su atavío; y también son muy característicos su bandera blanca y doblada, el *pantololli,* y una como estola de papel blanco, llamada *amaneapalli.* Lleva como orejera un hueso humano. Sus animales asociados son el murciélago, la araña, el buho *(tecólotl),* animal de mal agüero y cuyo canto nocturno se considera, todavía hoy, fatal para el que lo escucha.



Mictlantecuhtli (*Borbónico 10*)

Para los aztecas lo que determina el lugar al que va el alma después de la muerte no es la conducta en esta vida sino principalmente el género de muerte y la ocupación que en vida tuvo el difunto.

Hemos hablado ya de los paraísos oriental y occidental del Sol. Al primero, que se llama *Tonatiuhichan*, "casa del Sol", van los guerreros que murieron en el combate o en la piedra de los sacrificios; acompañan al Sol en jardines llenos de flores, en los que repiten el simulacro de sus luchas, y cuando aparece el astro por el oriente, lo saludan con grandes gritos golpeando sus escudos. Cuando bajan a la tierra después de cuatro años, se transforman en colibríes y otras aves de plumajes abigarrados y se alimentan con el néctar de las flores. Son los privilegiados, los que el Sol ha elegido para su séquito, y viven una vida de delicias.

> Dijeron los viejos que el Sol los llama para sí, y para que vivan con él allá en el cielo, para que le regocijen y canten en su presencia y le hagan placer; éstos están en continuos placeres con el Sol, viven en continuos deleites, gustan y chupan el olor y zumo de todas las flores sabrosas y olorosas, jamás sienten tristeza ni dolor, ni disgusto, porque viven en la Casa del Sol, donde hay riquezas de deleites; y éstos de esta manera que mueren en las guerras, son muy honrados acá en el mundo, y esta manera de muerte es deseada de muchos, y muchos tienen envidia a los que así mueren, y por esto todos desean esta muerte, porque los que así mueren son muy alabados. (Sahagún, II, 140.)

Aun los guerreros enemigos que han muerto en la batalla o que, capturados como prisioneros, fueron sacrificados en el *téchcatl*, la piedra de los sacrificios, son honrados en este pa-

raíso del Sol, y tienen un dios especial, el llamado Teoyaomiqui, cuyo nombre significa precisamente "el dios de los enemigos muertos".

Son los que han sido sacrificados al Sol, los hombres-estrellas que al morir alimentaron con sus vidas al poderoso guerrero que combate en el cielo, y por eso se les equipara a los aztecas que murieron en la lucha.

Dícese que un mancebo generoso de Huexotzinco, el cual se llamaba Mixcóatl, murió en la guerra de los mexicanos —y ellos le mataron en la guerra—; dícese un cantar en su loor: "¡Oh bienaventurado Mixcóatl, bien mereces ser loado en cantares, y bien mereces que tu fama viva en el mundo, y que los que bailan en los areitos te traigan en la boca, enrededor de los atabales y tamboriles de Huexotzinco, para que regocijes y aparezcas a tus amigos los nobles y generosos, tus parientes! Oh, glorioso mancebo, digno de todo loor, que ofreciste tu corazón al Sol, limpio como un sartal de zafiros, otra vez tornarás a brotar, otra vez tornarás a florecer en el mundo, vendrás a los areitos, y entre los tambores y tamboriles de Huexotzinco, aparecerás a los nobles y varones valerosos, y te verán tus amigos" (Sahagún, II, 140.)

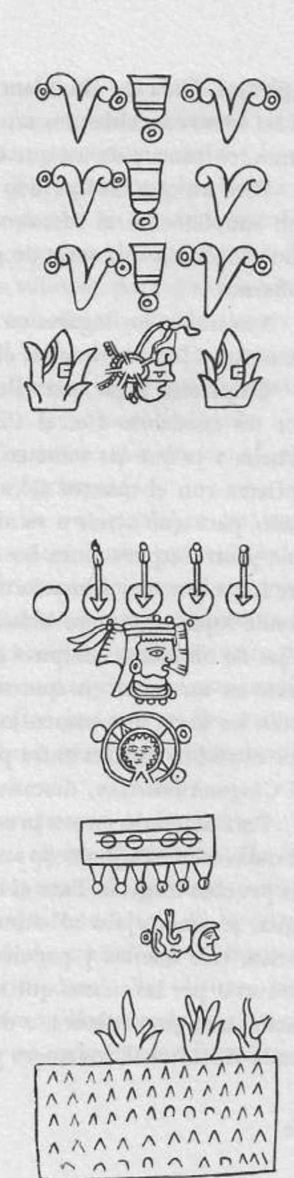
Las mujeres muertas en parto que viven en el paraíso occidental, llamado *Cincalco,* "la casa del maíz", también ocupan un lugar preeminente. Cuando bajan a la tierra lo hacen de noche y son entonces fantasmas espantables y de mal agüero principalmente para las mujeres y los niños. Son las *cihuateteo,* las "mujeres diosas", que se representan en forma espantable, llevando por cabeza una calavera y con manos y pies provistos de garras. Sin embargo, antes de transformarse en diosa, la mujer que ha muerto en parto tiene un gran poder mágico, puesto que ha sido la fuerte que ha derrotado al enemigo; por eso los jóvenes guerreros tratan de apoderarse de su brazo derecho porque éste los hará invencibles en el com-

bate, y por eso también al enterrar a la mujer que ha muerto en parto el cortejo fúnebre va rodeado de los hombres del clan, armados de punta en blanco, que han velado toda la noche al lado de la muerta, para impedir que los jóvenes ambiciosos mutilen el cadáver.

Los que mueren ahogados o por rayo o por lepra, o de alguna otra enfermedad que se consideraba relacionada con los dioses del agua, van al *Tlalocan*, el paraíso de Tláloc, que queda al sur, el lugar de la fertilidad, donde crecen toda clase de árboles frutales y abunda el maíz, el frijol, la chía y todos los otros mantenimientos.

Recientemente se descubrieron unas magníficas pinturas en un templo de Teotihuacán, y esto nos demuestra que ya desde la época teotihuacana, es decir aproximadamente desde el siglo VI d. C., existía la idea de este lugar de delicias, el *Tlalocan*, al que llegaban los muertos. Se ve en esas pinturas una ilustración de lo que Sahagún nos cuenta en su historia. Colocaban una rama seca al enterrar al que había sido elegido por el dios de la lluvia y había muerto de una de las enfermedades mencionadas o por un accidente en el agua o por rayo, y al llegar el bienaventurado al campo de delicias, que es el *Tlalocan*, la rama seca reverdecía, indicando esto que en el lugar de la abundancia se adquiría una nueva vida. Después de entonar un largo canto, probablemente de gracias al Señor que hace brotar todas las cosas, se reunía con sus compañeros para disfrutar de una vida de perenne alegría, que transcurría sentado bajo los árboles cargados de frutos que bordean las orillas de los ríos del paraíso, o se sumergía en las aguas de las lagunas, que quedan más allá de la muerte, y se dedicaba a cantar con sus compañeros, y a participar en sus juegos y





Los nueve Infiernos y los trece Cielos
(Vaticano A)

regocijos. Vida de abundancia y serenidad, bienaventurada, es así como concebían los aztecas, y antes de ellos los teotihuacanos, el tránsito de los que habían sido llamados por Tláloc.

Pero los que no han sido elegidos por el Sol o por Tláloc van simplemente al *Mictlan,* que queda al norte, y ahí las almas padecen una serie de pruebas mágicas al pasar por los infiernos.

Son nueve los lugares en donde las almas sufren antes de alcanzar, a los cuatro años, el descanso definitivo.

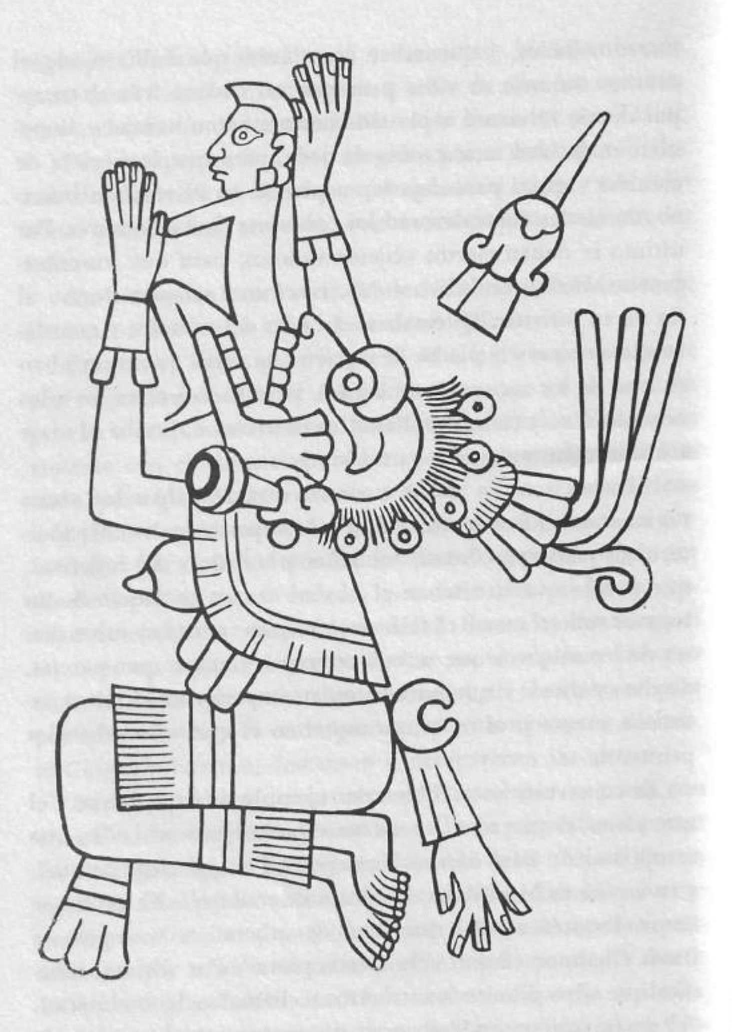
En primer lugar, para llegar al *Mictlan* tienen que pasar por un caudaloso río, el *Chignahuapan,* que es la primera prueba a la que las someten los dioses infernales. Por eso se entierra con el muerto el cadáver de un perro de color leonado, para que ayude a su amo a cruzar el río. El alma tiene que pasar después entre dos montañas que se juntan; en tercer lugar por una montaña de obsidiana; en cuarto lugar por donde sopla un viento helado, que corta como si llevara navajas de obsidiana; después por donde flotan las banderas; el sexto es un lugar en que se flecha; en el séptimo infierno están las fieras que comen los corazones; en el octavo se pasa por estrechos lugares entre piedras; y en el noveno y último, el *Chignahumictlan,* descansan o desaparecen las almas.

Para ayudarlo en sus pruebas en la otra vida, se ponía con el cadáver un conjunto de amuletos que le permitían soportar las pruebas mágicas. Para el camino se le daba un jarrillo con agua, se amortajaba al difunto en cuclillas, liándolo fuertemente con mantas y papeles. Otros papeles le servían para atravesar por las sierras que se juntan, o para pasar por donde estaba una gran culebra, o donde estaba la lagartija verde llamada Xochitónal, los nueve páramos, *Chicunaixtlahuaca* y los

nueve collados, y quemaban los atavíos que había usado el difunto durante su vida, para que no tuviera frío al cruzar por donde el viento sopla tan cortante como navaja, y le ponían en la boca una cuenta de jade, para que le sirviera de corazón y quizá para dejarla en prenda en el séptimo infierno, donde las fieras devoran los corazones de los hombres. Por último le daban ciertos objetos valiosos, para que los entregara a Mictlantecuhtli o a Mictecacíhuatl cuando llegara al fin de su jornada. Quemaban el bulto del muerto, y guardaban las cenizas y la piedra de jade en una urna, que enterraban en uno de los aposentos de la casa, y les hacían ofrendas a los ochenta días, y cada año, hasta los cuatro que duraba el viaje a ultratumba, y después ya no lo hacían más.

Muchos son los dioses y diosas que poblaban las varias regiones del infierno azteca. Los más importantes son Mictlantecuhtli y Mictecacíhuatl, "el Señor y la Señora del infierno", que parece que habitaban el noveno o más profundo de los lugares subterráneos, el *Chicnauhmictlan;* pero hay otros dioses de los muertos que se nos presentan siempre por parejas, de dios y diosa, y que parece tenían imperio en los otros infiernos, menos profundos que aquel en el que señoreaban los primeros.

Se conservan los nombres por ejemplo de Ixpuzteque, "el que tiene el pie roto", y de su esposa Nezoxochi, "la que arroja flores". Otro dios es Nextepeua, "el que riega ceniza", y su esposa es Micapetlacalli, "caja de muerto". El tercero se llama Tzontémoc, "el que cayó de cabeza", y su esposa se llama Chalmecacíhuatl, "la sacrificadora". Por último, sabemos que otro dios de los muertos se llamaba Acolnahuácatl, "el de la región torcida", pero no conocemos el nombre de



Mictecacihuatl (Fejervary-Mayer 28)

la esposa. Estas parejas de dioses infernales nos recuerdan aquellos de los que nos habla el *Popol Vuh,* el libro sagrado de los quichés, cuando los dos héroes Hunahpu y Xbalanque, descendientes, por parte de su madre, de uno de los dioses del infierno, emprenden el camino hacia la región subterránea y, al llegar a la encrucijada, dejan los caminos blanco, rojo y verde que conducen a otras regiones, para internarse por el camino negro que lleva a *Xibalbá* y allí encuentran a los catorce dioses infernales que también están distribuidos por parejas.

Queda también noticia de que existían trece cielos, pero no se dice que fueran a ellos las almas de los hombres.

En el cielo más alto, que era el cielo doble, vivían Ometecuhtli y Omecíhuatl, los dioses creadores, y allí era donde estaban las almas de los niños que mueren antes de tener uso de razón, y donde se engendran las almas de los hombres, que son alimentadas con un árbol que destila leche. Esperan a que se destruya la presente humanidad en el cataclismo final, para reencarnar en la humanidad nueva.

Abajo de este cielo doble, que llamaríamos décimosegundo y décimotercero, está el undécimo cielo, que es rojo. Abajo de éste está el décimo que es amarillo, abajo el noveno que es blanco. En el octavo se dice que crujen los cuchillos de obsidiana. El séptimo, que es azul, es donde vive Huitzilopochtli, y su templo en la gran pirámide de México se llamaba precisamente *Ilhuícatl Xoxouqui,* que quiere decir "cielo azul". El sexto cielo es verde. En el quinto es donde están las estrellas errantes, los cometas y el fuego. En el cuarto vive la Huixtocíhuatl, "la diosa de la sal", a la que ya nos hemos referido. El tercero es el cielo por donde camina el sol.

En el segundo están las estrellas y allí viven Citlalatónac, la Vía Láctea, y Citlalicue, que son los dioses del cielo nocturno, y la diosa tiene el nombre de "falda de estrellas". Por último, en el cielo primero, es decir, en el que está más cerca de la tierra, es por donde camina la luna y donde se forman las nubes.

Los trece dioses celestiales que habitan en los trece cielos y los nueve señores del infierno tienen una gran importancia en el calendario, y dan su carácter fasto o nefasto a los días con los que están asociados.

C A L E N D A R I O S

Dos calendarios existían entre los aztecas, que determinaban sus ceremonias religiosas. El más importante era el llamado *tonalpohualli,* que consiste en la unión de una serie de veinte signos, con otra serie de números, de 1 a 13, combinándose los signos y los números de tal manera, que siguen ambas series un orden invariable y que no se repite la misma combinación de signo y número, hasta que han transcurrido 13 x 20, o sean 260 días.

Así la serie de los signos es la siguiente:

Lagarto	Mono
Viento	Yerba
Casa	Caña
Lagartija	Tigre
Serpiente	Águila
Muerte	Zopilote rey
Venado	Temblor
Conejo	Pedernal
Agua	Lluvia
Perro	Flor

La serie de los trece números va en su orden normal: 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13.

Combinando ambas series se obtiene para nombre del primer día "1. Lagarto"; para el segundo "2. Viento"; para el tercero "3. Casa", etc., hasta llegar al día "13. Caña". El día siguiente se llamará "1. Tigre"; el siguiente "2. Águila", etc. Cuando se ha llegado al día Flor, se vuelve a contar el día Lagarto, con el número que le corresponde.

Este calendario ritual o *tonalpohualli* es una de las invenciones más originales de las culturas indígenas de Mesoamérica. Es antiquísimo, pues lo encontramos usado ya en Oaxaca con la primera cultura que florece en los valles, la que llamamos Monte Albán I, varios siglos antes de la era cristiana, y forma la base esencial de todos los otros cómputos calendáricos de mayas, zapotecos, mixtecos, totonacos, huaxtecos, teotihuacanos, toltecas, aztecas, etc.

Todos los pueblos de Mesoamérica conocían y usaban este calendario, y el día que se llamaba con un nombre en México, por ejemplo el día "13. Serpiente", se llamaba con un nombre igual o correspondiente en toda la extensión de Mesoamérica, desde el Pánuco hasta Nicaragua, y desde Sinaloa hasta Yucatán.

El período de los 260 días, o sea el *tonalpohualli,* estaba escrito en libros especiales que se llamaban *tonalámatl,* "papel o libro de los días", y los sacerdotes que interpretaban sus signos y la suerte de los días fastos o nefastos recibían el nombre de *tonalpouhque.*

No sabemos en dónde se originó este calendario ritual, tan importante y tan característico de México y Centroamérica, que podríamos llamar a la zona mesoamericana "zona del *to-*

nalpohualli", pero indudablemente su invención es antiquísima, y debe haber sido la creación de un pueblo con un alto grado de cultura, pero anterior a todos los pueblos cuyas culturas conocemos actualmente.

Este período de 260 días, de nombres diferentes por el número o por el signo, era un período mágico que servía a los astrólogos aztecas para predecir y evitar la mala suerte que le correspondía a un hombre que había nacido en un día mal afortunado, pues ponían al niño el nombre del día en que había nacido. Pero como también los dioses llevaban los nombres de los días de su nacimiento, o de aquellos en que habían ejecutado algún acto importante que debía ser conmemorado, las ceremonias que se celebraban con este motivo ocurrían cada 260 días, es decir, cuando volvía a repetirse el nombre del día en el *tonalpohualli*.

Es particularmente notable la ceremonia que se verificaba en honor del Sol, en el día llamado "4. Movimiento o Temblor", y que conmemoraba el día en que el astro, después de creado, empezó a moverse, y también el día en que había de terminar por los terremotos, según hemos explicado al tratar de la creación del Sol actual.

Esta fiesta se hacía probablemente ante la piedra que conocemos ahora con el nombre de "Calendario azteca" en el edificio llamado *Quauhxicalco*. Tomaban a uno de los prisioneros que habían hecho en la guerra y después de pintarle el cuerpo como a los dioses estelares, blanco con rayas rojas, *huahuantin*, le daban un báculo, una rodela y un envoltorio, en el que iban plumas de águila y pinturas blancas, y lo conducían al templo donde, antes de subir, lo arengaban para que llevara al Sol esos objetos como presente y le rogara por la sa-

lud y buena suerte de los mexicanos. Subía el cautivo muy despacio la escalera del templo, deteniéndose en cada uno de los escalones para denotar el curso del Sol, y llegando arriba era sacrificado por los sacerdotes, sacándole el corazón y ofreciéndolo al astro. Todo el pueblo practicaba ese día el autosacrificio, sacándose sangre de las orejas y de otras partes del cuerpo, y guardaba un riguroso ayuno hasta el mediodía. Por la tarde bailaban los nobles, adornados con sus mejores galas, porque ésta era una fiesta de los señores y especialmente de las órdenes militares de los caballeros águilas y tigres, que estaban dedicados al culto solar.

Cuando tocaba en el calendario el día llamado "1. Serpiente", lo consideraban como especialmente afortunado y próspero. Era favorable para los mercaderes y tratantes, especialmente aquellos que iban a tierras lejanas, llevando y trayendo mercaderías, y que recibían el nombre de *pochtecas.* Tanto era así, que los mercaderes esperaban que llegara este día del calendario, llamado "1. Serpiente", para iniciar sus expediciones de comercio, y hacían un gran banquete al que convidaban a los mercaderes viejos, los llamados *pochtecatlatohque* y a los más distinguidos hombres de su clan o *calpulli,* para comunicarles sus proyectos de viaje.

Acabado el banquete se levantaban los viejos mercaderes y les daban consejo sobre la forma como habían de proceder, les exponían los peligros y trabajos a que estaba sujeta la profesión; pero al mismo tiempo les señalaban las ventajas que tenía, ya que ganaban honra y riqueza, y entonces el mercader en un galano discurso contestaba a los ancianos, agradeciéndoles las palabras que habían dicho, "palabras sacadas del tesoro que tenéis guardado en vuestro corazón, que son bellas

como el oro y piedras preciosas y plumas ricas" y por tal las recibía y estimaba.

Entonces se iniciaba para la familia del que se iba un período de luto. Sólo de cuatro en cuatro meses podían lavarse la cabeza y la cara, aun cuando podían lavarse el cuerpo, y si moría el mercader en el camino, a los cuatro días de recibido el aviso de su muerte, ya podían lavarse y bañarse la cabeza, y si había muerto por mano enemiga formaban su estatua de varas, atadas unas con otras, y la componían con los papeles y otros atavíos que usaban para este efecto, y así compuesto, llevaban la estatua al templo del *calpulli,* al que pertenecía el mercader, y allí la dejaban todo el día y estaban delante de ella llorando al muerto, y a la medianoche cargaban con la estatua y la llevaban al patio del templo y allí la quemaban, con lo que se acababan las ceremonias en honor del difunto.

Pero la mayor parte de las fiestas y ceremonias religiosas se regían por el calendario anual, que estaba dividido en dieciocho meses de veinte días, más cinco días que llamaban *nemontemi* y que, por considerarse aciagos, no se celebraba en ellos ninguna fiesta.

Como los meses estaban dedicados a sus dioses mayores, en cada mes se hacían ceremonias que variaban y que generalmente tenían por objeto representar, de un modo simbólico, la vida del dios o su nacimiento. Era una forma de suplicar al numen la repetición de sus favores.

Naturalmente que, siendo el calendario anual un calendario agrícola, muchas de estas fiestas son en honor de Tláloc o de las deidades de la vegetación; pero hay otras dedicadas a Huitzilopochtli, a Tezcatlipoca y a otros de los dioses mayores.

Una ceremonia interesante por su simbolismo tenía lugar en el sexto mes llamado "Tóxcatl". Un joven cautivo de guerra era elegido como representación o encarnación del dios Tezcatlipoca. Durante todo el año los sacerdotes lo enseñaban a portarse como un personaje de la corte, haciéndole adquirir los modales de un noble. Le enseñaban también a tañer en las flautas de barro y le daban un séquito escogido para que lo acompañara y atendiera, como si se tratara de un señor. Vestido con los atavíos del dios, se paseaba por las calles de la ciudad, llevando como los nobles un ramillete de flores y fumando tabaco en una caña ricamente dorada. Todo el que encontraba a esta representación viviente de Tezcatlipoca le hacía gran reverencia y se le tenía en tanta estima como si fuera el mismo rey.

Al principiar el mes de "Tóxcatl", esto es veinte días antes que se celebrara la fiesta, se le cambiaba el vestido, poniéndole el que usaban los grandes capitanes y hombres de guerra, y se le casaba con cuatro doncellas llamadas Xochiquetzal, Xilonen, Atlatonan y Huixtocíuatl, que eran como encarnaciones de las esposas del dios de la providencia.

Cuando ya llegaba el día de la fiesta, grandes ceremonias, bailes y banquetes eran dados en honor de este joven, y todos, lo mismo los nobles que los macehuales, lo festejaban y alababan como si realmente su poderío debiera durar constantemente.

El día de la fiesta, en una de las canoas reales, era llevado con sus esposas y acompañantes hasta un lugar de la ribera del lago en el que había un templo pequeño y descuidado. Aquí lo dejaban las mujeres, que habían estado con él en la época de su prosperidad, y el brillante séquito que lo acompañaba

y, casi solo, con unos cuantos pajes, emprendía la marcha hacia el templo, llevando en las manos las flautas de barro con las que tocaba cuando era considerado gran señor.

Llegando a la escalinata del templo, hasta sus mismos pajes lo abandonaban y él ascendía solo, rompiendo en cada escalón una de las flautillas, símbolo de su pasada grandeza.

Así subía, muy despacio, por las gradas del templo, y cuando llegaba arriba, ya lo estaban esperando los sacrificadores que lo despojaban de sus últimas galas y lo tendían en la piedra de los sacrificios, arrancándole el corazón.

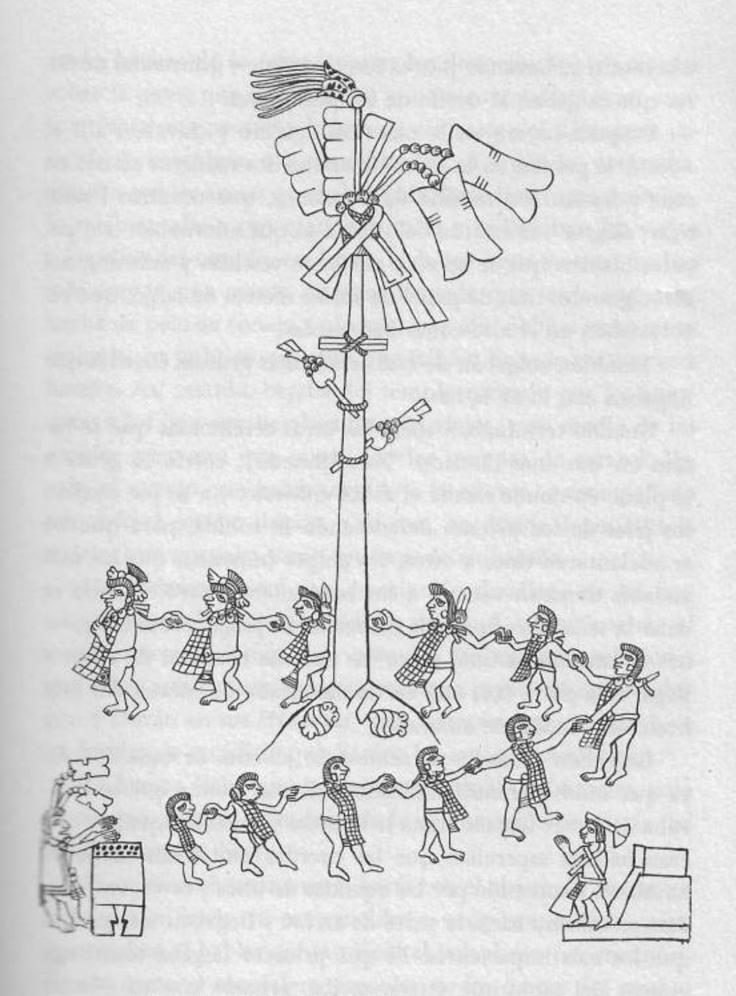
> Decían —comenta Sahagún— que esto significa que los que tienen riquezas y deleites en la vida, al cabo de ella, han de venir a terminar en pobreza y dolor.

Luego que moría este joven, elegían a otro para que representara al dios, y lo regalaban y cuidaban de la misma manera, hasta que al año siguiente volvía el mes de "Tóxcatl", que significaba el fin de su vida.

Otra ceremonia, curiosa por su semejanza con ciertas fiestas populares europeas, es la que se hacía en el mes "Xocotlhuetzi".

Durante el mes anterior, iban al monte y cortaban un árbol muy alto, que tuviera aproximadamente unos quince metros. Debía ser perfectamente recto y no tan grueso que no pudiera ser abrazado por un hombre.

Traían este árbol, que llamaban *xócotl,* desde donde se encontraba, con muchas ceremonias, cantándole y bailándole como si se tratara de un dios, y así lo llevaban montado sobre otros maderos, para que no se dañara la corteza. Cuando llegaban cerca de la ciudad, salían las señoras nobles a recibir



Danza del Xocotlhuetzi (*Borbónico 28*)

a la comitiva, llevando jícaras con chocolate y guirnaldas de flores que colgaban al cuello de los portadores.

Después hacían en la plaza un agujero y clavaban allí el *xócotl;* le ponían en la parte de arriba dos maderos atados en cruz y hacían con semilla de amaranto, que nosotros llamamos "alegría", la estatua del dios, a la que adornaban con papeles blancos que le servían como de vestidos y adornos, así como grandes tiras de papel de varios metros de largo, que revoloteaban en el aire como banderolas.

También colgaban de este árbol unas gruesas cuerdas que llegaban casi hasta la base.

Cuando terminaban todas las otras ceremonias que se hacían en este mes llamado "Xocotlhuetzi", corría la gente a la plaza, en donde estaba el árbol enhiesto, y a su pie estaban los jefes de los jóvenes defendiendo la subida, para que no se adelantaran unos a otros, y a golpes impedían que los más audaces tomaran ventaja a sus compañeros; pero, cuando se daba la señal de que podía comenzar el juego, todos los jóvenes se lanzaban a una, y por las cuerdas trataban de subir y llegar a la parte más alta en donde estaba la estatua del dios hecha de semilla de amaranto.

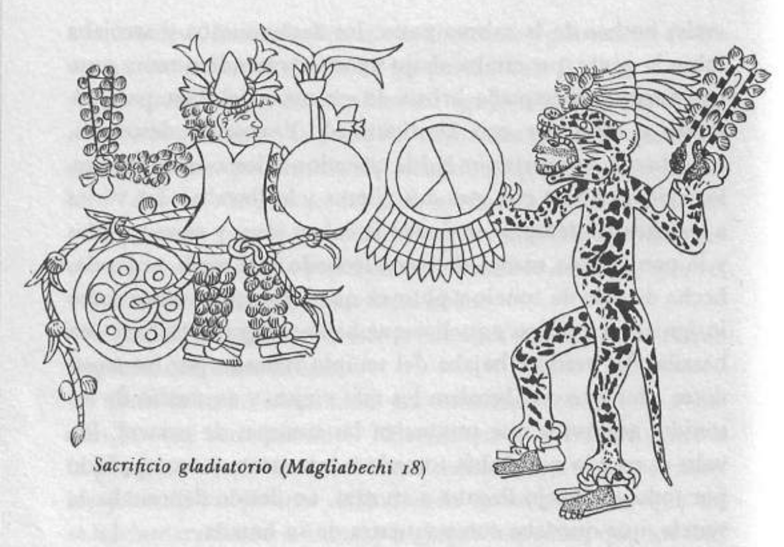
Colgaban verdaderos racimos de jóvenes de cada cuerda, ya que todos pretendían alcanzar el gran honor que se derivaba de haber llegado hasta la estatua, pero sólo aquellos que eran hábiles esperaban que las cuerdas estuvieran llenas de hombres, y subiendo por las espaldas de unos y otros, emprendían su camino hacia la parte de arriba y llegaban más pronto que los más impacientes. El que primero llegaba tomaba la estatua del ídolo que estaba arriba, armado con su escudo, sus dardos y su lanzadardos, y unos como grandes panes o *ta-*

males hechos de la misma pasta; los desmenuzaba y arrojaba sobre la gente que estaba abajo y todos pretendían tener aunque fuera una pequeña brizna de esa masa del dios, para comerla y comulgar con la divinidad. Y cuando descendía, armado con las armas que había quitado al dios, como enemigo, lo recibían abajo con grandes vítores y lo llevaban los viejos a los altos del templo, en donde le daban joyas y otras regalías y le ponían una manta de color leonado que tenía una orla, hecha de pelo de conejo y plumas, que sólo debían traer como insignia, en público, aquellos que habían logrado realizar esta hazaña. Así vestido, bajaba del templo rodeado por los sacerdotes a los que encabezaban los más viejos, y en medio de los sonidos guerreros que producían las trompas de caracol, llevaba el escudo que había tomado a la estatua, y acompañado por todo el cortejo llegaba a su casa, en donde depositaba la rodela, que quedaba como muestra de su hazaña.

No podemos hacer una descripción detallada de las fiestas que se celebraban en los otros meses. A quien interese el asunto, recomendamos que consulte las extensas relaciones que sobre esta materia nos proporcionan principalmente Sahagún y Durán en sus *Historias;* pero haremos breves síntesis de las formas de sacrificio que hacían los antiguos mexicanos.

Ya hemos dicho que la esencia del sacrificio humano, para los aztecas, estriba en la idea de la colaboración necesaria del hombre con los dioses.

El sacrificio humano no se hacía con el objeto de causar un daño al sacrificado, ni por crueldad o venganza; es más, como hemos visto al hablar del sacrificio al Sol, el cautivo era considerado como el mensajero portador de los deseos del pueblo azteca, y cuando hemos hablado del sacrificio en el mes "Tóx-



Sacrificio gladiatorio (Magliabechi 18)

catl", vemos que el joven que representaba a Tezcatlipoca era regalado y reverenciado como si se tratara del mismo dios. El sacrificio humano entre los aztecas, por mucho que repugne a nuestra sensibilidad, no es sino una de tantas aberraciones que reviste el sentimiento religioso en la historia de la humanidad y que, partiendo de falsos supuestos, que se consideran evidentes, puede conducir, con toda lógica, a las más terribles consecuencias. Quemar herejes en esta vida para ahorrarles los sufrimientos del fuego eterno en el infierno; destruir a individuos que se consideran de una raza inferior, para no contaminar a la raza aria, etc., son otros tantos ejemplos que abundan en la historia de las religiones.

Se practicaba el sacrificio humano en varias formas. El que podemos llamar ordinario consistía en colocar al prisionero

sobre una piedra llamada *téchcatl,* parecida en su forma a un pilón de azúcar, pero con la parte superior más plana.

Cuatro sacerdotes tomaban a la víctima por brazos y piernas y lo acostaban sobre el *téchcatl,* de tal manera que el pecho del prisionero quedara saliente. Entonces el quinto sacerdote con un cuchillo de pedernal le daba un golpe en el pecho y metía la mano por la herida, arrancando el corazón que ofrecía a los dioses.

Otras veces, en las fiestas de Xipe, el prisionero era atado a una especie de marco, puesto en alto, y se le flechaba hasta que moría. La sangre del prisionero al caer sobre la tierra la haría fértil y produciría, mágicamente, la caída del otro líquido precioso, el agua.

Hemos hablado ya de otra forma de sacrificio, conectada con Xipe y la diosa de la Tierra, que consistía en desollar a un prisionero y vestir al sacerdote con la piel de la víctima. Otras formas eran la decapitación y el sacrificio por el fuego.

El sacrificio gladiatorio sólo se hacía con aquellos prisioneros que se habían distinguido por su valor. Consistía en un verdadero desafío entre el capitán prisionero y varios guerreros aztecas, de los más destacados, puesto que dos eran caballeros águilas y los otros dos caballeros tigres. Sin embargo, la pelea no era igual, porque el cautivo estaba amarrado y sólo tenía para defenderse una espada de madera pero sin navajas de obsidiana en los filos; en vez de navajas, tenía pegadas bolitas de plumón, indicando esto que iba a ser sacrificado. También le daba su padrino, que estaba vestido de oso, cuatro garrotes de pino, a manera de venablos, para que los arrojara a sus enemigos. Peleaba el cautivo con uno de los caballeros aztecas y si lo vencía venían los otros. Si a pesar de sus armas

deficientes lograba vencer a los cuatro, se presentaba un quinto que era zurdo y éste generalmente acababa con el valiente prisionero. Sabemos, sin embargo, que un guerrero tlaxcalteca, Tlahuicole, pudo vencer a los cinco y fue perdonado, concediéndosele el mando de las fuerzas aztecas en una campaña contra los tarascos, pero después de la guerra él prefirió morir y fue al fin sacrificado, lo que nos indica que aquel que había sido cautivado en el combate se consideraba elegido por el Sol; su derrota no podía atribuirla a causas naturales; no eran su fortaleza ni su valor los que habían fallado, sino que se había mostrado la voluntad del dios, haciéndolo caer prisionero, y él no podía huir ni libertarse sin contrariar la voluntad divina.

Un aspecto muy importante del ritual azteca, que se ha discutido mucho, es el canibalismo, o sea la comida de la carne de las víctimas. ¿Los aztecas comían carne humana para alimentarse, o era una ceremonia ritual? Indudablemente el canibalismo azteca era un rito, que se efectuaba como una ceremonia religiosa, a tal punto que el que había capturado al prisionero no podía comer su carne, pues lo consideraba como su hijo. No hay que olvidar que para los aztecas las víctimas humanas eran la encarnación de los dioses a los que representaban y cuyos atavíos llevaban, y al comer su carne practicaban una especie de comunión con la divinidad, lo mismo que al comer los pedazos de la estatua de Huitzilopochtli que formaban con semillas de "alegría" creían, por esta comida ritual, compenetrarse con el cuerpo divino y recibir mágicamente los efectos de esta comunión.

Pero ya que hemos analizado el aspecto sangriento de las ceremonias religiosas aztecas, veamos ahora sus manifestaciones amables. El culto de los dioses se hacía también por medio

de himnos que eran cantados en los templos, bailes, simulacros de caza y de guerra, juegos, mascaradas y representaciones teatrales.

Nos quedan varios himnos sagrados que se cantaban en homenaje a los dioses, recordando sus hazañas gloriosas y solicitando su favor.

Así se nos han conservado cantos a Huitzilopochtli, a Tláloc, a la madre de los dioses, al dios del fuego, a Xochipilli, a Xochiquetzal, a Xipe Tótec, al dios de los mercaderes, etc. He aquí un fragmento del canto a Xipe Tótec, el dios de la primavera:

Tú, bebedor nocturno,
¿por qué te haces de rogar?
Ponte tu disfraz,
ponte tu ropaje de oro.

Oh, mi dios, tu agua de piedras preciosas
ha descendido;
se ha transformado en quetzal
el alto ciprés;
la serpiente de fuego
se ha transformado en serpiente de quetzal.

Me ha dejado libre la serpiente de fuego.
Quizá desaparezca,
quizá desaparezca y me destruya yo,
la tierna planta de maíz.
Semejante a una piedra preciosa
verde es mi corazón;
pero todavía veré el oro
y me regocijaré si ha madurado,
si ha nacido el caudillo de la guerra.

Oh, dios mío, haz que por lo menos
fructifiquen en abundancia

algunas plantas de maíz;
tu devoto dirige las miradas hacia tu montaña,
hacia ti;
me regocijaré si algo madura primero, si puedo decir
que ha nacido el caudillo de la guerra.

En este canto se ve cómo la invocación del sacerdote al dios solicita la lluvia para que, como lo dice poéticamente, al descender el agua de piedras preciosas, el ciprés se vuelva como una pluma de quetzal, y la serpiente de fuego, es decir la sequía, se transforme en serpiente de plumas preciosas; o sea, en verde vegetación que cubrirá la tierra. Por eso el dios del maíz, que depende de la lluvia, hace esa doliente súplica: "quizá desaparezca, quizá me destruya yo, la tierna planta de maíz", y después dice que su corazón es todavía como preciosa piedra verde, pero que quizá verá el oro; es decir, se transformará en la mazorca amarilla.

Y cuando ya se logra que el maíz fructifique, entonces en un fragmento del himno a Centéotl se dice:

Ha nacido el dios del maíz
en Tamoanchan.
En el lugar en que hay flores
el dios "1. Flor",
el dios del maíz ha nacido
en el lugar en que hay agua y humedad,
donde los hijos de los hombres son hechos,
en el precioso Michoacán.

Estos cantos, que los especialistas en idioma náhuatl consideran muy difíciles de traducir, son probablemente anteriores a los aztecas; quizá son de origen tolteca, y están redactados en lenguaje esotérico *nauatlatolli,* que sólo el conocimiento pro-



Danza azteca (Florentino XXIII-19. Músicos)

fundo de los mitos y de la religión indígena permite hacer inteligibles.

Otra forma de ritual era el baile. Nos hablan los conquistadores y los cronistas que tuvieron ocasión de observarlos de la magnífica impresión que producían los bailes indígenas, en los que tomaban parte a veces hombres y mujeres, y otros en los que sólo bailaban personas del mismo sexo.

Los danzantes estaban ataviados con diferentes trajes, según eran las ceremonias, y a veces eran tan ricas las joyas que usaban, sobre todo en los bailes de los nobles, que tentaron la codicia de Pedro de Alvarado, quien hizo la célebre matanza de "Tóxcatl", entre otras razones, para apoderarse de las ricas joyas con las que iban ataviados los señores aztecas.

Un baile muy vistoso era el que hacían tomando parte muchas personas, de diferentes edades y categorías. Alrededor de un altar central, donde se colocaba la orquesta –formada por tambores, flautas, trompetas de caracol y sonajas de varias clases–, giraban en círculo los danzantes; pero los más ancianos e importantes estaban en el primer círculo, de tal modo que sus movimientos eran lentos y su paso mesurado. Conforme se iban alejando del centro, los círculos de danzantes estaban formados por gente menos importante y de menos edad, y los más jóvenes formaban el último círculo y ejecutaban con gran rapidez los pasos de la danza, para no perder su colocación respecto de los otros círculos de danzantes.

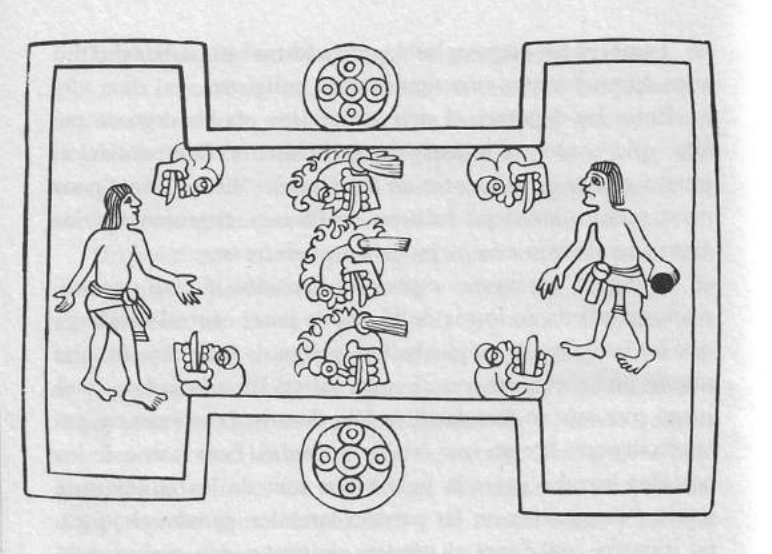
En las ceremonias que se hacían a Quetzalcóatl había representaciones teatrales, como parte del culto al dios del aire. Los actores representaban enfermos que acudían al templo en busca de la salud, y entablaban diálogos, que resultaban graciosos por los defectos físicos de los personajes representados. Había otros actores que, disfrazados de animales, referían su vida y subiéndose a los árboles eran cazados por los sacerdotes, mientras se decían, cazadores y cazados, agudezas que hacían reír a los espectadores. Estos sainetes, de los que no tenemos mayores datos, indican que ya había nacido y existía entre los mexicanos un arte dramático que, como siempre, estaba en su origen unido al culto religioso.

También los juegos y los deportes formaban parte del culto a los dioses y tenían una significación religiosa.

Entre los deportes, el más importante era el juego de pelota, que parece muy antiguo en México y Centroamérica, puesto que ya se encuentra en las ciudades de la Gran Época maya y entre las viejas culturas de Oaxaca. Seguramente los aztecas recibieron este juego de sus predecesores.

Se jugaba en lugares especiales llamados *tlachtli,* que tenían una planta en forma de H, con la parte central más larga que las laterales. Se empleaba una pelota de hule macizo, que sólo se podía golpear con el codo, la rodilla o la cadera; y el juego consistía en mandar la pelota de uno a otro campo, pasando siempre la raya que estaba en medio. Pero si uno de los partidos lograba pasar la pelota por uno de los anillos que estaban empotrados en las paredes laterales, ganaba el juego, no importa cuál fuera el número de tantos que tuviera perdidos.

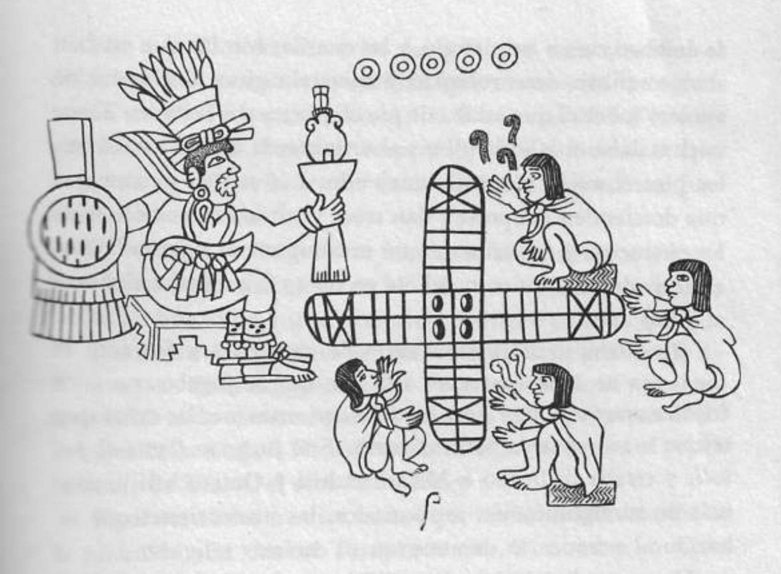
La pelota de hule macizo era tan dura y producía un golpe tan fuerte, que el individuo tenía que ir cubierto con una especie de delantal de cuero y, para proteger el vientre, llevaba también un rodete de cuero relleno de algodón. En una rodilla, que era la que tenía que poner en tierra cuando se arrastraba, para presentar el cuadril o el codo, llevaba una rodillera, y en las manos, guantes de cuero duro, para impedir que se lastimara cuando se arrojaba al suelo a dar el golpe a la pelota. Y el golpe era tan fuerte, que nos dicen los cronistas que muchas veces después del juego quedaban los cuadriles de los jugadores tan lastimados por los golpes recibidos, que tenían que sajarse esta parte con unas navajas de obsidiana para que saliera la sangre molida.



Juego de pelota (Magliabechi 68)

Era tan importante este juego, que en los manuscritos mixtecos vemos a los grandes príncipes y reyes en el campo llevando en las manos joyas de oro o de jade que apostaban en la contienda, y en el *Popol Vuh* se dice que los semidioses quichés derrotan en el juego de pelota a los poderes infernales, en *Xibalbá.*

El juego tenía una significación religiosa y era en realidad un templo. La pelota significaba un astro: Sol o Luna, o bien el movimiento de toda la bóveda celeste. Entre los edificios del Templo Mayor de Tenochtitlán que menciona Sahagún, existían por lo menos dos que estaban dedicados al Sol y a la Luna.



Jugadores de patolli rogando a Macuilxóchitl (Magliabechi 48)

Otro deporte que tenía significación religiosa era el juego que conocemos con el nombre de "el volador", que todavía se practica entre los totonacos de la parte norte del Estado de Veracruz.

Consistía en subir a un poste muy alto y liso, cerca de cuya punta se amarraba un bastidor cuadrado de madera. En cada uno de los ángulos de este bastidor estaba atado uno de los que tomaban parte en este peligroso deporte. Los cuatro estaban vestidos de guacamayas, que eran aves dedicadas al Sol. En la punta del mástil estaba un quinto individuo, en un cilindro que giraba mientras tocaba una flauta. Los cuatro individuos, que estaban amarrados en los extremos del bastidor,

se dejaban caer a un tiempo, y las cuerdas con las que estaban atados se iban desenrollando y haciendo girar el cilindro de madera sobre el que estaba de pie el que tocaba la flauta. Trece vueltas daba cada individuo y al terminar la última tocaba con los pies el suelo y seguía corriendo. Las cuatro guacamayas que descienden del poste y dan trece vueltas son simbólicas de los cincuenta y dos años de que se compone el siglo indígena, es decir del movimiento del Sol en los 13 x 4, igual a cincuenta y dos años.

También simbólico del siglo de cincuenta y dos años es un juego de dados parecido a la oca, que se jugaba con unos frijoles marcados de cierto modo o con unas medias cañas que tenían marcas por la parte cóncava. Este juego se llama el *patolli* y estaba dedicado a Macuilxóchitl y Ometochtli y, además de su significación astronómica, las invocaciones que se hacían al practicarlo demuestran su carácter religioso.

Otras muchas ceremonias religiosas y mágicas practicaban los antiguos mexicanos con motivo de los nacimientos, bautizos, pubertad, matrimonio y muerte de los individuos, y al emprender cualquier negocio, público o privado; pero la naturaleza del presente libro nos impide insistir más en esta materia.

ORGANIZACIÓN SACERDOTAL

Así como la religión abarcaba la vida íntegra del azteca, individual y colectivamente, así también podemos considerar que cada uno de los mexicanos ejercía, en alguna forma, funciones sacerdotales, puesto que estaba obligado a ejecutar ciertos actos del culto.

Los más altos funcionarios de la ciudad azteca tenían el doble aspecto, sacerdotal y militar, que caracteriza la organización social de los mexicanos. Así el *Tlacatecuhtli* o *Tlatoani* que los españoles llamaron emperador, y el *Cihuacóatl,* que le seguía en categoría, tenían encomendadas importantes funciones sacerdotales.

Existía, sin embargo, una numerosa clase de sacerdotes y sacerdotisas, especializados en el culto de los dioses y en las múltiples funciones que se derivaban de dicho culto.

Dos sacerdotes mayores estaban colocados en la cúspide de la jerarquía. Eran el *Quetzalcóatl-Tótec tlamacazqui* y el *Quetzalcóatl-Tláloc tlamacazqui.* El primero era el representante del dios de la ciudad, Huitzilopochtli; el segundo era el representante de Tláloc, el dios de la lluvia.

Estos dos dioses eran los únicos que tenían sus santuarios en la pirámide más alta del Templo Mayor. El nombre de Quetzalcóatl dado a ambos es en memoria del dios que los mexicanos consideraban como el arquetipo del sacerdote.

Es curioso notar que no sólo en México sino también en otros lugares, como Cholula y Cempoala, eran dos los sacerdotes que tenían el rango supremo, lo que quizá indica, como en el caso de Tenochtitlán, que eran dos dioses los que participaban por igual de la veneración del pueblo. Pero ésta no parece ser tampoco una idea original azteca, pues ya en Tenayuca vemos el templo con dos santuarios en la plataforma superior.

Inmediatamente después de los dos sacerdotes de Huitzilopochtli y Tláloc, seguía en categoría el llamado *Mexícatl Teohuatzin,* nombrado por ellos, que tenía a su cargo los asuntos religiosos de Tenochtitlán y de las provincias conquistadas. Era además el jefe directo de los otros sacerdotes.

Sacerdote contemplando las estrellas
(Mendocino 63)

Como ayudantes suyos tenía al *Huitznáhuac Teohuatzin* y al *Tepanteohuatzin* o *Tecpanteohuatzin* (?), que parece haber sido un sacerdote con poderes locales, encargado principalmente de vigilar la educación que se daba en las escuelas. De éstos dependía el *Ometochtzin,* sacerdote del dios del pulque y jefe de los cantores.

Los sacerdotes que estaban subordinados a estos representantes de un dios especial se llamaban en general *Tlanamácac.* Había otros de orden inferior, llamados *Tlamacazqui,* y por último los jóvenes que estaban al servicio de los templos y eran como novicios se llamaban *Tlamacazton.*

Había también sacerdotisas mayores que tenían a su cargo cultos especiales, como la *Cihuacuacuilli,* de la diosa de la Tierra, y otras que eran superioras en los conventos de mujeres. Ya desde que los aztecas venían en la peregrinación, antes de establecerse en Tenochtitlán, uno de los cuatro conductores de la tribu era una mujer llamada *Chimalma,* que aunque ocupa siempre el último lugar entre los sacerdotes guías, demuestra la importancia que las sacerdotisas tenían en el culto.

En una casa especial llamada *Cuicacalli,* se enseñaba el canto sagrado. Dos sacerdotes principales tenían a su cargo esta escuela de música y el proveer a todo lo necesario para parte tan importante del culto. Uno era el *Ometochtli,* representante del dios del pulque, y otro el *Tlapitzcaltzin,* literalmente "el señor de la casa de las flautas".

Pero no sólo tenían funciones rituales los sacerdotes; entre sus atribuciones estaban otras muchas, además de las inherentes al culto de los dioses, y el poder espiritual que ejercían sobre la sociedad azteca era enorme, pues eran los intérpretes de la divinidad, y los que con sus ritos y ceremonias podían atraer sobre ella bienes o calamidades; representaban también la máxima cultura que podía alcanzar el hombre azteca. Puede decirse que en sus manos estaba toda la ciencia de los mexicanos. Desde luego, como los astros eran dioses, su estudio era una materia sagrada que sólo debían hacer los ministros, y así entre los deberes sacerdotales estaba el de observar atentamente los movimientos celestes, para fines científico-religiosos, y también para fines prácticos, puesto que debían señalar las horas tocando en sus bocinas de caracol.

Por eso el calendario, con sus múltiples series y combinaciones, estaba en sus manos, así como la predicción del futuro

y las complicadas operaciones para interpretar el *tonalámatl*, libro en el que estaban pintadas las combinaciones del *tonalpohualli*, para las que eran principalmente aptos, como ya dijimos, los sacerdotes de la diosa Tlazoltéotl.

La historia y la mitología se transmitían por tradición oral, ayudada por los códices, que más que una escritura propiamente dicha, tal como ahora la entendemos, eran un medio para recordar los acontecimientos al que sabía la relación de memoria. Así la escritura jeroglífica y su interpretación estaban también en manos de los sacerdotes.

Aunque las leyes y su aplicación eran del resorte de funcionarios seglares, sin embargo, todos ellos habían estudiado en el *Calmécac*, que era una escuela religiosa. La misma guerra era en parte actividad sacerdotal, pues muchos "sátrapas", como les llaman los cronistas del siglo XVI, iban a la guerra y recibían recompensas y grados por conquistar prisioneros.

En cambio, en la medicina, el clero regular o legal tenía que sufrir la competencia de los hechiceros, que por medio de antiquísimas prácticas de magia, y con conocimientos empíricos muy importantes sobre las propiedades curativas de ciertas plantas, se hacían pasar como dotados de un poder sobrenatural y eran creídos, más que por sus conocimientos reales, por las fórmulas ininteligibles que pronunciaban, pues estos encantamientos no se decían en el lenguaje vulgar, sino con "palabras disfrazadas" *(nahuatlatolli)*, el hablar propio de los hechiceros o *nahuales*.

Así, las cosas no se llaman por sus propios nombres. *Chicomóztoc*, que literalmente quiere decir "las siete cuevas", designa en el lenguaje de los hechiceros la boca o el vientre con sus cavidades; lo que quizá nos explica por qué en las tradiciones

de las migraciones de tantas tribus de Mesoamérica se diga que salieron de *Chicomóztoc*, es decir, salieron del vientre y ése es su origen.

El cobre se llama el "chichimeca rojo", la sangre es "la mujer roja", la madera tiene el nombre calendárico "1. Agua", pero algunas expresiones son tan misteriosas, que no podemos atinar con su explicación. Así por ejemplo al tabaco se le llama el "nueve veces golpeado". Los dolores se llaman "serpientes" y son de cuatro colores, para relacionarlos con los puntos cardinales. Existe la serpiente azul, la serpiente amarilla, la roja y la blanca.

Para los dolores de huesos en las espaldas, se punza con un colmillo de víbora, porque lo semejante cura lo semejante, y el brujo canta el siguiente conjuro:

> ¡Oh tú, culebra azul, amarilla, roja o blanca, cesa que ha llegado el blanco y fuerte punzador y todo lo ha de andar, por montes y cerros; desdichado el que hallare, que lo ha de destruir y tragárselo!

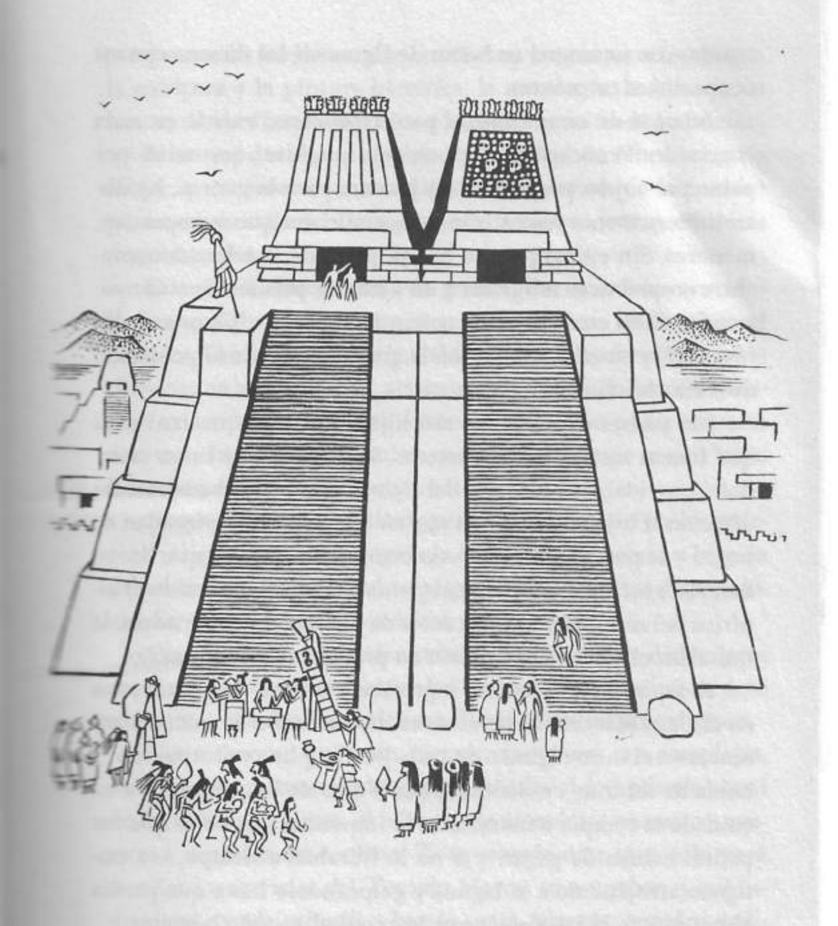
Pero si alguien ha sido picado por un alacrán, entonces se invoca a las tres diosas, Citlalcueitl, "la de la falda de estrellas", Chalchiucueitl, "la de la falda de jades" y Xochiquetzal, las que se conjuraron enviando a esta última para tentar y hacer caer en pecado al penitente llamado Yappan, que fue castigado por los dioses y transformado en alacrán, después que Tezcatlipoca le cortó la cabeza, quedando él mismo transformado en el grillo, que recibe el nombre de Tzontecomama, "el que carga la cabeza", pues tuvo como pena cargar para siempre la cabeza de Yappan.

Poco se ha estudiado hasta hoy este aspecto tan importante de la hechicería entre los antiguos mexicanos, que nos explica-

ría no sólo muchos de sus mitos y leyendas, los conceptos que tenían sobre las enfermedades y los métodos de curarlas, sino también, y es el aspecto más importante, nos entregaría una visión, hasta ahora no captada, del alma indígena.

La educación estaba también regida por estrictos principios religiosos y era, en consecuencia, impartida por sacerdotes.

La escuela más importante era el *Calmécac* ("hilera de casas"), en donde se preparaba a los hijos de la nobleza para que estudiaran las artes y las ciencias que se conocían. La enseñanza era fundamentalmente religiosa, pero no todos los que estudiaban en el *Calmécac* pretendían ser sacerdotes. Muchos de ellos recibían en esa escuela una educación que los preparaba para ocupar los más altos puestos en el ejército, la administración pública o la judicatura, puestos a los que sólo tenían derecho los que hubieran estudiado en el *Calmécac*. La educación en esta escuela, que formaba parte del Templo Mayor, era extraordinariamente rigurosa por la severa disciplina a que estaban sujetos los educandos. Puede decirse que mientras duraba su estancia en el *Calmécac*, estaban sometidos a un régimen que más tenía de convento que de escuela. No era la menor parte de la enseñanza el entrenamiento para las privaciones de la guerra y los ayunos sacerdotales, y aun cuando fueran hijos de grandes señores, tenían que dormir en el suelo y levantarse por las noches para hacer sus sacrificios y oraciones, después de purificarse en todo tiempo con un baño ritual que tomaban en los estanques de la escuela. Cortar y traer leña para las hogueras sagradas y pencas de maguey; acarrear agua; barrer los templos y hacer largas expediciones por las noches, sin más abrigo que su *máxtlatl* o taparrabo, para alcanzar algún rincón lejano de los bosques y depositar, en una bola de heno, las espinas de maguey



Templo mayor de Tenochtitlán (reconstrucción de M. C.)

teñidas con su sangre, en honor de alguno de los dioses, eran sus ocupaciones constantes.

Además de estas escuelas para la nobleza, existía en cada barrio de Tenochtitlán una escuela popular, que tenía por principal objeto preparar a los jóvenes para la guerra. La disciplina era menos severa; y los conocimientos que se impartían, menores. Sin embargo, una buena parte de la educación consistía en prácticas religiosas y en actos de penitencia y autosacrificio. Estas escuelas se llamaban *telpochcalli*, "la casa de los jóvenes", y en ellas se educaba la gran mayoría de la población de Tenochtitlán.

Los padres dedicaban a sus hijos, en cuanto nacían, para que fueran sacerdotes o guerreros. Si querían que fuera sacerdote, convidaban a los jefes del *Calmécac* y en un banquete les ofrecían al hijo y lo llevaban al *Calmécac* donde lo pintaban de negro y le ponían un collar con cuentas de madera, que llamaban *tlacopatli* y a las que se suponía que quedaba unido el espíritu del niño; por lo cual, antes de devolverlo a sus padres, le quitaban el collar y lo dejaban en prenda en el monasterio.

El aspirante a sacerdote ingresaba a la edad de quince años en el *Calmécac*, convirtiéndose en *tlamacazton*. Se iniciaba entonces en el duro régimen de trabajo, disciplina y abstinencia, y había de ser muy cuidadoso, pues si algo de lo que estaba a su cuidado se rompía o manchaba, le imponían una pena que sus padres habían de pagar, y si no lo libraban a tiempo, era castigado arrojándolo a la laguna y golpeándolo hasta que perdía el sentido. Si la falta era grave lo expulsaban del *Calmécac*.

Más tarde el mancebo, ya ejercitado, ayudaba al sacerdote en los actos del culto; llevaba los implementos del sacrificio, tocaba el *teponaztli* o tambor de madera, observaba las estrellas

para anunciar las horas, y le enseñaban los cantos a los dioses, la escritura y la pintura hierática, la astrología, la historia, la cuenta de los días y de los años y la interpretación de los sueños.

Mientras duraba su noviciado no había de tener acceso a mujer, y era severamente castigado si se descubría su pecado; pero cuando salía del *Calmécac*, podía casarse, aunque tuviera cargo sacerdotal.

Cuando el ejército iba a la guerra, los sacerdotes armados lo acompañaban, y los mancebos del *Calmécac* les llevaban el fardaje. También combatían al enemigo los sacerdotes y los *tlamacazton* y capturaban prisioneros, recibiendo por ello divisas y recompensas. Ya para entonces el novicio podía pintarse una mancha roja semicircular, que abarcaba desde la sien hasta la barba y que era el distintivo sacerdotal.

Después de haberse distinguido en la guerra o en las prácticas religiosas, el joven seguía la carrera de las armas o bien la del sacerdocio, la judicatura o el gobierno, según sus disposiciones, ascendiendo por sus méritos y alcurnia.

Otras escuelas especiales existían, como hemos dicho, para enseñar a bailar, cantar y tañer los instrumentos musicales; pero todas estas enseñanzas tenían un fin principalmente religioso.

Naturalmente que para cumplir funciones tan complejas, como tenían encomendadas, y para atender al complicado ritual de los múltiples dioses, el número de sacerdotes, maestros, cantores y novicios era enorme. Torquemada dice que, sólo para atender los servicios del Templo Mayor, se ocupaban 5 mil individuos, y cada *calpulli* o barrio tenía, además, templos dedicados a sus dioses locales.

Aunque algunos de los servicios que prestaban estos sacerdotes eran sin duda de primera importancia para la comunidad,

su enorme número debe haber pesado grandemente sobre la población productora, imposibilitándola para realizar otras obras que no fueran la de sostener el culto de los dioses o hacer la guerra con fines religiosos o políticos.



Sacerdote que fue a la guerra (Mendocino 65)

Por la breve descripción que hemos hecho, se comprenderá la enorme importancia que tenía la religión para el pueblo azteca. Era tan grande, que podemos decir, sin exagerar, que su existencia giraba totalmente alrededor de la religión, y no había un solo acto de la vida pública y privada que no estuviera teñido por el sentimiento religioso.

La religión era el factor preponderante, e intervenía como causa hasta en aquellas actividades que nos parecen a nosotros más ajenas al sentimiento religioso, como los deportes, los juegos y la guerra. Regulaba el comercio, la política, la conquista, e intervenía en todos los actos del individuo, desde que nacía hasta que los sacerdotes quemaban su cadáver y enterraban sus cenizas. Era la suprema razón de las acciones individuales y la razón de Estado fundamental.

Podemos definir la organización política azteca diciendo que era una teocracia militar, pero en la que el fin guerrero estaba subordinado al fin religioso y en la que el mismo emperador, o más propiamente *Tlacatecuhtli,* era un sacerdote, y él y todos los altos funcionarios del Estado habían sido educados en una escuela sacerdotal, como era el *Calmécac.*

Pero si la religión influía de un modo preponderante en la organización política, era también preponderante en la organización social, y los clanes o *calpullis,* que los españoles tradujeron por *barrios,* no sólo eran divisiones territoriales, puesto que estaban bajo la advocación de un dios particular y eran la continuación de las antiguas familias, unidas no por el lazo de parentesco biológico, sino por el del parentesco religioso que derivaba de la comunidad de culto al dios tutelar.

Por eso vemos que los ancianos de cada barrio tenían una ingerencia muy directa en la vida privada de las familias individuales y que se les consultaba para celebrar los matrimonios, para el ingreso de los jóvenes en las escuelas o en el ejército, y para cualquier asunto que revestía cierta solemnidad o importancia.

¿Cuál es la explicación de esta omnipresencia de la religión? No podríamos entenderlo si no comprendemos que el azteca se sentía ser un pueblo con una misión; un pueblo elegido por el dios tribal para que se cumpla el destino del mundo y se realice el ideal humano tal como ellos lo entendían.

El azteca es el pueblo del Sol; su ciudad, Tenochtitlán, se ha fundado en el sitio en que el águila, representante de Huitzilopochtli, se posa sobre el nopal de piedra, en el centro de la isla que estaba en el lago de la Luna, el *Meztliapan,* como se llamaba esotéricamente al lago de Texcoco. Allí, donde fue arrojado el corazón del primer sacrificado, allí debía brotar el árbol espinoso, el árbol del sacrificio, que representa el lugar de las espinas, *Huitztlampa,* la tierra del Sol, hacia donde saliera en peregrinación la tribu, partiendo de la tierra blanca, Aztlán.

Y sus sacerdotes, los conductores de la peregrinación, les habían dicho que sólo cuando el Sol, representado por el águila, se posara sobre el nopal espinoso, cuyas tunas rojas son como corazones humanos, sólo en ese lugar habían de descansar y de fundar la ciudad, porque eso representaba que el pueblo del Sol, el pueblo elegido por Huitzilopochtli, habría llegado al sitio desde donde debía engrandecerse y transformarse en el señor del mundo, y en el instrumento con el cual el dios iba a realizar grandes proezas. Por eso les dice:



Fundación de Tenochtitlán (*Durán 3*)

De verdad os iré conduciendo adonde habréis de ir; apareceré como águila blanca; por donde hayáis de ir, os iré voceando; id viéndome nomás; y cuando llegue allí, adonde me parezca bien que vosotros vayáis a asentaros, allí posaré, allí me veréis; de modo que luego allí haced mi adoratorio, mi casa, mi cama de hierba, donde yo estuve levantado para volar; y allí la gente hará casa, os asentaréis.

La primera cosa que os adornará será la cualidad de águila, la cualidad de tigre, la Guerra Sagrada, flecha y escudo; esto es lo que comeréis, lo que iréis necesitando; de modo que andaréis atemorizando: en pago de vuestro valor andaréis venciendo, andaréis destruyendo a todos los plebeyos y pobladores que ya están asentados allí, en cuanto sitio iréis viendo.

Y ofrece, para los conquistadores y hombres valientes, las mantas labradas, los *maxtles*, las plumas colgantes de quetzal; para que sean sus divisas y sus escudos, y recibirán "las cosas en general: lo bueno, lo plácido, lo fragante, la flor, el tabaco, el cantar; toda cosa cualquiera que sea".

Asimismo también fuí yo mandado de esta venida, y se me dió por cargo traer armas, arco, flechas y rodela; mi principal venida y mi oficio

es la guerra, y yo asimismo con mi pecho, cabeza y brazos, en todas partes tengo de ver y hacer mi oficio, en muchos pueblos y gentes que hoy hay . . .

Primero he de conquistar en guerras para tener y nombrar mi casa de preciada esmeralda y oro y adornada de plumería; adornada la casa de preciada esmeralda transparente como un cristal, y asimismo tener y poseer géneros de preciadas mazorcas, cacao, de muchos colores algodón e hilado : todo lo tengo de ver y tener, pues me es mandado, y mi oficio, y a eso vine.

Y en Coatepec les había dicho:

Ea, mexicanos, que aquí ha de ser vuestro cargo y oficio, aquí habéis de guardar y esperar, y de cuatro partes cuadrantes del mundo, habéis de conquistar, ganar y avasallar para vosotros: tened cuerpo, pecho, cabeza, brazos y fortaleza, pues os ha de costar asimismo sudor, trabajo y pura sangre, para que vosotros alcancéis y gocéis las finas esmeraldas, piedras de gran valor, oro, plata, fina plumería, preciadas plumas de colores, fino cacao de lejos venido, algodón de diversos tintes, diversas flores olorosas, diferentes maneras de frutas muy suaves y sabrosas, y otras muchas cosas de mucho placer y contento.

El pueblo del Sol, conducido por los sacerdotes del dios, se establece en medio del lago de la Luna, y de allí va a emprender su misión, que no es otra sino colaborar por medio del sacrificio humano en la función cósmica, que representa la ayuda que debe proporcionar el hombre al Sol, para que pueda luchar contra la Luna y las estrellas, y vencerlas todos los días.

Cada prisionero que toma el azteca es una estrella que debe ser sacrificada al Sol, para alimentarlo con la sustancia mágica que representa la vida, y para fortalecerlo en el divino combate; y el hombre-estrella que es sacrificado, pintado de blanco el cuerpo y con un antifaz negro, que significa la noche estrellada, irá a reforzar con su vida la vida del Sol.

De allí el orgullo del tenochca que se siente un colaborador de los dioses; que sabe que su vida está dedicada a mantener el orden del mundo y, asimismo, a luchar contra los poderes tenebrosos.

En cierto modo, de él depende que el universo siga existiendo; de él depende que los dioses reciban su alimento, que derramen sobre la humanidad el beneficio de sus dádivas; la luz del sol, la lluvia, que se forma en los montes y riega el maíz; el viento que corre por las cañadas y que puede traer las nubes o convertirse en huracán.

Pero siendo el azteca un soldado del Sol, teniendo como tiene esta misión divina, debe también tener el premio. A él deben corresponder "las cosas en general, lo bueno, lo plácido, lo fragante, la flor, el tabaco, el cantar".

Es claro que el azteca, como todo pueblo que se cree con una misión, está mejor dispuesto a cumplirla, si de su cumplimiento se deriva el dominio sobre los otros pueblos. Ya desde el siglo XVI la vocación apostólica y civilizadora de los pueblos europeos se encuentra particularmente inflamada, cuando aquellos que van a salvar de la barbarie son poseedores de riquezas que no pueden obtenerse en los países civilizados: oro, especias y perlas en el siglo XVI; petróleo, hule, carbón, henequén y quina en el siglo XX.

El pueblo azteca, como todo pueblo imperialista, tuvo siempre una excusa para justificar sus conquistas, para extender el dominio de la ciudad-estado Tenochtitlán, y convertir al rey de México en el rey del mundo, *Cem-Anáhuac tlatoani*, y a México-Tenochtitlán en la capital del Imperio, que titulaban *Cem-Anáhuac tenochca tlalpan*, es decir "el mundo, tierra tenochca". La idea de que era un colaborador de los dioses; la concep-

ción de que cumplía con un deber trascendental y que en su acción radicaba la posibilidad de que el mundo continuara viviendo permitieron al pueblo azteca sufrir las penalidades de su peregrinación, radicarse en un sitio que los pueblos más ricos y más cultos no habían aceptado, e imponerse a sus vecinos, ensanchando constantemente su dominio, hasta que las huestes aztecas llevaron el poder de Tenochtitlán a las costas del Atlántico y del Pacífico, y sometieron a pueblos más adelantados culturalmente y más antiguos en la posesión de las tierras de la Altiplanicie y de las costas.

Pero, además de este ideal cosmológico, el azteca creía que tenía también un ideal ético que realizar.

La lucha del Sol contra los poderes de la noche no es sólo una lucha de los dioses, es también y sobre todo una lucha del bien contra el mal.

La misión del tenochca es estar al lado del Sol, que representa el bien, en contra de los dioses espantables de la noche, símbolos del mal.

En consecuencia, el azteca debe emprender esta lucha ética hasta lograr que su caudillo divino triunfe de los dioses malvados que planean la destrucción del hombre, y hasta lograr que el hombre triunfe, asimismo, de los malévolos poderes que representan el pecado. Esta concepción del pecado significa principalmente la embriaguez y la incontinencia sexual, según ya hemos dicho; pero el pecado más grave es la falta en la colaboración con el plan divino; es decir, la falta de cumplimiento a los deberes para con los dioses, o el temor en el combate.

Y claro está que la virtud fundamental en este pueblo religioso y guerrero era el valor, demostrado en el combate, y el estoicismo ante el dolor y la muerte. Por eso aun el *macegual*,

el plebeyo, adquiría rango por el mérito, y el rey podía ennoblecerlo haciéndolo caballero.

Pero frente a este ideal imperialista y religioso siempre hay un sentimiento de pesimismo en el fondo del alma azteca; sabe que, a la postre, será vencido su caudillo el Sol; tendrá que sucumbir en medio de terremotos espantosos y entonces triunfarán los poderes del mal. Las estrellas y los planetas, capitaneados por la Luna, bajarán a la tierra, ya no por el tenue hilo de araña por el que de vez en cuando, en los días de mala fortuna, bajan las *tzitzimime,* sino que en innumerables escuadrones de fieras espantosas descenderán del cielo, y las estrellas acabarán con la humanidad.

Por eso para el azteca esta vida no es sino un tránsito; y ese sentimiento de pesimismo y de angustia se manifiesta en su escultura vigorosa y terrible, y también teñido de una profunda tristeza, en su poesía, y así dice:

> Sólo venimos a dormir,
> sólo venimos a soñar,
> no es verdad, no es verdad
> que venimos a vivir en la tierra.
>
> En hierba de primavera nos convertimos;
> llegan a reverdecer,
> llegan a abrir sus corolas nuestros corazones;
> pero nuestro cuerpo es como un rosal:
> da algunas flores y se seca.

Este profundo sentimiento melancólico contrasta con el enérgico concepto de ser el pueblo elegido; de ahí la contradicción fundamental de la cultura azteca.

Pero si la religión fue para el azteca la fuerza y la causa de su vida; si lo llevó de una a otra costa de los mares e hizo de Te-

nochtitlán la reina del Anáhuac, también constituyó la limitación fatal de su cultura, como en menor escala lo fue de todas las culturas indígenas de México y Centroamérica.

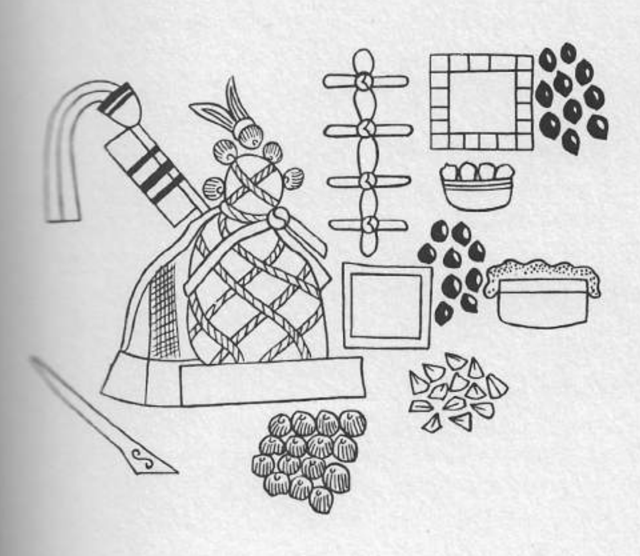
La fuerza creadora de un pueblo joven tuvo que derivar necesariamente a la creación de obras religiosas, y lo mismo en el arte que en la ciencia, en la organización política y social, y en la filosofía de la vida, la religión que fue impulso se convirtió después en freno, y la creación de obras con fines religiosos ahogó necesariamente la personalidad creadora de los individuos y absorbió todas las posibilidades de desarrollo cultural.

Cuando los sorprendió la Conquista, los aztecas eran un pueblo rudo que no había alcanzado todavía el refinamiento cultural de los mayas, los toltecas, los totonacas o los mixtecas; estaban en plena época de florecimiento, pero las viejas culturas indígenas que habían desaparecido son una muestra elocuente de la esterilidad que alcanzaba al fin a esas grandes civilizaciones, por la falta de un ideal constantemente progresivo, que las hiciera concebir la vida como algo diferente a la repetición, invariable y minuciosa, de las ceremonias para honrar a los dioses.

Para las grandes culturas de Mesoamérica, la invención técnica fue sustituída, en gran parte, por el culto. La idea fundamental es que el hombre no tiene que resolver sus propios problemas, sino rogar a los dioses que los resuelvan y se apiaden de los hombres. Para el indígena mesoamericano, el sacrificio es el medio técnico para hacer que llueva, que el maíz grane, que la enfermedad se acabe, que el padre o el esposo o el hijo regresen salvos de la expedición de guerra o de comercio, que la esposa dé a luz un niño fuerte y vigoroso. El hombre por sí mismo nada puede; su técnica es ineficaz; sólo el sacrificio a los

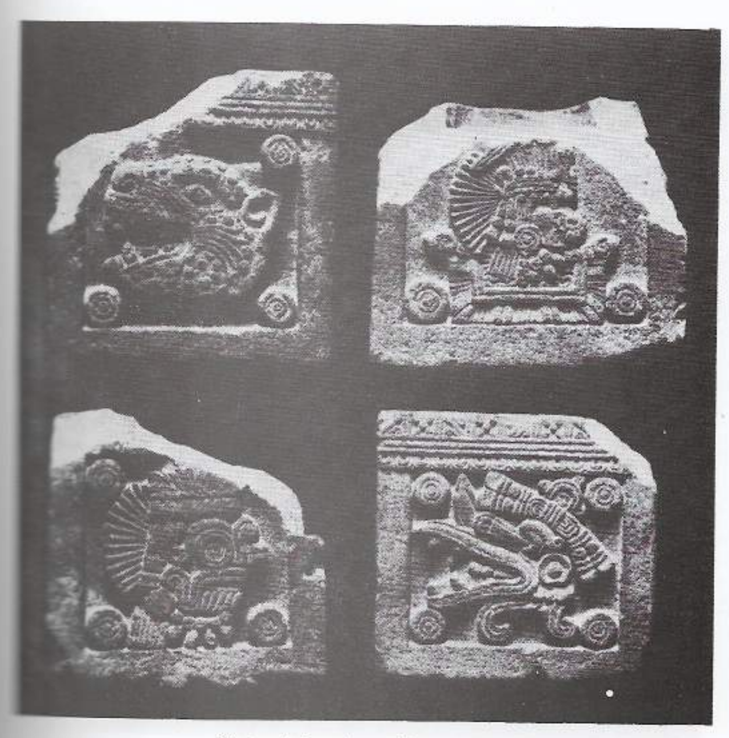
dioses los inclina benévolos para resolver las necesidades humanas.

Esta profunda religiosidad del indio mexicano, que se conserva hasta nuestros días, es el hilo rojo en la trama de su historia; nos permite entender su modo de obrar, indolente unas veces, activo y enérgico otras, pero siempre estoico, porque la vida del hombre, según piensa, depende de la voluntad impenetrable de los dioses.

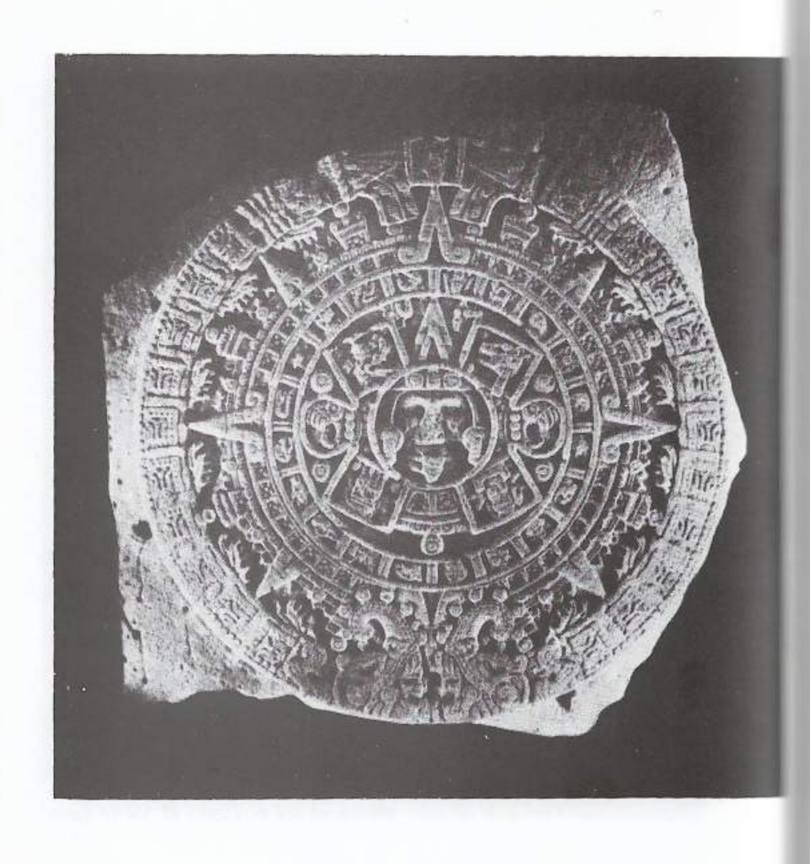


El bulto del muerto (Magliabechi 57)

L Á M I N A S



Piedra de los soles: arriba, el *Sol de Tigre* y el *Sol de Agua;* abajo, el *Sol de Fuego* y el *Sol de Aire.* Museo Nacional de México



"Calendario azteca" o *Piedra del Sol.* Museo Nacional de México




Lucha entre Águilas y Tigres (huéhuetl de Malinalco). Museo de Toluca



Tláloc. Col. Echániz

Chalchiuhtli

Museo Nacional de Méx





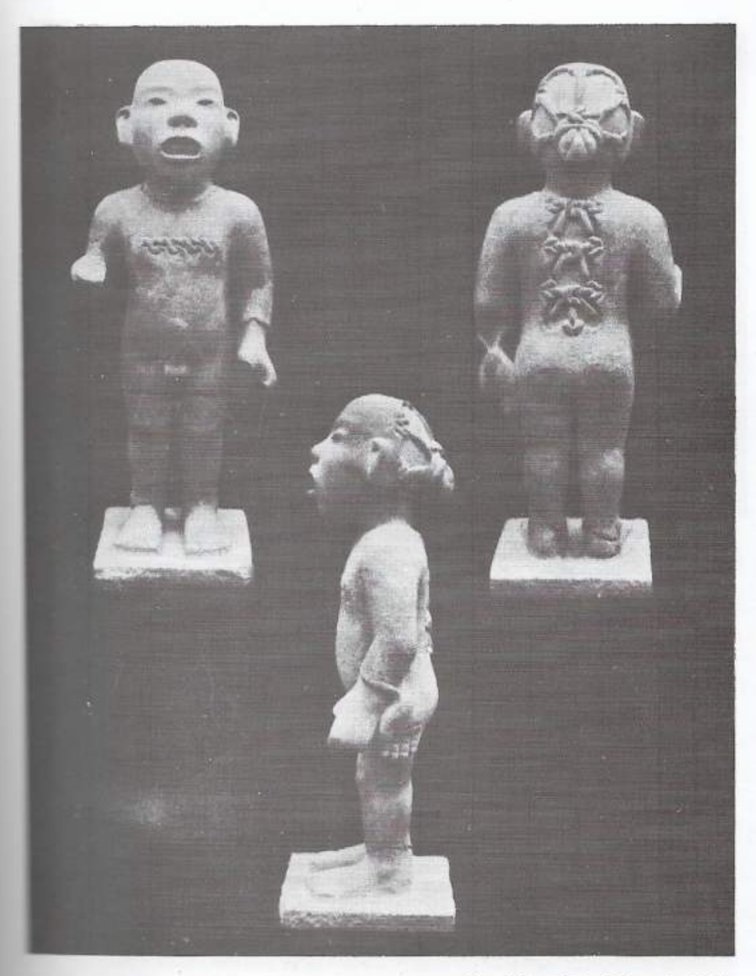
Chicomolotzin, serpiente con 7 mazorcas. Museo Nacional de México



Chicomecóatl o *"7. Serpiente"*.
Museo Nacional de México



Xochipilli.
Museo Nacion[illegible]
de México



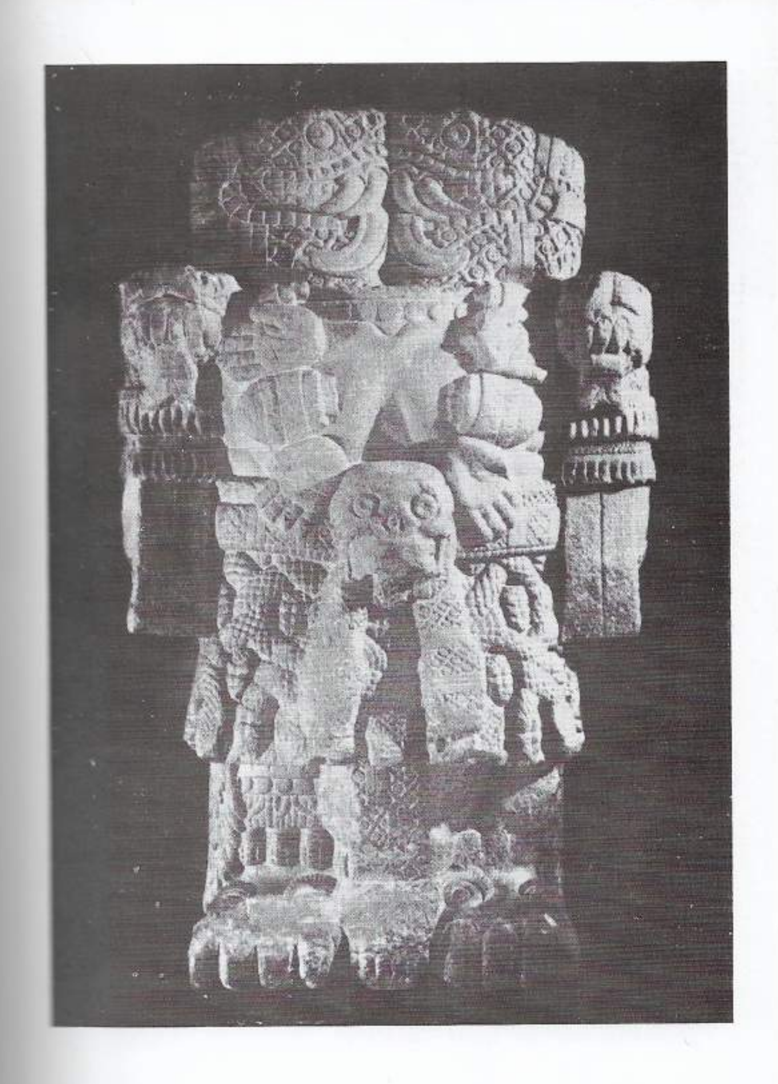
Xipe Tótec. Col. Salomón Hale



Pelo de Tlaltecuhtli, relieve en un *cuauhxicalli.* Museo Nacional de México

La gran Coatli

Museo Nacional de Méxi





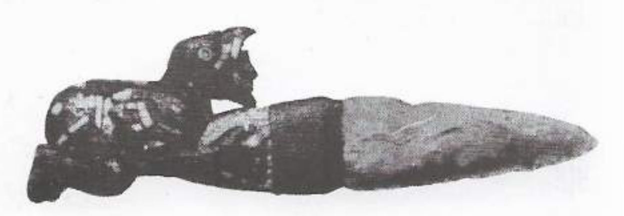
Yolotlicue. Museo Nacional de México



Cihuateteo. Museo Nacional de México

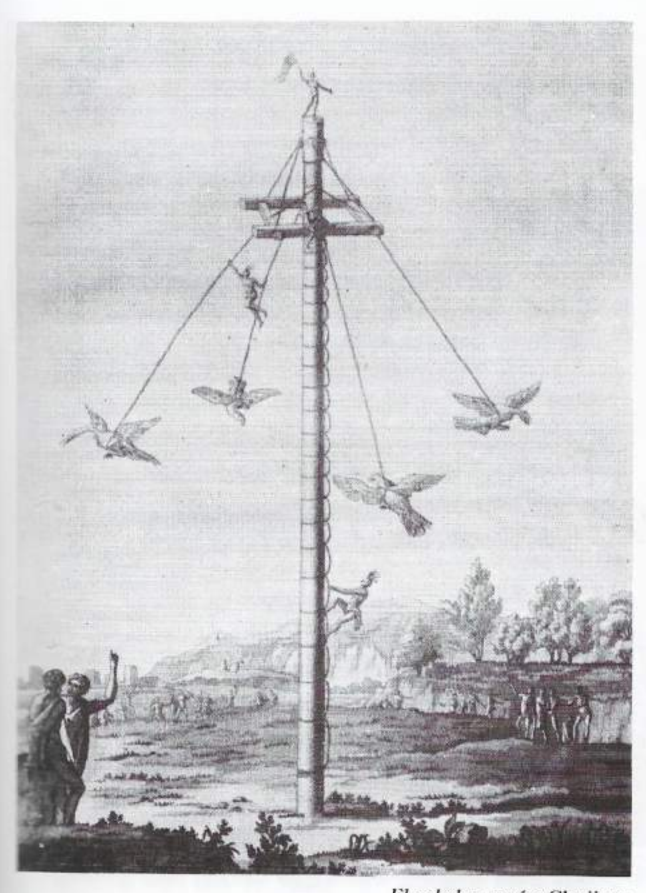


Tecolote en un *cuauhxicalli*. Museo Nacional de México

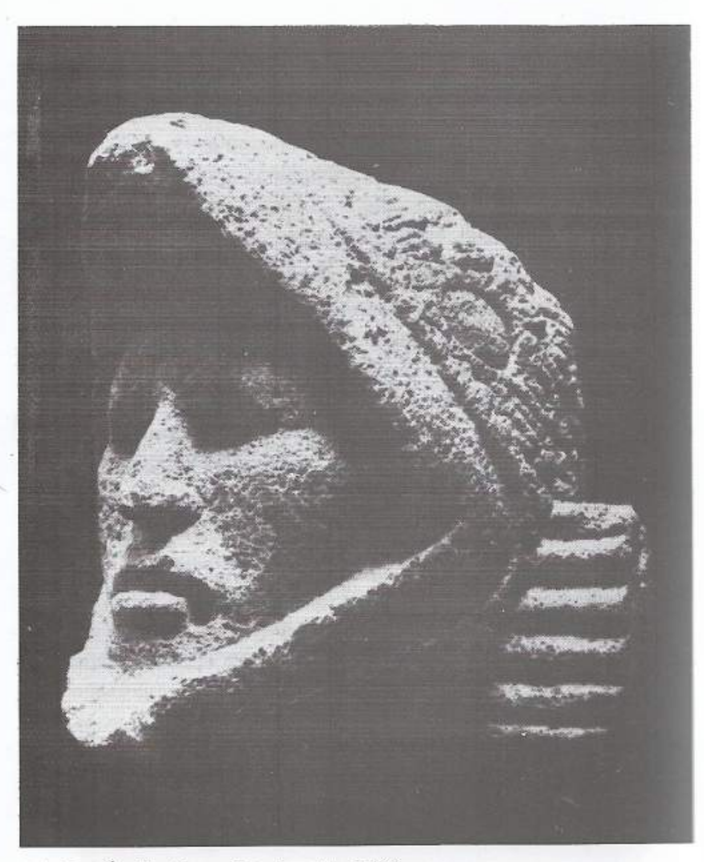


Cuchillo de sacrificio

(reproducido por cortesía del British Museum)



El volador, según Clavijero



Caballero Águila. Museo Nacional de México



Tonatiuh (p. 4)



Tonacacíhuatl (p. 19)



Quetzalcóatl (p. 30)



Xólotl (p. 33)



Quetzalcóatl barbado (p. 35)



El Sol muerto (p. 36)



Tezcatlipoca (p. 42)



Técpatl (p. 43)



Iztlacoliuhqui (p. 44)



Tepeyolohtli (p. 45)



Los cuatro Soles (p. 48)





Luna con conejo y con pedernal (p. 50)



Huitzilopochtli (p. 51)



Uauantin, prisionero rayado de rojo (p. 52)

Tlahuizcalpantecuhtli y Mixcóatl (p. 54)



Tláloc (p. 58)



Chalchiuhtlicue (p. 61)

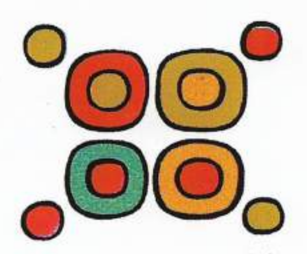


Centéotl (p. 62)



Huixtocíhuatl (p. 63)

Xilonen (p. 64)



El glifo "tonallo" (p. 65)



Xochipilli (p. 67)



Mayáhuel (p. 68)



Xipe (p. 70)



Tlaltecuhtli (p. 71)



Tlazoltéotl (p. 74)



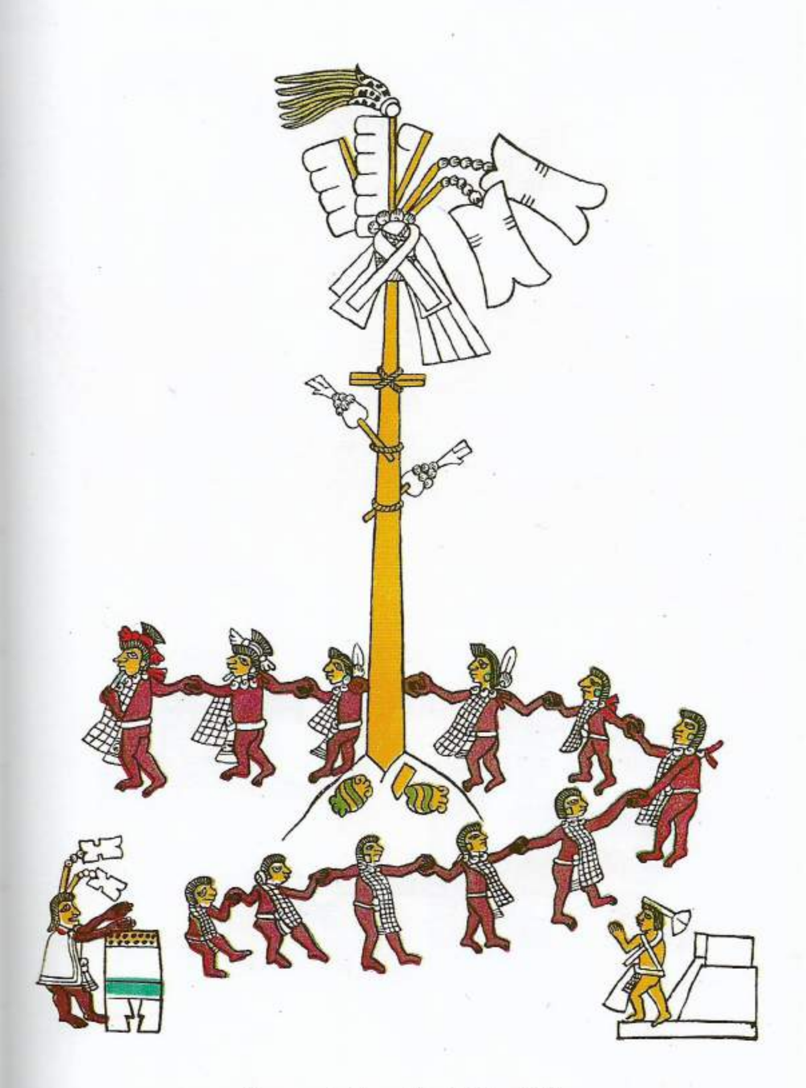
Mictlantecuhtli (p. 77)



Los nueve Infiernos y los trece Cielos (p. 81)



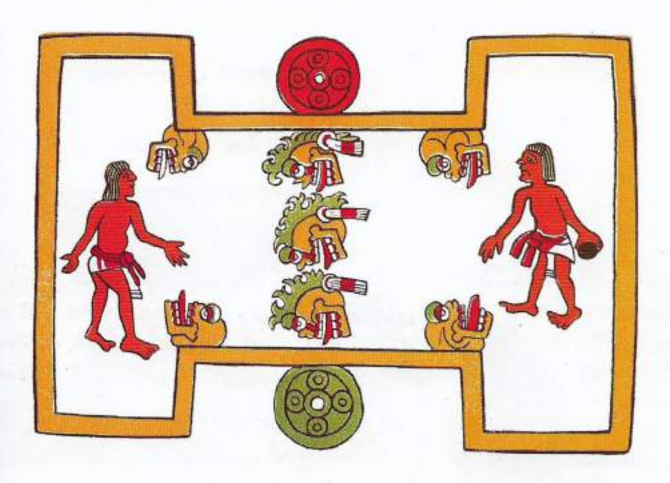
Mictecacíhuatl (p. 84)



Danza de Xocotlhuetzi (p. 93)



Sacrificio gladiatorio (p. 96)



Juego de pelota (p. 104)



Jugadores de patolli rogando a Macuilxóchitl (p. 105)



Sacerdote contemplando las estrellas (p. 108)



Sacerdote que fue a la guerra (p. 116)



El bulto del muerto (p. 125)

B I B L I O G R A F Í A

Algunas personas me han sugerido que una bibliografía sobre la religión de los aztecas o mexicas sería útil para aquellos que estuvieran interesados en continuar el estudio de esta materia, por lo que he preparado, para esta segunda edición, la bibliografía mínima que sigue y que comprende: los principales manuscritos pictóricos o códices indígenas de carácter religioso o ritual, las fuentes indígenas o españolas y los estudios más importantes de los investigadores modernos.

Códices

Códice Borbónico. Codex Borbonicus. Manuscrit mexicain de la Bibliothèque du Palais Bourbon. (Livre divinatorie et ritual figuré.) Publié en fac-similé avec un commentaire explicatif par E. T. Hamy. París, 1899.

Códice Borgia. Il Manoscritto Messicano Borgiano del Museo Etnografico della S. Congregazione de Propaganda Fide. Riprodotto in fotocromografia a spese di S. E. il Duca di Loubat a cura della Biblioteca Vaticana. Roma, 1898.

Códice Cospi o Bolonia. Libro del Messico donato dal Sigr. Co: Valerio Zani al Sig. March Cospi il di XXVI Dic: de MDCLXV Edizione del Duca di Loubat. Roma, 1898.

Códice Fejérváry-Mayer. Codex Fejérváry-Mayer. Manuscrit Mexicain Précolombien, des Free Public Museums of Liverpool (M. 12014). Publié en chromophotographie par le Duc de Loubat. París, 1901.

Códice Magliabecchi. Codex Magliabecchiano XIII, 3. Manuscrit mexicain post-colombien de la Bibliothèque National de Florence. Reproduit en photochromographie aux frais du Duc de Loubat. Roma, 1903.

Códice Telleriano-Remensis. Codex Telleriano-Remensis. Manuscrit mexicain du Cabinet de Ch. M. Le Tellier, Archevêque de Reims à la Bibliothèque Nationale. (Ms. Mexicain Nº 385). Reproduit en photochromographie aux frais du Duc de Loubat et précédé d'une introduction contenant la transcription complète des anciens commentaires hispano-mexicains para E. T. Hamy, Paris, 1899.

Códice Vaticano A o Ríos. Il Manoscritto Messicano Vaticano 3738 detto il Codice Ríos. Riprodotto in fotocromografia a spese di Sua Eccellenza il Duca di Loubat, per cura della Biblioteca Vaticana. Roma, 1900.

Códice Vaticano B. Il Manoscritto Messicano Vaticano 3773. Riprodotto in fotocromografia a spese di S. E. il Duca di Loubat a cura della Biblioteca Vaticana. Roma, 1896.

Tonalámatl de Aubin. (Manuscrits Mexicains Nos. 18-19.) Edición publicada a expensas del Duque de Loubat. Berlín y Londres, 1900-1901. (Véase Seler.)

Comentarios a los Códices

Nuttall, Zelia: *The Book of the Life of the Ancient Mexicans. Containing an account of their rites and superstitions.* An Anonymous Hispano-Mexican

Manuscript Preserved at the Biblioteca Nazionale Centrale, Florencia, Italy Reproduced in facsimile with introduction, translation and commentary by... Part. I: Introduction and Facsimile. University of California. Berkeley, 1903. (Es la primera edición del *Códice Magliabecchiano.*)

Paso y Troncoso, Francisco del: *Descripción, historia y exposición del códice pictórico de los antiguos náuas que se conserva en la Biblioteca de la Cámara de Diputados de París (antiguo Palais Bourbon).* Florencia, 1898.

Seler, Eduard: *Codex Borgia.* Eine altmexikanische Bilderschrift der Bibliothek der Congregatio de Propaganda Fide. Herausgegeben auf Kosten S. Exz. des Herzogs von Loubat. Band I-III. Berlín, 1904-1909. (Hay edición en español del FCE).

——: *Codex Vaticanus 3773,* etc. Elucidated by... Vols. I-II. Berlín y Londres, 1902-1903. (La edición alemana es de 1902.)

——: *Codex Fejérváry-Mayer.* An Old Mexican Picture Manuscript in the Liverpool Free Public Museums M. 12014, Published at the Expense of His Excellency the Duke of Loubat. Elucidated by... Berlín y Londres, 1901-1902. (La edición alemana es de 1901.)

——: *The Tonalamatl of the Aubin Collection.* An Old Mexican Picture Manuscript in the Paris National Library (Manuscrits Mexicains, Nos. 18-19). Published at the Expense of His Excellency the Duke of Loubat. With Introduction and Explanatory Text by... Berlín y Londres, 1900-1901. (La edición alemana es de 1900.)

Thompson, J. Eric S.: *Sky Bearers, Color and Directions in Maya and Mexican Religion.* "Contributions to American Archaelogy and Ethnology", No. 10. Carnegie Institution, Publication 436. Washington, 1934.

Fuentes Indígenas y Españolas

Anónimo: "Historia de los mexicanos por sus pinturas. Publicada por Joaquín García Icazbalceta", *Nueva colección de documentos para la historia de México,* Vol. III., pp. 228-263. México, 1891.

Anónimo. *Leyenda de los soles, escrita en lengua mexicana en 1558.* Traducida y publicada por Francisco del Paso y Troncoso. "Biblioteca Náhuatl", Vol. V-1. Florencia, 1903.

Castillo, Cristóbal del: *Fragmentos de la obra general sobre Historia de los Mexicanos, escrita en lengua náhuatl en el Siglo XVI.* Traducida y publicada por Francisco del Paso y Troncoso. "Biblioteca Náhuatl", Vol. V-2. Florencia, 1908.

Durán, Fray Diego: *Historia de los Indios de Nueva España y Islas de Tierra Firme.* 2 Vols. y 1 atlas. México, 1867.

Motolinía, Fray Toribio de: *Memoriales. Documentos históricos de México,* Tomo I. México, 1903.

Popol Vuh. Las antiguas historias del quiché. Traducidas del texto original con una introducción y notas por Adrián Recinos. 288 pp. Fondo de Cultura Económica. México, 1953.

Ruiz de Alarcón, Hernando: "Tratado de las supersticiones de los naturales de esta Nueva España", *Anales del Museo Nacional de México,* 1ª Época. Vol. VI, pp. 123-223. México, 1900.

Sahagún, Fray Bernardino de: *Historia de las cosas de Nueva España.* Edición facsimilar. (En ella están publicados los que se llaman Códices Florentino y Matritense.) Madrid, 1905.

——: *Florentine Codex. General History of the Things of New Spain.* Translated from the Aztec into English, with notes and illustrations by Arthur J. O. Anderson and Charles E. Dibble. School of the American Research and the University of Utah. Monographs of the School of American Research. Santa Fe, Nuevo México, 1950-1961. (Van publicados 9 Vols.)

——: *Historia general de las cosas de Nueva España.* La dispuso para la prensa en esta nueva edición, con numeración, anotaciones y apéndices Ángel María Garibay K. 4 Vols. México, 1956.

——: *Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses.* Fuentes indígenas de la cultura náhuatl. Textos de los informantes de Sahagún, 1. Introducción, paleografía, versión y notas de Miguel León-Portilla. Seminario de Cultura Náhuatl, U.N.A.M. México, 1958.

——: *Historia general de las cosas de Nueva España.* 5 Vols. México, 1938.

Serna, Jacinto de la: "Manual de Ministros de Indios para el conocimiento de sus idolatrías y extirpación de ellas", *Anales del Museo Nacional,* Iª Época, Vol. VI, pp. 261-480. México, 1900.

Thévet, André: "Histoyre du Mechique. Manuscrit français inédit du XVI siècle, publié par M. Édouard de Jonghe", *Journal de la Société des Américanistes de Paris,* Nouvelle Série, Vol. II, Nº 2, pp. 1-41. Paris, 1905.

Torquemada, Fray Juan de: *Primera parte de los veinte y un Libros Rituales y Monarquía Indiana.* 3 Vols. Madrid, 1723.

Obras Modernas

Beyer, Hermann: *El llamado "Calendario Azteca". Descripción e interpretación del* cuauhxicalli *de la "Casa de las Águilas".* México, 1921.

Caso, Alfonso: "El Calendario Mexicano", *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia,* Tomo XVII, Nº 1, pp. 41-96, México, 1958.

León-Portilla, Miguel: *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes.* 2ª ed., 360 pp. Seminario de Cultura Nánuatl, U.N.A.M. México, 1959.

Seler, Eduard: *Gesammelte Abhandlungen zur amerikanischen Sprach und Alterthumskunde.* 5 Vols. Berlín, 1902-1915. (Hay traducción al español en la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología, y al inglés en la Biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia.)

Spence, Lewis: *The Gods of Mexico.* Nueva York, 1823.

Vaillant, George C.: *La civilización azteca.* Fondo de Cultura Económica. México, 316 pp. 3ª ed. 1961.

ÍNDICES

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

ÍNDICE DE LÁMINAS

ÍNDICE GENERAL

El pueblo del sol, de Alfonso Caso,
se terminó de imprimir y encuadernar en mayo de 2018
en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA),
calzada San Lorenzo, 244; 09830 Ciudad de México.
El tiraje fue de 2 700 ejemplares.

En 1936 Alfonso Caso publicó *La religión de los aztecas*, ensayo en el que consignó los datos más relevantes sobre la mitología y las manifestaciones religiosas de los habitantes de Tenochtitlan. Más tarde, aprovechando la información proporcionada por las nuevas investigaciones y el creciente interés del público, aquel breve estudio se amplió hasta convertirse en *El pueblo del Sol*. En esta obra, Caso desarrolla un brillante esquema del carácter, la filosofía, los mitos y la religión de los aztecas, al tiempo que explica los mecanismos íntimos que condicionaron sus respuestas ante la vida, ante los demás pueblos y, sobre todo, ante la Conquista. Ilustrado por Miguel Covarrubias, el volumen nos permite entender el espíritu y el modo de obrar del indígena mesoamericano, que indolente unas veces, activo y enérgico otras, pero siempre estoico, pensaba que la vida del hombre dependía de la voluntad impenetrable de los dioses.

Alfonso Caso (Ciudad de México, 1896-1970), abogado, historiador y arqueólogo, estudió los códices prehispánicos a lo largo de cuarenta años y estuvo al frente de las exploraciones arqueológicas de Monte Albán durante más de una década. Fue director y fundador del Instituto Nacional de Antropología e Historia (1939), cofundador de la Escuela Nacional de Antropología, miembro fundador de El Colegio Nacional (1943) y de la Academia Mexicana de la Historia, y rector de la UNAM (1944). De su autoría, el FCE ha publicado también *Reyes y reinas de la Mixteca* (1977 y 1979).

www.fondodeculturaeconomica.com

ISBN 978-968-16-2901-4

9 789681 629014